

# Momentos Especiales

PAU & TINA

Patricia Sutherland



# Contenido

Título

Dedicatoria

Sinopsis

Entrando en ambiente...

- 1 -

- 2 -

- 3 -

- 4 -

- 5 -

- 6 -

- 7 -

- 8 -

- 9 -

- 10 -

- 11 -

- 12 -

- 13 -

- 14 -

- 15 -

Sobre la autora

Notas

# **Momentos Especiales**

“Pau & Tina”

**Extras Serie Moteros # 5**

de Patricia Sutherland

Versión 2018.1

Copyright © 2018 Patricia Sutherland

Todos los derechos reservados.

Ediciones Jera

Colección Jera Romance - *Shorties*

Diseño de cubierta: Nune Martínez

JS02 Momentos Especiales - Pau & Tina

Extras Serie Moteros # 5

Romance contemporáneo

Nivel de erotismo: ♥ ♥ ♥(Muy sensual)

Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura  
coincidencia.

*Dedicado con todo mi cariño y mi agradecimiento...*

*A mis padres, a quienes siempre llevo en mi corazón y en mis recuerdos.  
Hasta que volvamos a vernos.*

*A mis Bollitos del grupo de Facebook y a mis seguidoras de Románticas  
porque me inspiran con su ilusión y me desafían con sus constantes  
peticiones, y porque sin ellas este camino habría sido infinitamente solitario  
y mucho, muchísimo más duro.*

*A las lectoras que eligen seguirme únicamente a través de mis libros  
porque aunque nunca hayamos tenido la ocasión de interactuar a través de  
las redes sociales, del correo electrónico o en persona, sé que están ahí,  
apoyándome en la distancia, y saberlo me hace inmensamente feliz.*

## SINOPSIS

Después de semanas viendo a Pau echar el resto para poder estar juntos, Tina decide, por una vez, ser quien dé el paso, y se presenta por sorpresa en Menorca.

La relación se afianza con rapidez y a pesar de que mantienen un perfil bajo, su romance es un secreto a voces para los más allegados. Acostumbrados a verse a cuentagotas por vivir en países diferentes, pasar tiempo juntos abre las puertas a un sinfín de emociones y nuevas necesidades a las que la pareja hace frente con la misma intensidad que los ha caracterizado desde el principio. Están enamorados, rodeados de personas que apoyan su relación y se confabulan en secreto para ayudar a que esta salga adelante, en un entorno idílico. Todo es perfecto...

Hasta que el pasado irrumpe en el presente de la pareja con la fuerza de un huracán y amenaza con no dejar supervivientes.

*Momentos Especiales - Pau & Tina* narra “el momento de la verdad” de la pareja más temperamental de la serie de ficción romántica *Los moteros del MidWay*.

Esta historia pertenece al mundo de ficción de dicha serie y, por lo tanto, la secuencia de lectura recomendada (para conocer el inicio de la relación de esta pareja) es como sigue:

*Los moteros del MidWay, 1*

*Los moteros del MidWay, 2*

*Los moteros del MidWay, 3*

*Momentos Especiales - Pau & Tina*

## ENTRANDO EN AMBIENTE...

Como indico en la sinopsis, te recomiendo conocer la historia de esta pareja desde el principio y eso lo relaté a lo largo de las tres temporadas de *Los moteros del MidWay*.

A modo de recordatorio si has seguido mi recomendación, y para que no estés tan perdida si no lo has hecho, a continuación te dejo los sucesos inmediatamente anteriores a estos “Momentos Especiales”. Lo que estás a punto de leer forma parte de *Los moteros del MidWay*, 3.

\* \* \* \* \*

Sábado 27 de marzo de 2010.  
Aeropuerto de Mahón,  
Menorca.

Tina había dado por hecho que después de haberle confesado el delito más grande de su vida, las cosas cambiarían entre Pau y ella. Estaba tan segura de que él comenzaría a presionarla para que se uniera al proyecto de Andy y poder tenerla en Menorca, que había preparado mentalmente el arsenal de respuestas necesario.

Nada más lejos de la realidad. Las escapadas de Pau a Londres habían crecido en número y duración desde aquel incendiario domingo de mediados de mes. Era evidente que él había empezado a organizar su agenda empresarial en torno a ella, arañando horas al día para poder estar juntos. Incluso un lunes habían cenado en el aeropuerto de Heathrow. Tina pensó que hablaba en broma cuando él la llamó diciendo que como el tiempo de que disponía no era suficiente para escoger un buen restaurante de la ciudad, le proponía hacerlo en el aeropuerto.

Tina se había marchado del gimnasio un poco antes de su hora para encontrarse con Pau en Heathrow, donde habían disfrutado de una cena mientras se contaban las últimas novedades como cualquier pareja

enamorada. Acabada la cena, él había cambiado de terminal para regresar a Menorca vía Barcelona. En ningún momento, ni antes ni después, había hecho la menor alusión al tema gimnasio o a un posible viaje relámpago de Tina a Menorca. Y había sido precisamente esa actitud de total respeto por sus decisiones, lo que había precipitado las cosas.

Andy corrió a dar la bienvenida a Tina tan pronto la vio atravesar las puertas de cristal acompañada de su padre y la esposa de este. Dylan vio a las amigas dar rienda suelta a la alegría de volver a verse como dos adolescentes, saltando y abrazándose. Si así era el nivel de felicidad de Andy, pensó, estaba dispuesto a pagar por ver el de su tío, que no estaba al tanto de la llegada de Tina a la isla.

—¿Cómo está el tipo más listo de las Islas Baleares y alrededores? —lo saludó Tina, abrazándolo afectuosamente.

Los ojos grises de Dylan brillaron de picardía.

—No tan bien como estará el tipo más mandón de las Islas Baleares y alrededores cuando sepa a quién tiene en Menorca.

Tina se llevó un dedo a la boca riendo.

—No lo digas en alto, que en este pueblo todos los oídos están a su servicio, y yo también quiero verle la cara.

Andy frotó alegremente el brazo de su amiga. Habían hablado mucho las últimas dos semanas y estaba al día sobre cómo evolucionaba su relación con Pau. Por tanto, sabía lo que implicaba que su amiga al fin hubiera tomado la decisión de dar un paso adelante. Tina se había mostrado muy preocupada de implicarse en una relación a la vista de todos, que la pequeña Alba se encariñara con ella y si por una de esas vueltas de la vida, las cosas entre ella y Pau acababan por no funcionar, la niña sufriera. Andy sabía que más allá de lo que expresaba, también le preocupaban sus propias dudas; el temor a haber dado vía libre a lo que sentía por Pau Estellés desde que era una adolescente, y perder el corazón en el intento. Que su amiga estuviera allí implicaba que estaba apostando por un futuro juntos.

—¿Preparada para provocarle un infarto a mi tío, entrenadora? —le dijo Andy con cariño.

Tina asintió tras exhalar un suspiro ansioso. Entre las ganas de verlo y la emoción por conocer de primera mano qué efecto provocaba en él verla entrar por la puerta de su restaurante, tenía los nervios a flor de piel.

—Creo que va a ser un espectáculo digno de ver —concedió.



Restaurante Sa Badia,  
Ciudadela, Menorca.

Pau no tenía la menor idea de la sorpresa que el destino le reservaba aquel día. Era sábado, la actividad ajetreada había comenzado desde temprano por la mañana, y la posibilidad de viajar a Londres había quedado descartada cuando Andy le había avisado que llegaría más tarde por un imprevisto en su gimnasio. Pero como ya no se sentía capaz de pasar tres días seguidos sin ver a Tina, había hecho los arreglos oportunos para poder pasar juntos un par de horas el domingo por la mañana. No era la situación ideal ni mucho menos, pero tenerla en su vida compensaba con creces todos los muchos y frecuentes esfuerzos que ponía de su parte para que la relación llegara a buen puerto.

Desesperado por tenerla cerca como estaba, se había cuidado muy mucho de hacer la menor referencia al proyecto de su sobrina o de invitarla a pasar algún fin de semana en Menorca. Tina sabía, porque él se lo había dicho en más de una ocasión cuando todavía eran sólo amigos, que era un hombre que siempre conseguía lo que se proponía. Cada una de las veces ella le había dedicado miradas displicentes, dejándole claro que sus métodos no eran de su agrado. Y por una vez en su vida, lo que él quería era que si Tina daba ese paso fuera porque realmente lo deseaba. Más aún, quería que saliera de ella. Quería tener la certeza de que era *su* iniciativa y *su* decisión por razones totalmente prosaicas; no deseaba ver ese asunto convertido en una arma arrojada durante alguna discusión romántica que, como dos personas de gran carácter que eran, con toda seguridad tendrían en el futuro.

Ni su padre ni su madre lo entendían. Intentaban ayudarlo, pero a los dos les parecía una locura lo que estaba sucediendo. Pau hacía oídos sordos a las críticas. Sabía perfectamente lo que se estaba jugando. Era consciente de que sus frecuentes escapadas las hacía a costa de los negocios de la empresa, pero necesitaba convencer a Tina de que tenían un futuro juntos. En cualquier caso, estaba demasiado implicado para hacer algo distinto de lo que hacía. La amaba, la necesitaba en su vida como jamás había necesitado a nadie, ni

siquiera a la madre de su propia hija, y estaba dispuesto a todo por ella.

Alba fue la primera en ver a Tina. Estaba en la mesa del rincón pintando en el nuevo cuaderno que le había regalado su abuela, que también estaba junto a ella, cuando vio la comitiva pasar frente a la ventana.

—¡Tina, Tina, Tina, has venido! —exclamó la niña y echó a correr en su encuentro.

En el otro extremo del salón Pau, que conversaba con una pareja que era cliente habitual, giró la cabeza y prestó atención. Y un segundo después, cuando se dio cuenta de lo que sucedía...

—Discúlpenme un momento, por favor —dijo, dejando al hombre con la palabra en la boca, y se alejó con paso rápido hacia la puerta principal del restaurante.

En realidad, era más que un paso rápido. Los recién llegados, que habían estado pendientes de su reacción desde el primer momento, pudieron ver como el formal ejecutivo corría como un adolescente al encuentro de la mujer de sus sueños.

Pero Alba llegó antes y se abrazó a las piernas de la entrenadora, distrayéndola momentáneamente.

—¡Hola, pequeña, pero qué mayor estás...! —le dijo, tomándola en brazos—. Mira, este señor grandote es mi papá, y la señora tan guapa que lo acompaña es su esposa...

Una mano tomándola por el codo la interrumpió; era de Pau. Durante un momento, la pareja se miró sin decir nada. La frenada de emergencia, tan imprevista como el esprint que la había precedido, acababa de devolver a Pau a la realidad frente a una docena de miradas pendientes del momento. El impulso había sido besarla hasta cansarse y, en un momento, sus planes se habían ido al garete al comprender que estaban en el maldito punto de atención de todos y encima Tina sostenía a su hija en sus brazos.

Y él se había quedado en blanco...

Fue la pequeña la que salvó el momento con su alegría.

—¿Has visto, papi? ¡Ha venido Tina!

—Así es. Soy yo —repuso ella, echándole una mirada pícaro al padre de la niña que sonrió de pura desesperación.

Pau se acercó a darle los dos besos de rigor, uno en cada mejilla, y antes de marcharse, murmuró en su oído un “te vas a enterar por jugármela así, entrenadora” que los derritió a los dos. Y cuando se retiró, ya había vuelto a ser el empresario en control de la situación que todos conocían.

—Pero si también has traído a tu familia, qué bien... Ron, Lorraine, encantado de veros por aquí —dijo Pau acercándose a saludar al matrimonio—. ¿Os habéis animado al fin a visitar mi tierra?

—Ya tocaba, después de años oyendo hablar tan bien de esta isla y de sus habitantes, tenía que venir a comprobarlo con mis propios ojos y me han dicho que la Semana Santa es una época muy especial aquí —dijo Ron.

¿Iba a tener a Tina toda para él durante una semana completa? La emoción que lo embargó estuvo a punto de ponerlo a dar saltos de alegría. Necesitaba confirmar ese dato ya, pensó.

—Lo es, lo es... Ha sido una gran idea —concedió Pau. Sus ojos sobrevolaron rápidamente los de Tina y comprobaron que ella estaba aguantando la risa—. Contadme, ¿cuánto tiempo os quedáis?, ¿dónde os alojáis?

En aquel momento, otra llegada inesperada tomó la palabra.

—Perdón, todavía no nos han presentado. Soy Francesc, el padre de Pau, y esta es mi esposa Lucía. ¿Es la familia de Tina? —le preguntó a su hijo.

—Sí, claro... Perdón por el lapsus, todo ha sido muy repentino —repuso él, sonriendo, y procedió con las presentaciones.

—Bienvenidos a la isla, espero que nos permitan ser sus anfitriones... —dijo Francesc, haciendo un despliegue de amabilidad—. Qué lástima que no nos avisaras que venías, Tina, para ocuparnos del tema como Dios manda —y sin darle tiempo a ella a responder, volvió a dirigirse a su hijo—. ¿Sabemos ya dónde se hospedan, qué planes tienen?

Andy vio una ceja ominosa elevándose en el rostro de su amiga al mismo tiempo que el de su tío mostraba una inusitada seriedad.

—Sí, abuelo, está todo controlado. No te preocupes —intervino Andy—. ¿Por qué no vamos a la barra? En un minuto empezarán a salir las nuevas tapas de temporada y están para chuparse los dedos.

Tina, en cambio, decidió hacer otra cosa.

—Le agradezco muchísimo su interés, señor Estellés. Yo estoy en casa de Anna y mi familia en el apartamento que escogieron en Cala Morell —explicó mirando al padre de Pau directamente—. Me he ocupado personalmente de sus planes turísticos así que ya está todo organizado, no se preocupe. Y créame, le habría avisado si hubiera pensado que era de su incumbencia.

Las reacciones fueron variadas. De sonrisas cómplices al gesto aprobatorio que Dylan le dedicó a Tina sin preocuparse de que lo vieran.

La reacción más notoria, sin embargo, fue de Lucía Oriol. Hasta el momento se había limitado a hacer acto de presencia y poco más, pero al escuchar la respuesta de Tina no pudo evitar ponerse de su parte. Además de haberle caído bien desde el principio, sentía respeto por las personas que se atrevían a decir lo que pensaban al gran Francesc Estellés.

—Por supuesto, Tina. No le hagas caso a mi esposo. Después de años al frente del negocio, el control sigue siendo un efecto secundario del que no ha conseguido librarse.

Pau volvió a sentir unas ganas tremendas de olvidarse de todo y comerse a besos a Tina. Se conformó con mirar a su padre con una sonrisa.

—¿Satisfecho? —le preguntó.

Francesc también acabó esbozando una sonrisa que no tenía que ver con lo que acababa de suceder, sino con lo que le esperaba a su hijo si formalizaba su relación con la temperamental mujer de rasgos exóticos.

—Satisfecho —respondió él. Y se permitió hacerle un guiño a la entrenadora.

Sábado 27 de marzo de 2010.

Restaurante Sa Badia,  
Ciudadela, Menorca.

La llegada del resto de la familia había traído algarabía y muchas más miradas pícaras. El restaurante estaba al completo y tanto Pau como Andy habían hecho malabarismos para atender el trabajo e intentar perderse lo menos posible de algo que para ambos significaba mucho por razones diferentes. Había habido tiempo para comer, beber y conversar. Los Estellés habían agasajado a su manera a los invitados e incluso había habido espacio para las fotos que corrieron a cargo de Jaume que había llegado a mitad de la comida. Junto a Tina había un sitio libre que Andy había dispuesto para su tío y que él ocupaba solo a ratos, cuando el trabajo se lo permitía.

Pero el gran momento se hizo desear. No tuvo lugar hasta la hora de cierre, cuando Pau despidió al último comensal y regresó a la mesa donde

estaban todos. No se sentó junto a Tina. En cambio, le dijo algo al oído y se marchó. Poco después, ella se puso de pie y disimuladamente, se encaminó hacia el área donde estaban los baños.

Cuando ya estaba en el pasillo, pasó frente al baño de señoras y siguió camino hasta la puerta que había más adelante. No llegó a girar el pomo que la puerta se abrió, él la tomó por el brazo y la metió dentro con vehemencia.

Con la misma vehemencia que tomó su cara y se metió en su boca en un beso voraz. Un beso que ella devolvió con la misma pasión.

Se besaron largamente, bebiendo el uno del otro sin decir nada durante un rato. Al fin, él apoyó su frente sobre la de Tina.

—¿Voy a tenerte toda para mí durante una semana? —murmuró Pau mirándola a los ojos, buscando confirmar que no se había vuelto loco. Ella era real y estaba allí; había venido a pasar la Semana Santa en su tierra.

Tina sonrió para sus adentros y a él le obsequió una mirada de soslayo.

—Que te crees tú eso... También he venido a hacer turismo y a ver a mi mejor amiga. De “toda para mí”, nada de nada.

Esa era Martina Murphy en todo su esplendor, pensó el menorquín y volvió a estrujarla entre sus brazos en un arranque enamorado. Una semana para verla cuando le diera la gana (o sea, a cada momento), para disfrutar de su compañía día y noche, para que todo el mundo supiera que la culpable de su felicidad era la mujer que paseaba de su brazo. Y *muy especialmente* para seguir enamorándola y que ella decidiera establecerse en Menorca.

—Dime que eres tú. Necesito oírtelo decir, preciosa —suplicó. Tragó saliva al tiempo que apretaba los párpados—. Por favor, dime que no estoy soñando...

Tina volvió a buscar sus besos y él se los dio.

—Diría que soy yo... Pero estoy como si me hubiera metido una raya de algo muy fuerte, así que no me hagas mucho caso...

Su voz había sonado exactamente como si hubiera hecho lo que decía. Pau tuvo que sonreír.

—Qué alivio que seas una *friki* de la vida sana. Eso quiere decir que eres tú... —La rodeó con sus brazos, guiándola con su cuerpo contra la pared—. Dios, eres tú y estás aquí, conmigo... —tras una pausa, su alegría tornó en desesperación—. Y mi familia y la tuya... Y *mi hija*... *Todos están ahí fuera*... ¡Madre mía, me muero de ganas, te juro que te lo haría aquí mismo...!

Tina le agarró la cabeza con ambas manos, enredó los dedos en su pelo, y

lo mantuvo pegado a ella consciente de cómo se sentía; la misma locura y la misma impotencia que se estaban adueñando de ella. Idéntica necesidad de respirar el mismo aire, de compartir, de volver a experimentar esa sensación única de plenitud que solo sentían cuando estaban juntos.

Permanecieron en silencio durante un rato, abrazados con los ojos cerrados. *Temiendo abrirlos*. El móvil de Pau empezó a sonar y dejó que saltara el contestador, sabiendo muy bien que no podía permanecer allí más tiempo.

Los dos se miraron, una mirada cargada de expectativa y al mismo tiempo de frustración.

—Parece que vamos a tener que aguantarnos —murmuró Tina, insinuante—. ¿Crees que podrás?

Echar mano de la sensualidad para capear la enorme desazón que les producía cada nueva separación, por más breve que fuera, era un recurso que les funcionaba a las mil maravillas y volvieron a acudir a ella.

La mirada desafiante del menorquín la hizo estremecer cuando él tomó una de las manos que se enredaban en su cabello y la puso sobre su bragueta. Un latigazo de deseo recorrió la espalda de Tina al sentir la erección que le llenaba la mano.

—¿Y qué hay de ti, entrenadora?

—Vaya. A pleno rendimiento, qué tío —concedió, envuelta en un suspiro.

—Empalmado a tope, sí. Qué loco me vuelves, mujer.

La tormenta de deseo que brilló en los ojos femeninos volvió a confirmarle que la principal zona erógena de Tina estaba en sus oídos. También le informó que, lamentablemente, había llegado el momento de que cada cual se fuera por su lado.

Él fue el primero en respirar hondo e intentar recuperarse.

—Ay, princesa... —se inclinó, la besó una última vez—: Sueña conmigo un rato más que en cuanto pueda vuelvo.

Pau desapareció tras la puerta, esta se cerró y Tina exhaló un suspiro.

*Quince años soñando contigo... Suma y sigue*, pensó.

Esta vez, sin embargo, el pensamiento no le produjo preocupación o rabia. Al contrario, la sensación que la invadió se parecía mucho a la felicidad.

\* \* \* \* \*

Y ahora sí, sin más dilación, vamos con los *Momentos Especiales* - Pau y Tina.

¡Buena lectura!

- 1 -

Sábado 27 de marzo de 2010, por la tarde.  
Casa familiar de los Estellés.  
Ciudadela, Menorca.

Tina deshizo la última maleta y dispuso el contenido en el armario de su habitación. Quería dejar de sonreír, pero no podía. Desde que había pisado la isla, los músculos de su cara estaban empeñados en no permitirle ponerse seria. Otro tanto le sucedía a su músculo cardíaco que parecía enloquecer cada vez que la imagen de la sonrisa más bonita del mundo regresaba a su mente. Algo que sucedía constantemente.

Marcharse del restaurante le había costado una buena dosis de autodisciplina. Una parte de ella se habría quedado allí para los restos, viéndolo trabajar. Regodeándose en las vistas. Disfrutando de compartir, por



una vez, el mismo espacio. Pero era consciente de que si permanecía allí, soportando un minuto más las miradas incendiarias que Pau le lanzaba mientras atendía la llamada de negocios de turno, los dos morirían por combustión espontánea. Él siempre le había inspirado los sueños más húmedos, mucho antes de estar tan desesperadamente enamorada de él. El amor y el deseo habían demostrado ser un cóctel peligroso, especialmente ahora que sabía que él sentía lo mismo. Y que estaba allí, al alcance de su mano...

Las miradas pícaras del sector femenino de la familia no habían cesado en ningún momento. Buscaban confirmar de alguna manera la existencia de un romance entre ella y el único hijo varón de Francesc Estellés y no les perdían pisada a ninguno de los dos.

Había empezado a sentirse agobiada. Además, necesitaba un rato lejos de miradas curiosas para dar rienda suelta a su propia emoción. De modo que en cuanto vio la ocasión, no dudó en quitarse de en medio con la excusa de acompañar a su padre y a la esposa de este hasta el apartamento que habían alquilado en Cala Morell para que deshicieran el equipaje y descansaran un rato antes de comenzar con la ruta turística vespertina. Pero su intento de huída hacia la tranquilidad había durado lo que un suspiro ya que Dylan se ofreció de inmediato a hacer de taxista. “Tú quédate con Andy, así os ponéis al día a gusto, que yo me ocupo de tu padre y de Lorraine. Tengo que pasar por casa, así que no me cuesta nada llevarlos”, le había dicho.

No pudo negarse.

Una vez en la casa familiar, Andy no había dejado de abrazarla a cada rato y de darle conversación. En su caso, además de expresar su alegría, buscaba confirmar algo que no estaba relacionado con su situación sentimental, que ya conocía, sino con los negocios. Concretamente con un negocio en particular; ser socias en el gimnasio que abriría sus puertas en apenas dos semanas. Ella también estaba feliz de volver a pasar tiempo con Andy, pero no deseaba hablar de ese asunto. No deseaba anticipar acontecimientos. Para evitarlo, había recurrido a una estrategia que siempre le funcionaba; desviar su atención hacia el tema de conversación favorito de su amiga: Dylan Mitchell.

Y... ¡Bingo! Una simple pregunta acerca del estado de su relación con el irlandés había dado lugar a una cháchara ilusionada que había durado un buen rato. Andy se había explayado a gusto contándole cómo había cambiado su vida desde que él se instalara definitivamente en la isla, hacía dos meses.

Dylan se había convertido en un apoyo constante para todo y su implicación en las obras del gimnasio había sido tal, que dudaba que de otra forma se acabaran a tiempo para la inauguración. Y si su permanente sonrisa durante toda la narración no hubiera sido suficiente prueba del gran momento que vivía, su frase final se había ocupado de rubricarlo.

—A ver si mañana que Dylan ha quedado con un cliente, te llevo a su casa. Tengo que mostrarte algo —le había dicho, rezumando ilusión por los cuatro costados.

—¿Algo maravilloso?

—¡Algo *alu-ci-nante* que me tiene flotando entre nubes! —había sido su respuesta categórica.

Un instante después, el fabricante de maravillas tocaba el timbre y la pareja ponía rumbo al gimnasio para supervisar las obras, dejándola al fin sola con sus excitantes pensamientos. Libre de soñar despierta mientras acababa de acomodar su ropa en el armario.

*Dios, entre la alegría de volver a ver a Pau y el subidón del rato que habían pasado juntos en ese almacén...*

Una oleada de calor envolvió a Tina, arrancándole un suspiro. De buena gana, regresaría a aquel rincón, cerraría la puerta y se tragaría la llave. Como eso, lamentablemente no era una opción, tocaba salir a quemar calorías a la voz de ya.

\* \* \* \* \*

Más tarde...

Pau echó un vistazo al reloj y apuró el paso. Con un poco de suerte,

podría disfrutar de Tina una hora completa antes de regresar al restaurante para el turno de cenas. Con muchísima suerte, los demás se habrían ido de paseo, y podrían estar a solas. Un milagro mediante, ella se avendría a un poco de intimidad en algún rincón alejado de la casa. El menorquín exhaló un suspiro cargado de ansiedad y, a pesar de que tenía llave, en otro gesto respetuoso con el que confiaba anotar una docena de tantos a su ya de por sí victorioso marcador, tocó el timbre.

Quien le abrió fue Roser que llevaba a Luz en brazos y lo recibió con una frase lapidaria.

—¿Puedo saber por qué tocas el timbre si, como todos los miembros de esta familia, tienes tus propias llaves?

La pregunta se quedó en el aire cuando la mujer regresó sobre sus pasos, dejando la puerta abierta y a su hermano en el umbral con la palabra en la boca.

Pau sacudió la cabeza ante su desgraciada suerte. Cuando llegó al patio, su hermana ya había desaparecido por la puerta del salón. En cambio, Tina estaba allí con cara de estar a un tris de explotar en carcajadas. Estaba claro que lo había oído todo y como lo conocía bastante bien, había adivinado su jugada.

Él claudicó y acabó sonriendo.

Tina había aprendido a entender los mecanismos mentales de Pau, era cierto, pero tampoco le había supuesto mayor esfuerzo saber qué se proponía ya que, en su caso, habría hecho lo mismo. Le gustaba volver a comprobar lo bien que él jugaba sus cartas. Le gustaba tanto como verlo desplegar sus encantos; había ido a cambiarse. Cuando ella se había marchado del restaurante, él vestía de otra forma.

Pau se quitó la cazadora exponiendo un moderno jersey de rayas azul marino con cuello alto y cremallera que le quedaba espectacular, y unos vaqueros de diseño que, al igual que todo lo que se ponía, derrochaban elegancia. El cabello lucía ese aire de despeinado esmerado habitual en él, y su sonrisa, que no tenía parangón con ninguna otra que Tina hubiera visto jamás, conseguía el extraño efecto de dispararle el corazón y los sentidos al mismo tiempo. Era el único hombre del planeta capaz de producir tantas emociones en ella.

Consciente de la mirada femenina, Pau se acercó. Ladeó la cabeza y la miró con su sonrisa cautivadora en ristre.

—¿Te marchabas?

Un intenso cosquilleo recorrió la espalda de Tina que tomó asiento en un intento de frenar el proceso.

—Sí, he quedado con mi padre y su mujer, pero puedo concederte un par de minutos.

—Qué honrado me siento —replicó él con guasa. En realidad, a falta de una hora, hasta dos segundos le habrían parecido bien. Cualquier cosa con tal de estar con ella.

Acercó el sillón de jardín frente al de Tina y se sentó. Tomó sus manos.

—Te juro que cada vez que te miro tengo que pellizcarme para convencerme de que eres tú y estás aquí... Me has dado la sorpresa de mi vida con este viaje. Gracias, princesa.

“Buen intento”, pensó ella. La sonrisa se agrandó cuando liberó sus manos y pronunció una única frase cargada de sentido:

—De nada.

Tras lo cual, sus ojos le señalaron la puerta del salón recordándole que no se hallaban a solas.

—¿No voy a poder ni agarrarte la mano en esta casa? —murmuró él, riéndose suavemente.

—¿Tú se los has dicho? —El gesto de la entrenadora, señalándolo y señalándose, aclaró a qué se refería—. Porque yo no, y mientras no haya anuncio oficial...

Pau completó la frase de Tina mentalmente; "tendrás que aguantarte". Bromas aparte, sabía que aunque ella hubiera usado el plural, no eran los Estellés en general quienes le preocupaban, sino una en particular; Alba Estellés. Y tenía toda la razón. No podía permitir que la pequeña dedujera que eran pareja por la vía de verlos acaramelados. Debía hablar con Alba, averiguar qué acogida tenía la idea de que su padre mantuviera una relación con otra mujer que no era su madre. Preparar el terreno. Dios, se moría por cantarlo a los cuatro vientos... Pero, en efecto, no debía.

Lo cual no evitaría que intentara sacar algún provecho al momento.

—Venga ya, Tina, ¿ni la mano cuando nadie nos ve?

—Es que nunca te conformas con la mano...

Los dos empezaron a reír.

—Y qué hay de ti, ¿eh?

—¡Menos que tú! —concedió ella, su rostro radiante de felicidad—. Así que nada de roces y, por supuesto, nada de sexo entre estas cuatro paredes.

“Milagros, cero”, pensó Pau con creciente desesperación.

—Vaya, y yo que me había hecho ilusiones...

Tina lo miró con una ceja enarcada.

—Pues qué pena. En esta casa, no. Y en la tuya tampoco. Hoteles, diría que descartados también... —ante la cara de desesperación del menorquín, ella sonrió—. Algún problema tenía que tener ser el empresario más importante del lugar, ¿no te parece?

Pau se cubrió la cara con las manos, ahora sí, genuinamente desesperado.

—Tenemos un serio problema, entrenadora. ¿Te das cuenta?

Tina asintió varias veces con la cabeza. No sería sencillo disfrutar de estar juntos como una pareja normal. No en esa isla. No siendo él quién era.

—No te preocupes, seguro que lo resuelves con rapidez. Eres un tipo muy listo.

Los dos se miraron sonrientes. Más allá de sus permanentes juegos, incluso de la apremiante necesidad que los embargaba, estaban felices de poder pasar tiempo juntos.

—Te comería a besos... Te... —Pau no completó la frase. En cambio, exhaló un significativo suspiro y sonrió—: Gracias por venir. Me has salvado de la locura...

—¿Tú crees? Yo creo que te he metido de cabeza en otra mucho más loca y más descontrolada... —Lo miró con los ojos cargados de ilusión—. Pero es una locura genial, ¿no?

Pau asintió. El impulso volvió a ser el de siempre; necesitaba el contacto físico casi tanto como el aire que respiraba y sabía que era cuestión de tiempo que la necesidad se tornara insoportable y entonces...

Descartó el pensamiento al instante.

No quería pensar en lo que sucedería cuando ella regresara a Londres y volvieran a estar a cientos de kilómetros uno del otro.

—Hay que admitir que tiene su morbo eso de morirnos por tocarnos y tener que esperar horas para hacerlo —dejó caer él. Francamente, no se sentía capaz de soportar semejante calvario mucho más. Ni creía que ella lo fuera.

Tina se puso cómoda en el sillón, observándolo. El lenguaje corporal de Pau y su tono de voz eran tan normales como si hablara del tiempo, pero sus ojos... Esos enormes y preciosos ojos chisporroteaban, cargados de algo muy diferente. Muy intenso.

—¿Tú crees que nos hace falta ponerle morbo al tema, Pau?

La mirada masculina recorrió el escote de Tina, subiendo temperatura cada milímetro que avanzaba.

—¿Tú crees que existe algo como “demasiado morbo”, preciosa?

Para sorpresa del menorquín, Tina se puso de pie con decisión. Se estiró su entallado vestido estilo vaquero y cogió el abrigo a juego del respaldo del sillón.

—Lo que creo es que los dos minutos han acabado. Me marcho.

Después de asegurarse de que nadie la veía, le arrojó un beso con los labios y se dirigió a la salida poniéndose la chaqueta.

Él se levantó del sillón como impulsado por un resorte.

—Eh, eh, eh... Espera un momento —se quejó.

Tina volvió la cabeza. Lo miró por encima del hombro con expresión diabólica.

—Qué alivio... Empezaba a preocuparme que te hubieras rendido tan pronto —y le indicó con el dedo que se acercara.

Algo que él no se hizo repetir.

Cuando estuvieron en el pasillo que conducía a la calle, Tina le echó los brazos alrededor del cuello y fue directa a por sus besos. Pau se deshizo en un suspiro de alivio.

—Ay, preciosa, al fin... ¿Sabes? Me voy a volver loco hasta la noche...

—Shhhh... —murmuró ella pegándose a él—. Calla, y bésame.

\* \* \* \* \*

Además de un tipo listo, Pau era un hombre con una imperiosa necesidad por satisfacer. Si la casa familiar estaba vetada por decreto Murphy y su propia casa no era una alternativa por razones obvias, ¿dónde se suponía que podrían pasar un rato juntos y a solas?

Dio un sorbo al café doble que acababa de servirse, confiando en que hiciera efecto y sus hiperexcitadas neuronas le ofrecieran una solución al problema. En cualquier otra parte del mundo habrían pasado la noche a cuerpo de rey en un hotel de cinco estrellas, pero estaban en Menorca, la tierra de los Estellés. Al día siguiente, lo sabría todo el mundo y su relación estaría en boca de todos. Descartada la opción hotel, ¿qué quedaba? Tenía amigos a quienes podía pedirles un favor, pero volvía a estar en la casilla uno: eso revelaría que estaba manteniendo una relación con alguien y, para peor, que deseaba ocultarla. Un secreto entre tres no era un secreto. Al fin, una idea un tanto descabellada apareció en su mente. Iba a resultar embarazoso gestionarla, pero de todas las opciones que se le habían ocurrido hasta el momento, le parecía la más acertada.

Lucía Oriol Martí dejó sobre la mesa el dossier que le entregó su secretaria, y consideró lo que acababa de oír durante un instante. Uno que a Pau se le hizo eterno.

—A ver si te he entendido bien, ¿quieres usar mi piso de soltera como un picadero<sup>1</sup>?

Pau sintió que un ola de fuego lo envolvía desde la base de los pies hasta el último pelo de la cabeza. De hecho, instintivamente, se dio la vuelta de espaldas a la clientela que conversaba en la barra, convencido de que se había puesto rojo.

—Madre, por favor... No tenía algo así ni siquiera cuando estaba en edad de tenerlo.

Lucía tuvo que sonreír.

—No sé qué te traes entre manos, cielo... Bueno, obviamente sí lo sé, lo que no acabo de entender del todo es que necesites mi piso para llevarlo a cabo, pero si te sirve, ya sabes que lo mío es tuyo.

Pau volvió a sentir que se prendía fuego. Aquel tono, viniendo de su madre, era casi como si se estuviera riendo en su cara.

—Sólo buscamos un poco de privacidad.

—¿Buscamos? Creí que esto era cosa tuya.

—Bueno, sí, claro, es cosa mía... Pero ¿qué quieres que haga? Seguro que si me aparezco con ella del brazo en un hotel, se disparan todas las alarmas. Y ya sabes lo que pasa cuando en esta isla empiezan a sonar alarmas...

Lucía estuvo a punto de echarse a reír al oír el tono de desesperación de Pau. Siempre se había sentido orgullosa de él, pero en el aspecto sentimental

las cosas no le habían salido bien. En su primer intento, se había equivocado de persona. Ahora había hecho la elección perfecta, una mujer inteligente con la cabeza muy bien amueblada que no tenía ningún inconveniente en expresar sus deseos con claridad meridiana. Lucía sospechaba, aunque él no lo hubiera dicho y ella no fuera a preguntárselo, que Tina estaba detrás de esta inusual petición.

—Haré que suspendan el anuncio de alquiler por el momento —le dijo—. Ven a buscar las llaves cuando quieras.

Pau respiró aliviado. ¿Acabaría aquel día en una increíble, alucinante, esperadísima noche íntima con la mujer de sus sueños? Dios, no podía esperar para contárselo a Tina.

—Muchas gracias, mamá.

—Vaya, ¿ya no soy “madre”, sino “mamá”? Cómo sois los hijos... —se despidió Lucía.

Y no sonó a crítica, sino a lo que fue; una observación cariñosa de una madre contenta del cariz que estaba tomando la primera relación sentimental que su único hijo mantenía tras el divorcio.

\* \* \* \* \*

Hacía un buen rato que el restaurante había cerrado sus puertas y Pau estaba dando carpetazo a los últimos asuntos antes de ir a recoger a Tina. Al ser sábado por la noche, le había costado convencer a la canguro de que se quedara con Alba una hora más, pero lo había conseguido. Desde que su madre le había dado luz verde para usar su antiguo piso de soltera, una enorme excitación lo había invadido y apenas podía pensar en otra cosa. Por primera vez en su vida tenía todo lo que deseaba. Había recuperado a su hija, dirigía el grupo de empresas, había encontrado el amor y, para rematarla, la



mujer de la que se había enamorado estaba en la isla. Se sentía el tipo más afortunado del planeta.

Unos golpes lo sacaron de sus ensoñaciones románticas y Pau se dirigió a la puerta de servicio.

—¿Quién es?

—¿Esperas a muchas personas a estas horas de la noche...? —repuso Tina.

La puerta se abrió en un santiamén y él, olvidándose de todo protocolo, la rodeó con sus brazos y le dio la bienvenida con un beso apasionado.

Un beso al que ella respondió con igual pasión. Llevaba toda la tarde pensando en Pau, deseando volver a verlo.

—¿Qué tal la visita turística? ¿Lo habéis pasado bien, les ha gustado? —preguntó él entre beso y beso.

—Sí, les ha encantado... Y yo lo habría pasado mucho mejor si hubieras estado tú.

—Y yo. Lo sabes, ¿verdad? Me habría encantado ir contigo, pero he tenido que conformarme con pensar en ti *toooooo* la tarde...

Él tiró de Tina suavemente hacía el interior del edificio, cerró la puerta, y sin mediar palabra, continuó dando rienda suelta a su pasión.

—Así que ya has resuelto nuestro problema... —susurró ella, casi en un jadeo, sobre los labios de Pau.

Él exhaló un suspiro cargado de fuego que la quemó entera.

—Diossss... Sí, Tina... Ya tenemos nuestro rincón romántico, pero ¿tú crees que llegaremos?

Ella ya le estaba desabrochando el cinturón. Abandonó sus labios temporalmente para echar un vistazo a lo que hacía, lo cual no sirvió de mucho debido a que el pasillo estaba en penumbras.

—Me parece que no... —dijo cuando ya le había bajado un poco la cremallera.

—Dios, cuánto te he echado de menos....

—¿A mí o al sexo de película que tienes conmigo? —Puso sus brazos alrededor del cuello del menorquín, mirándolo con picardía.

En realidad, bromas al margen, cada día sin Pau había sido una auténtica locura. Una mezcla de desazón, ansiedad y soñar despierta con él y con aquellos besos que la devolvían a la vida incluso en el recuerdo.

Pau la estrechó fuerte, apretó los párpados incapaz de creer que aquello fuera cierto, que se tratara de ella, que estuviera allí.

—A ti, princesa, a ti... Tus miradas, tus ocurrencias, tus caricias...

Tina lo apartó fingiendo indiferencia.

—Ah, bueno, si tus necesidades no son tan urgentes, ¿qué tal si cenamos algo antes? Estoy famélica.

Los dos rieron ante una nueva ocurrencia.

—Famélica de mí —repuso él y volvió a atraerla contra su cuerpo—. Tanto como yo de ti.

Tina no se hizo rogar. Mientras una mano lo tomaba por la nuca y ella se adueñaba de su boca, otra mano se internó dentro del bóxer.

—¿Y ese rinconcito romántico? Cuéntame más...

Pero no dejó de besarlo ni de acariciarlo. Ni Pau dejó de suspirar, cada vez más excitado. Así eran sus preludios, una versión caliente de sus conversaciones normales cuando no había sexo de por medio.

—Es un piso de la familia. —Exhaló un suspiro cuando ella bajó la cinturilla del bóxer, liberando su miembro—. Ay, princesa, sí... Amueblado, recién pintado y... —soltó una bocanada de aire caliente cuando ella lo empuñó fuertemente—. Listo para usar.

—Tú sí que estás listo... Para un buen polvo —susurró ella, mordiéndole los labios.

La pareja volvió a enredarse en otro largo beso apasionado.

—Vaya, así que un piso de la familia amueblado y recién pintado... Qué conveniente. Eres un tío de muchos recursos. Me gusta —y con esas, se quitó el vestido que cayó al suelo, a su lado. Lo siguiente en caer fue el sostén. Sin dejar de mirarlo, dejó que sus manos resbalaran insinuantes sobre sus propios pechos desnudos.

Él se dobló sobre ella y hundió la nariz en el canalillo envuelto en un suspiro de fuego. Con los gemidos de Tina a modo de banda sonora, lamió sus pezones hasta ponerlos duros, y a continuación, empezó a empujarla con su cuerpo hacia el despacho. Avanzaron con torpeza, haciendo repetidas paradas de emergencia. Cuando estaban piel contra piel, las emociones los desbordaban.

—Para. Hagámoslo aquí.

Pau, sin embargo, reanudó la marcha.

—En el despacho —susurró él, abandonando los labios de Tina solo lo necesario para hablar.

—¿Qué pasa con la pared?

Él empujó la puerta de su oficina y volvieron a enredarse en otro toma

y daca caliente.

—*¿Qué pasa con la pared?* —insistió ella—. ¿Estás cansado?

Él la despojó de la ropa que aún vestía con brusquedad apasionada. Ella hizo lo mismo con él y cuando estuvieron desnudos, Pau vació el escritorio con un brazo al mejor estilo película de Hollywood. Sonrió cuando Tina se estremeció de deseo.

—Ya veo que no... —concedió ella en un murmullo.

Todo estaba a punto, pero Pau aún se tomó unos instantes para deleitarse a fondo del momento. Significaba tanto para él que Tina estuviera en Menorca...

—¿Estás aquí, de verdad? ¿Eres tú? —susurró, tomando la cara de Tina. Sus ojos recorrieron sus facciones, disfrutando y a la vez dudando si todo aquello no era producto de su imaginación.

Era ella, sí. Aunque para ser totalmente sincera, no era la misma de siempre, sino una versión renovada, mucho más loca y osada. Mucho menos racional.

Enamorada como nunca del mismo hombre de siempre, él. El único capaz de hacerle perder la cabeza. De impulsarla a cometer locuras como la de presentarse en Menorca, arriesgándose a exponer la relación que mantenían, hasta ahora a espaldas de todos. El único capaz de hacerle sentir la vida vibrando en cada célula, intensa, real.

Él. Siempre él.

Tina empezó a deslizarse lentamente hacia atrás sobre el escritorio hasta quedar apoyada sobre los codos. Rodeó las caderas del menorquín fuertemente con sus piernas.

—Qué problema si no fuera yo, ¿lo has pensado? Estás desnudo, empalmado y con todos tus millonarios proyectos desparramados por el suelo.

Él siguió la mirada femenina que con un punto de diversión malévolo repasaba el estropicio de papeles y demás objetos de escritorio.

Cuando la mirada de Tina regresó a Pau había doblado su carga de deseo.

—O soy yo, o has tenido un brote psicótico. Elige.

—*Diossssss* —murmuró él, mientras le robaba besos incendiarios—, trabajar en este despacho nunca volverá a ser lo mismo.

Domingo, 28 de marzo de 2010.  
En un gimnasio de la ciudad,  
Ciudadela, Menorca.

Tina y Alba conversaban de bicicleta estática a bicicleta estática como si se conocieran de toda la vida. Las ocurrencias de la pequeña la hacían desternillar obligándola a llamarla al orden a cada rato para que dejara de interrumpir el entrenamiento.

Andy y Tina, cada cual por separado pero debido a idénticas razones, se habían acostado tarde. La primera sesión de entrenamiento del día había comenzado bastante más tarde de lo habitual, alrededor de las diez de la mañana, después de pasar por el centro de *fitness* a comprobar la evolución de las obras. Al poco había llegado Alba acompañada de Neus. Al parecer, la niña había insistido tanto en “ir al gimnasio con la prima” que Pau había dado su consentimiento.

Andy las miraba conversar y apenas podía contener la risa. A pesar de que habían bajado hasta el tope el asiento de la bicicleta, Alba no llegaba a

los pedales, pero estaba tan empeñada en darle conversación a Tina, que pedaleaba de pie. Andy sospechaba que la niña se había dado cuenta de que algo se cocía entre su padre y la entrenadora. Desde el principio había hecho muy buenas migas con ella, pero ahora no se le despegaba. No había dejado de hablar desde que había llegado, contándole lo bien que iba en la escuela infantil, los nuevos amigos que había hecho en la isla, y cuánto se divertía enseñándoles nuevos juegos a sus abuelos paternos. Cuando Tina se había pasado a la cinta de correr, Alba se había dado prisa para llegar antes que Andy al aparato que estaba junto a la entrenadora. Y allí había continuado dándole conversación. No paraba de hablar ni de hacerle preguntas que, con toda su inocencia, intentaban averiguar hasta cuándo Tina se quedaba en la isla y si pensaba volver.

Era un cuadro que a Andy la enternecía. Nunca habían hablado directamente del tema, pero sabía que Tina no era muy dada a los niños. Era única hija, por tanto no había tenido la ocasión de ejercer de tía y en su círculo de amistades, de momento, no había niños. Sin embargo, verla con Alba, le estaba descubriendo una capacidad de comunicación y una dulzura totalmente nuevas. A lo mejor, pensó, y dado que era tan aficionada a entrenar, eso estuviera haciendo; entrenar para ejercer de madre de sus propios hijos. De pronto, la imagen de un pequeño Pau de enormes ojos negros y piel cobriza apareció en su mente robándole una sonrisa y poniendo en marcha una sucesión de momentos maternos con su amiga de protagonista, a cuál más entrañable, a cuál más genial.

Algo de lo que evidentemente, Tina se había percatado. Lo dejó claro con su siguiente comentario.

—Deja de hacer volar la imaginación... —le dijo entre dientes, para que Alba no le oyera.

—Es que veros parlotear me hace una gracia tremenda...

—Como la que me va a hacer a mí cuando te doble el entrenamiento y quedes de cama. ¿Quieres que lo haga? —amenazó la entrenadora, mirándola directamente.

Andy hizo el gesto de ponerle cremallera a sus labios y se dedicó a avanzar con más velocidad sobre la cinta. La seriedad le duró muy poco, porque cuando había logrado controlar las ganas de reír, alzó la vista y vio a su tío entrando en la sala.

A Tina se le fueron los ojos. Se regodeó a placer en un hombre que cada día le gustaba más. Fiel a su estilo, cuando abrió la boca lo que dijo no

fue reflejo de ello.

—¿Pero es que en este gimnasio entra cualquiera? ¿No hay ninguna clase de control... ? Esto lo haces en mi gimnasio en Londres y al día siguiente hay una recepcionista nueva.

Tina había hablado alto para que él la oyera a sabiendas de que lo que había dicho no era cierto, ya que él también se había colado hasta la cocina en su gimnasio de Londres. Pero su hija estaba presente y no podía llevarle la contraria o se delataría.

—Buenos días —dijo Pau después de darle un repaso con disimulo—. A mí también me encanta volver a verte

En cuanto Alba vio a su padre, corrió a su encuentro, dando lugar a una nueva sesión de amor paterno-filial que Tina contempló con inmenso placer. Si el más alfa entre los alfas era un espectáculo en los cara a cara íntimos, verlo con su hija era lo más de lo más.

—Es un padrazo —comentó Andy en voz baja sin apartar la vista de su tío.

—Y está como un tren —reconoció Tina, haciéndole un guiño a su amiga.

—Bueno, ¿qué tal se ha portado mi princesa? —preguntó Pau, todavía agachado sosteniendo a Alba por la cintura.

—Tu hija es un encanto. Da gusto llevarla a cualquier parte porque siempre se porta muy bien —dijo Andy

—Es una campeona. ¿Sabes que ha hecho dos kilómetros en la estática? —le dijo Tina a Pau, pero no lo miró porque hacerlo era cada vez más peligroso. En especial, si no estaban a solas.

—¿En serio, *peque*?! —Pau estrujó a su hija cariñosamente—. Me parece que voy a tener que venir a entrenar yo también, si no me vais a dejar atrás...

—Bueno, con intentarlo... ¿Cuál es el límite de edad en este gimnasio? —bromeó la entrenadora, soltando la primera pulla de la mañana.

—Que sepas que si me das tiempo para ponerme en forma, te puedo presentar batalla perfectamente —repuso él.

—Síííí, papi, papi... ¡Ven a entrenar con nosotras! ¡Biennnnn! —intervino Alba, que empezó a dar palmitas.

La voz de la entrenadora sonó desafiante cuando habló. Exactamente igual que sonaba cuando ella lo desafiaba y él recogía el guante dispuesto a echar el resto.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

—¿Vas a entrenar? —insistió.

En realidad, no. Solo bromeaba. Era empresario, nunca había tenido especial interés por el deporte en ninguna de sus formas, ni tiempo para dedicarle. Pero, en cambio, Tina tenía todo su interés. Con tal de pasar un rato con ella estaba dispuesto a hacer lo que fuera.

—Nada de “vas a entrenar”. *Tú* me vas a entrenar —repuso con su sonrisa cautivadora—. ¿Hecho?

Cuando se trataba de su profesión Tina era tan exigente como él con sus asuntos empresariales. La mayoría de la gente que requería sus servicios carecía de la disciplina necesaria para ponerse en forma y detestaba que le hicieran perder el tiempo, pero tenía que reconocer que la idea de dirigir su entrenamiento la estimulaba en todos los sentidos.

—Yo que tú me lo pensarías bien. Entrenar conmigo es un asunto muy serio.

—¿Crees que no lo sé?

La pareja se sostuvo la mirada. Alba seguía dando saltitos en el sitio mostrando su alegría con comentarios animados. Andy había detenido la cinta y apoyada sobre el tablero, se dedicó a contemplar la escena.

—Muy bien —concedió la entrenadora—. Te daré la ocasión de intentar convencerme con una buena cena. Pero no prometo nada.

La sonrisa de Pau ocupaba su cara entera cuando respondió.

—Mira que puedo ser muy convincente cuando quiero....

—Y yo puedo ser muy exigente a la hora de aceptar nuevos clientes. Odio que me hagan perder el tiempo.

—Ah, vaya, ¿pensabas cobrarme?

—¿Es que lo dudabas?

Pau meneó la cabeza divertido. Podían pasarse el día desafiándose mutuamente. Era algo que los dos disfrutaban por igual. Y de muy buena gana le habría seguido el juego, pero no estaban solos.

—Una buena cena. Sin promesas.

Tina asintió.

—Nos vemos esta noche, entonces —se despidió el menorquín—  
¿Vamos, Alba?

Después de los consabidos besos y abrazos, la pequeña tomó la mano de su padre y los dos se alejaron conversando.

Los ojos de Tina no los abandonaron en ningún momento.

\* \* \* \* \*

Después del entrenamiento, las dos amigas se habían dirigido a casa de Dylan a bordo de Lola. Tina todavía tenía una hora por delante hasta reunirse con su padre y la mujer de este para el segundo día de visitas turísticas y la idea era aprovechar la ausencia del dueño de casa, para que Andy pudiera mostrarle ese "algo maravilloso" que la tenía flotando entre nubes.

Tina siguió a su amiga con una sonrisa. Ella iba de puntillas y le hacía señas con un dedo para que no hiciera ruido. Al llegar al salón, y comprobar que estaba vacío, recién dejó a un lado la cautela.

—Es que Dylan me dijo que esta mañana iba a ver a un posible cliente, pero como es la velocidad personificada, tampoco quería arriesgarme...

—¿Arriesgarte a qué? ¿Hemos venido a robar?

—A que nos pille con las manos en la masa, tonta. Te dije que quería enseñarte *algo*.

Sus ojos se habían llenado de chispitas con la última palabra, así que Tina intuía que lo que fuera, tenía un significado especial para ella.

Andy tomó la mano de la entrenadora y la condujo hasta dos puertas pasado el salón principal. Al llegar a la tercera, la abrió y volviéndose con una sonrisa la invitó a entrar.

El asombro fue patente en el rostro de Tina. Cortinas de *patchwork*, cajoneras con tiradores en forma de corazón, cojines por doquier... Un mundo en blanco y cereza obviamente dedicado a la más pequeña de la familia Avery. ¿Qué clase de hombre destinaba un espacio en su casa de soltero a un bebé que no era hijo suyo, ni siquiera de su novia? Un hombre con mayúsculas, por supuesto.

—¿Y esto?

—¿A qué es una maravilla? —repuso Andy sin molestarse en disimular el ataque de ilusión que le daba cada vez que comprobaba la clase de persona de la que se había enamorado—. Te juro que cuando me la mostró no me



salían las palabras...

—¡Cómo me gusta tu chico! —exclamó Tina.

—¡Y a mí! Es imposible no adorarlo, ¿te das cuenta?

Tina sonrió para sus adentros y soltó la indirecta.

—De lo que me doy cuenta es de que está poniendo toda la carne en el asador...

Los ojos de Andy se abrieron como platos, pero además del supuesto asombro había ilusión en ellos. Toneladas de ilusión.

—¿Quién... qué dices? No... —murmuró, dudosa—. Lo que pasa es que es muy práctico. Tanta familia alrededor lo agobia y si no equipaba su casa para acoger a un bebé de meses, acabaría pernoctando en la mía para estar conmigo. Así ha resuelto dos problemas de un tiro.

—Ya. Bueno, no sé... Tampoco hacía falta que le montara una habitación infantil por todo lo alto, ¿no? ¿Tú la has mirado con detenimiento? Es mejor que la que le habéis montado entre todos en casa de tu madre y eso ya es muchísimo decir.

Notó que el rostro de su amiga se cargaba de emoción a medida que recorría la habitación con sus ojos. Al fin, Andy y sus ojos brillantes enfocaron en ella.

—¿Tú crees que...? —murmuró como si se sintiera incapaz de poner sus pensamientos en palabras.

Tina esbozó una sonrisa cómplice y no respondió a su pregunta. La conocía lo bastante para saber que su ilusión era tan grande como su preocupación. Desde que Sonia había abandonado Inglaterra y la enfermedad de Anna la había obligado a dejar de trabajar, Andy se había convertido en cabeza de familia. Y a pesar de lo mucho que habían cambiado las cosas desde que los Avery se establecieran en Menorca, ella seguía indisolublemente unida al destino de su madre, de su hermano y de la pequeña Luz. Por más que lo adorara, a Dylan no le resultaría sencillo conseguir que Andy considerara siquiera la posibilidad de abandonar definitivamente la casa familiar para instalarse con él, menos aún que se llevara a la niña consigo. Pero además de independiente y práctico, el irlandés era dueño de una gran inteligencia. Para Tina, aquel rincón mágico en el que se hallaban era una prueba de ello.

—Lo que creo es que la vida siempre compensa, *cari*. Te mereces tener la mejor persona del mundo a tu lado, el mejor compañero, y lo tienes. Sé que no soy objetiva cuando hablo de Dylan, pero, de verdad, es un gran tipo que

ha conseguido devolver la ilusión a tu vida, y me descubro ante él.

Las dos amigas se dieron un largo abrazo.

—Gracias, Tina... Gracias por decírmelo...

—Es que me encanta verte tan feliz, Andy... Mírate, hace un año estabas buscando otro trabajo para cuando librabas del bar porque no llegabais a fin de mes, Danny te traía de cabeza con sus idioteces de adolescente y el único “noviete” que había en perspectiva, parecía más crío que tu hermano...

Tras la sonrisa que iluminaba sus rostros, un relámpago de tristeza les recordó en silencio que en aquel cuadro donde brillaban las victorias, había una derrota. Una pérdida que había sido tremenda para las dos y que seguiría doliendo por siempre.

—Es increíble el giro que ha dado tu vida, pequeña. ¡Y ahora estás a punto de convertirte en empresaria! —añadió la entrenadora, en un intento de evitar que la tristeza por la muerte de Sonia empañara el momento.

—¿Y qué hay del tuyo? Tampoco ha estado nada mal. Si me apuras, con un poco de suerte, igual todavía consigo convencerte de que seas mi socia —apuntó Andy con picardía.

—Creí que ese tema estaba zanjado. Dije que no, ¿qué te hace pensar que lo he reconsiderado?

Andy soltó una risotada.

—Detestabas a mi tío y ahora estás saliendo con él. Si eso es posible, ¿qué no lo es? No creas voy a dejar de intentarlo.

Tina se burló con un gesto. Todavía seguía resultándole incómodo que le recordaran que, en efecto, el giro dado por su vida había sido increíble. Especialmente, en *ese sentido*. Pero todavía quedaba mucho que decir al respecto, mucho por comprobar. Era demasiado pronto para empezar a dar las cosas por sentado.

—Eso es información confidencial y como me entere de que hay filtraciones, vamos a tener un problema, ¿entendido? Lo digo muy en serio, Andy.

Ella se estiró a depositar un beso sobre la mejilla de su amiga.

—Soy una tumba, ya lo sabes. Pero si piensas evitar que saque el tema cuando estamos solas, lo llevas claro. ¡Me encanta verte tan feliz, Tina! —repuso imitándola.

Tina la miró con desconfianza. Tenía la casi certeza de que la frase no quedaría ahí, y no lo hizo.

—Y tampoco pienso dejar de intentar convencerte de que te quedes conmigo y seas mi socia. Siempre has querido tener tu propio gimnasio, Tina. Llevas años ahorrando pasta para eso. ¡No sueñes con que voy a olvidarme del tema, guapa!

Tina soltó un suspiro de resignación.

—Ya, eso sería pedir demasiado, ¿no?

—*Sip*. Demasiado.

Y los reiterados movimientos de su cabeza le proporcionaron una idea bastante clara de que su amiga no dejaría estar aquel asunto ni a sol ni a sombra.

\* \* \* \* \*

Le había tomado un buen rato decidirse por el atuendo adecuado. Aunque Tina no estuviera dispuesta a reconocerlo en voz alta, los nervios hacían estragos en ella. Pero el tiempo se agotaba y debía marcharse. No podía seguir con la prueba de vestuario eternamente.

Al atravesar el salón donde las hermanas, en compañía de Jaume, apuraban lo que quedaba del día mirando una película, un silbido aprobatorio por parte del único hombre presente le confirmó que aquel vestido entallado negro sin mangas con una chaquetilla corta a juego había sido un acierto.

El lugar de encuentro estaba cerca, en el casco antiguo, a pocos minutos andando de la casa familiar. Cuando Tina llegó faltaban dos minutos para la medianoche y todo estaba dispuesto. No tenía la menor idea de cómo Pau se las había arreglado para vestir de gala aquel lugar en tan poco tiempo, pero el resultado era espectacular. El piso, que en realidad era un ático de un elegante edificio de cuatro plantas de finales del siglo XIX, contaba con las comodidades necesarias para dos personas. Lo habían renovado respetando el estilo original y estaba totalmente amueblado. Todavía olía a pintura. El salón, donde Pau había montado el improvisado rincón romántico, era un

lugar muy acogedor, del que habían conservado los techos altos originales y una gran chimenea que dominaba la pared del fondo.

Junto al ventanal que daba a la calle por donde se entraba al edificio, una mesa cubierta por un mantel bordado de color rojo y vajilla de porcelana les esperaba con la cena lista. Un gran centro de mesa formado por flores y velas aromáticas multicolores estaba rodeado de una variedad de platillos que iban desde el sushi hasta la cocina isleña tradicional. Una luz ambiente muy tenue, y como banda sonora, música *chillout* daban el toque íntimo.

Pero de todo aquel logrado escenario, lo que más destacaba era él. Le había ido abrir la puerta con su sonrisa marca de la casa y su estilo elegante, que en este caso incluía un *blazer* azul marino de media estación. Tina había tenido serias dificultades para apartar los ojos de la porción de vello que asomaba ligeramente de la camisa, de un azul más claro que la chaqueta.

—Ay, qué ganas tenía de verte...

Tras las palabras del menorquín, llegó su abrazo.

Tina cerró los ojos dejándose acunar por la sensación enormemente placentera de hallarse entre sus brazos, y durante un instante la pareja permaneció en silencio, disfrutando de su mutua compañía.

—Ya sé que me repito, pero te juro que cada vez que caigo en la cuenta de que estás aquí, conmigo, se me ríe el alma —murmuró Pau, estrujándola al tiempo que reía.

—Vaya sorpresa te he dado, ¿eh?

Él se apartó. La tomó de la mano y la hizo dar una vuelta completa sobre sí misma, pasando revista a su atuendo. Sus ojos le comunicaron con lujo detalles cuál era su opinión sobre aquel juvenil conjunto que completaba con unas sandalias de gran plataforma y su cabello cayendo libre sobre los hombros.

—¿Te he dicho hoy que eres preciosa?

Tina se hizo la pensativa.

—Creo que no, pero tranquilo. Yo tampoco te lo he dicho, así que estamos empatados. O lo estábamos; ahora voy perdiendo.

Pau se echó a reír.

—¡Qué alivio! No sé que opinarían las paredes si te escucharan decirme que “soy precioso”.

No era ese el adjetivo que le venía a la mente cuando pensaba en él. En absoluto. Tina pensó que sería divertido decirlo en alto y ver dónde les llevaba su cumplido. Muy divertido, de hecho.

Pero Pau ya tiraba de ella suavemente hacia la mesa mientras le presentaba, una a una, las apetitosas delicias que allí los esperaban y ella cedió al placer de volver a verlo en su faceta de anfitrión, desplegando sus muchos e irresistibles encantos.

\* \* \* \* \*

Tina y Pau apenas probaron bocado. No era aquella clase de hambre la más acuciante en la pareja y, como solía sucederles, les había bastado con saberse a solas, para empezar a devorarse mutuamente como si no se hubieran visto en años.

Así habían llegado hasta el sofá y desde allí habían pasado a la alfombra frente a la chimenea, donde el primer encuentro íntimo había llegado sin siquiera darles tiempo a desvestirse del todo, tan intenso y arrebatador como era siempre entre ellos.

Ahora, echados uno junto al otro sobre un grueso edredón que Pau había puesto en el suelo, intentaban recuperar el diálogo.

Ella fue la primera en hablar, todavía sin haber conseguido volver a su ritmo respiratorio normal.

—Si todos tus recibimientos van a ser así, la cosa promete...

Pau sonrió, pero no abrió los ojos. Estaba en la gloria. Aunque resultara increíble, habida cuenta que yacían en el suelo a medio desvestir, hacía años que no se sentía tan joven, tan libre, tan pleno... Ya no recordaba la última vez que había hecho el amor así, a lo loco, en su tierra. La isla era su hogar, pero desde que se había divorciado, también era el lugar donde cuidar las apariencias y no permitirse siquiera el desliz de beber de más. Donde

mantener una imagen intachable y hacer lo que fuera necesario para conseguir la custodia de Alba. Llevaba años sin dedicarle tiempo a los pensamientos románticos; no podía permitírselos. El sexo, que sí se permitía con tanta frecuencia como era posible, rara vez sucedía en Menorca y estaba olvidado tan pronto había cumplido su cometido. Era pura supervivencia y nada más.

Tina era el huracán que había puesto su vida patas arriba. Lo que sentía a su lado era como volver a la frescura de la adolescencia con la sabiduría de sus casi treinta y seis. La más auténtica y adictiva de las locuras.

—Y esto es sólo el aperitivo... —respondió él. Porque, en efecto, se sentía pletórico también en *ese* sentido.

Los ojos de la entrenadora, cargados de una buena dosis de pimienta, le dieron un exhaustivo repaso. Todavía llevaba la camisa puesta pero totalmente abierta, exponiendo un pecho cubierto de vello que subía y bajaba con rapidez, acusando la intensa actividad física realizada. La fila de pelo se estrechaba a lo largo del abdomen y volvía a convertirse en una capa oscura y densa al llegar a la parte inferior del vientre, que solo se veía parcialmente ya que aún tenía puestos los pantalones.

—Bueno, eso habrá que verlo... —dijo ella. Su mano rozó torpemente la cadera masculina, y luego, de forma deliberada, empezó a describir pequeños círculos que se desplazaban lentamente hacia el centro del cuerpo, haciéndolo estremecer—. Los hombres habláis más que hacéis.

—Y eso que no hablamos mucho...

—No creas. Cuando se trata de fanfarronear, os quedáis a gusto...

Pau se incorporó sobre el codo, mirándola, y con ese movimiento deliberado, su miembro se apoyó sobre la mano que antes dibujaba figuras imaginarias sobre su piel. Ella hizo un movimiento sensual con las cejas. Él sonrió.

—Eres terrible y me encantas, entrenadora. —Y tanto como le gustaba lo que había en perspectiva, el sentimiento que crecía en su corazón era la estrella del momento—. Y no me refiero sólo a esto; estoy muy bien contigo... Hacía años que no me sentía tan a gusto junto a una mujer.

Tina ya lo había empuñado consiguiendo arrancarle un suspiro cuando respondió:

—¿Me estás haciendo la pelota, por un casual?

Pau empezó a guiar los movimientos de la mano femenina.

—Estás aquí, desnuda, ¿por qué iba a hacerte la pelota?

—Semi desnuda —matizó ella insinuante—. Me bajo la falda del vestido, me vuelvo a poner los zapatos y en un minuto estoy en la calle sin darte tiempo ni a pestañear. *Me haces la pelota* —afirmó con una sonrisa—, y te diré que está muy bien; yo lo haría si fuera tú... Mmm... —suspiró—; mi reino por lo que ahora mismo está ideando esa brillante cabeza tuya...

Desde que Tina había puesto un pie en la isla, la “brillante cabeza” de Pau no había parado de fantasear, de idear momentos que disfrutar juntos, vivencias que compartir. Llevaba una sonrisa en los labios desde que había abierto los ojos por la mañana porque sabía que estaba a minutos de encontrarse con la mujer de la que se había enamorado como un loco. Porque se sentía el tipo más afortunado del planeta.

—Qué bien me conoces. Tengo un millón de planes. Incluido que seas mi entrenadora personal —volvió a bromear. Era un tema que le interesaba no por el entrenamiento en sí, sino porque el adolescente que todavía vivía en él, tenía un hambre voraz de aventuras, de experimentar.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la mirada de Tina se llenó de picardía.

—¿Quieres probar la banca de pesas? ¿O es la barra de estiramientos lo que te interesa?

Su expresión era tan traviesa que Pau no pudo evitar echarse a reír.

—Te he descubierto, ¿no?

Él asintió con la cabeza sin dejar de reír. Solo con pensar en eso se ponía caliente.

—Claro que quiero, cómo no. Pero también quiero que me entenes en serio.

—¿De verdad? —dijo Tina, mirándolo con desconfianza.

Él se incorporó, apoyó la espalda contra el borde del sofá y tiró de ella para que hiciera lo mismo, pero en cuanto Tina se sentó, él le rodeó el hombro con un brazo, atrayéndola contra su cuerpo.

—Odio hacer ejercicio, pero me muero por estar contigo así que... —Hundió la nariz en el cabello femenino, cerca de su oreja y aspiró profundamente—. Lo único que me preocupa es cómo vas a controlar que no haga el vago cuando vuelvas a Inglaterra.

Tina sonrió ante una mentira que ni él mismo se creía. Lo miró divertida mientras con uno de sus dedos volvía a recorrer la senda de vello corporal. Sintió que él se estremecía.

—Como excusa no es muy buena, lo sé —añadió el menorquín,

tomando el dedo que se insinuaba sobre su pecho y besándolo suavemente—. Porque supongo que ya te ocuparás de dejar a alguien a cargo de mis riendas para que las mantenga bien cortas... Menuda eres.

*Chico listo*, pensó Tina, y le ofreció su espalda por toda respuesta. Él le bajó la cremallera despacio, tomándose su tiempo mientras besaba la piel que los lados del vestido iban dejando al descubierto.

—Tú sigue esmerándote tanto y quizás me ocupe personalmente de sujetártelas... —murmuró la entrenadora en el momento que, libre ya del vestido, los besos masculinos recorrían el contorno de las tiras del sostén.

El corazón de Pau palpitó con fuerza. La sola idea de conseguir que sus visitas a la isla fueran más frecuentes lo llenó de una energía renovada. Si antes estaba pletórico, ahora tocaba el cielo con las manos. Le robó un beso apasionado. Luego, otro y otro más.

—Muy bien.... Sigue así —lo animó Tina, ayudándolo a despojarse de la ropa que aún le quedaba.

Pau la guió suavemente hasta quedar echada de espaldas en el suelo y reptó encima de ella. Le hizo sentir el peso de su cuerpo sin dejar de mirarla hasta que la oyó suspirar.

—Te adoro —le susurró al oído—. Y me voy a esmerar tanto, que no soportarás estar ni una hora lejos de mí.



- 3 -

Jueves 1 de abril, temprano por la mañana.  
Casa de la familia Estellés,  
Ciudadela, Menorca.

Pau había dicho muy en serio lo de ponerle difícil estar sin él. Desde entonces, y con mucho más énfasis que nunca, se había dedicado a inventar tiempo y momentos no solo para estar juntos en el sentido carnal de la palabra, también para demostrarle lo importante que era para él. A sus brevísimas apariciones, a las que cómicamente se refería como “visitas de médico”, que podían suceder en cualquier lugar y momento del día, había que sumar el desayuno especial con el que le daba los buenos días todas las mañanas a las 9 en punto y que, en un intento de sofocar comentarios malintencionados (sin éxito), hacía extensivo también a toda la familia.

Llegaba acompañado de su sonrisa marca de la casa y sus buenas vistas, con café y bollos recién horneados para todos y un batido hecho de fruta fresca y bebida vegetal de almendra, la favorita de Tina.

Hoy no había sido una excepción. Los primeros días intentaba que sus intenciones no fueran demasiado evidentes; ya no se cortaba. De modo que al llegar al salón y comprobar que ni su sobrina ni la entrenadora estaban allí, después de repartir tentempiés entre los presentes, había puesto rumbo hacia la habitación de Andy ante la mirada interesada de todos. Eso sí, había tenido la inteligente ocurrencia de solicitar el auxilio de su hija.

—¿Le ayudas a papá llevando los bollos? —a lo que la niña se apuntó presta—. Gracias, princesa.

La puerta de la habitación estaba abierta y aunque Alba entró como un torbellino, repartiendo alegría, él permaneció junto al quicio.

Pau no solo lo hizo por cortesía, también porque desde allí podía tomarse unos instantes para recrearse la vista sin ser descubierto. Tina estaba sentada sobre la cama de Andy. Había hecho su primera sesión de entrenamiento diaria, temprano por la mañana, y ya se había cambiado para ir a por el segundo en cuanto la familia pusiera rumbo al aeropuerto con destino a Londres. Vestía uno de sus infartantes conjuntos de *fitness* que a Pau lo volvían loco. Infartantes no por lo que quedaba a la vista, que era poco, sino precisamente por lo que insinuaba sin mostrar abiertamente: un cuerpo trabajado con esmero, que exudaba fortaleza y sensualidad.

El de hoy era un conjunto de mallas negras, largas al tobillo, decoradas en los muslos con dos bandas diagonales color amaranto, y una prenda superior a juego que estaba a mitad de camino entre una camiseta sin mangas y un sujetador deportivo. Ambos colores destacaban el tono cobrizo de su piel y realzaban un cuerpo atlético que el menorquín no se cansaba de mirar. Sin embargo, con lo muchísimo que Tina le gustaba como mujer, lo que lo tenía absolutamente cautivado era su personalidad. Lo cual sumado a que le seguía pareciendo un sueño que ella hubiera tomado la iniciativa de ir a visitarlo (aunque pretendiera hacerlo pasar por unas vacaciones en una isla paradisíaca), completaba un cuadro de permanente e irremediable locura (por ella).

La niña había acaparado la atención de las amigas durante los primeros instantes, pero Andy fue la primera en darle la bienvenida al café de su tío.

—¡Ay, cómo te quiero! —exclamó, casi arrebatándole la dosis extra larga de cafeína después de dejarle un beso sobre la mejilla.

—¿No se te olvida algo? —repuso el menorquín ofreciéndole su otra mejilla para que completara el ritual. Sus ojos, sin embargo, espionaron con disimulo a la mujer que sentada sobre la cama atendía la conversación de Alba.

Andy volvió sobre sus pasos e hizo lo que le reclamaban.

—Gracias, tío. —Esta vez, el beso fue tan sonoro que hizo reír a Alba.

—¡Yo también le hago así... le encanta, ¿no, papi?!

—Claro que me encanta... Me hace cosquillas —admitió él. Para entonces, Tina lo miraba con una ceja alzada mientras en su frente lucía un cartel imaginario que decía “Ni lo sueñes” que Pau pudo leer perfectamente, razón por la cuál soltó una carcajada. Un instante después todos se desternillaban, a pesar de que solo dos de los presentes entendían la verdadera causa de la gracia.

Cuando logró calmarse, se acercó a Tina quien ya se había puesto de pie.

—Su batido, entrenadora —le dijo poniendo el pequeño porta vasos delante de su rostro.

Ella tomó el vaso de cartón de medio litro de capacidad y retiró la tapa, aspiró el aroma con expresión placentera.

—Plátano, ñam... Y... ¿es cacao? —Sus enormes ojos negros miraron al menorquín comunicándole mucho más que agradecimiento.

—Media cucharadita, nada más. Está de muerte, yo me he tomado el otro medio litro —celebró divertido y sin cortarse, le ofreció una mejilla para que la besara.

En realidad, de buena gana le habría ofrecido sus labios, pero por decreto Murphy eso no era una posibilidad si no estaban a solas.

Lo que recibió no fue en los labios, pero tampoco se trató de un simple beso rápido de esos que terminan antes de que te des cuenta. Tomó el rostro masculino con una mano y...

—Gracias —susurró después de que sus labios produjeran un temblor de tierra al posarse sobre la mejilla de Pau.

Cuando se retiró, ambos se miraron. Él, como no podía ser de otro modo, le ofreció su otra mejilla. Y Tina, como era de esperar, la rechazó.

—Soy inglesa, ¿recuerdas? Con uno es bastante —dicho lo cual, empezó a empujarlo suavemente hacia la puerta—: Tu sobrina todavía tiene media maleta por llenar, así que no nos entretengas o perderán el avión.

—¿Puedo quedarme a ayudar, *porfi*? —rogó la pequeña, entrelazando

las manos.

—¡Por supuesto que sí! A ver, Alba, tú te encargas de traer las cosas de tocador: peine, cepillo de dientes, la seda dental, el desodorante... —Tina empezó a enumerar objetos mirando directamente a la pequeña quien movía la cabeza afirmativamente en cada caso.

—¡El maquillaje! —exclamó la niña, como si se tratara de algo importantísimo que no había que olvidar.

Tina le hizo el gesto de la victoria con el pulgar hacia arriba.

—El set de maquillaje, bien pensado. ¡Corre, ve a por él, que la prima nos mata si lo olvidamos!

—¿Y yo qué hago? —intervino Andy tronchándose de risa. Tina siempre cogía la batuta; su alma organizadora no podía evitarlo.

—Tú ve con tu chico y déjanos a nosotras, que acabamos antes, ¿no, Alba?

—¡Todo listo en un minuto! —exclamó la pequeña desde el baño.

—¿Lo ves? No tienes de qué preocuparte. Anda, ve a comerte a besos a tu irlandés.

—Sí que tengo que preocuparme; es mi equipaje y yo soy de las que se pasan el día en mallas de deporte como tú.

—Pues si te quedas aquí, quiero ver movimiento... ¡Movimiento, señorita! ¡Vamos!

—¡Mucho movimiento! —exclamó Alba que reapareció en la habitación con las manos cargadas de artículos para el neceser, contoneándose como si bailara. Andy, de inmediato, se puso a imitarla, Tina se sumó al dúo de bailarinas y las carcajadas no tardaron en oírse.

Pau, que continuaba allí, asomando la cabeza por la puerta, presenció la interacción de la mujer que amaba y aquella niña que era la luz de sus ojos con enorme satisfacción. Le encantaba verlas juntas. Eran momentos que lo llenaban de gozo y de gratitud. Alba parecía estar muy a gusto con Tina, pero ¿qué pensaría si supiera que su padre mantenía una relación con ella?

Había llegado la hora de averiguarlo.

\* \* \* \* \*

Vienes, 2 de abril de 2010, por la tarde.  
Casa de Francesc Estellés y Lucía Oriol,  
Casco histórico de Ciudadela,  
Menorca.

Su hija había comenzado las vacaciones escolares hacía dos días y desde entonces, no había parado quieta. Buena culpa de ello la tenían los abuelos paternos que tan exigentes como habían sido en su faceta de padres, se habían convertido en unos abuelos blandengues. Pau había tenido que ponerse serio con el tema, negándose en redondo a permitir más excursiones o salidas si la pequeña no dormía una siesta de al menos una hora.

El silencio que reinaba en la casa cuando se presentó a recogerla le informó que no solo la niña había caído rendida en la cama. Despertarla y hacer que se vistiera le había tomado un buen rato, pero tras lavarse la cara había vuelto a ser el duende risueño de siempre. Indicándole con un dedo que hiciera silencio para no despertar a los abuelos, padre e hija habían abandonado silenciosamente el dúplex que Francesc y Lucía tenían en el casco histórico de la ciudad.

Había sido poner un pie en la calle, y la pequeña ya estaba programando cosas para hacer.

—¿Puedo ir con Tina?

—No está en el gimnasio, peque.

—Ah... ¿Y dónde está?

—Salió con su padre y con Lorraine. Más tarde irá al restaurante.

Padre e hija desandaban el corto camino que conducía del casco antiguo al puerto donde estaba el restaurante, tomados de la mano.

—¿Cenarán con nosotros? —preguntó ilusionada.

Pau se echó a reír.

—Claro, pero, ¿ya estás pensando en cenar? Todavía tienes que

merendar, Alba...

Ella se rió pero no hizo ningún comentario al respecto. Él sabía que no era el apetito la razón de su pregunta. Sus tías y primos se habían marchado a Londres a pasar la Semana Santa y echaba en falta las cenas familiares multitudinarias. Aunque Tina ocupaba buena parte de su energía mental, él también las echaba muchísimo de menos.

*Hablando de la Reina de Roma...*, pensó.

—Te gusta Tina. Parece que os lleváis muy bien, ¿no?

Alba movió la cabeza afirmativamente varias veces.

—¿Te diviertes con ella?

La pequeña volvió a recurrir a los gestos para comunicar sus pensamientos. Pau sonrió para sí. Buen tema había escogido la niña de sus ojos para dejar de ser la charlatana que hablaba hasta por los codos de siempre.

—A mí también me gusta cómo es contigo.

En realidad, la aclaración era innecesaria. Tina le gustaba desde todos los ángulos y de cualquier manera, especialmente cuando estaba desnuda sobre la cama, pensó el adolescente alocado que vivía en él. El hombre adulto, padre de una niña de seis años, continuó con solemnidad.

—Te presta atención, te cuida, *no te consiente*. —Le dedicó una mirada recriminatoria haciéndola reír—. Y a pesar de todo, consigue que te lo pases bomba. Es genial.

—¡Y me está poniendo en forma, ¿has visto que músculos?! —exclamó la pequeña, mostrando sus bíceps como si fuera una luchadora en plena exhibición.

Pau la achuchó a gusto.

—¡Tú sí que eres genial, peque! —Después de tomarla en brazos, reanudó la marcha—. ¿Sabes que acaba de llegar el primo Ciro? Me ha dicho que espera tus instrucciones para preparar la cena, así que tú decides, cariño.

—¡Ay, qué biennnn, el primo ya está aquí! A ver, a ver... ¿qué quiero comer?

Durante los siguientes minutos, padre e hija debatieron sobre el platillo más adecuado para la cena de aquella noche. Al fin, por unanimidad, ganó la paella de mariscos.

Fue cuando estaban a punto de entrar en el restaurante, que Alba le demostró a su padre que era mucho más perspicaz de lo que sus seis años le inducían a creer.

—Me gusta mucho Tina y ya sé que es tu novia, papi.

Pau paró en seco. Cuando giró la cabeza para mirar a su hija, tenía las mejillas rojas y una incomodidad que había dejado de sentir hacía años.

—¿Qué es... qué? ¿Qué dices, peque?

—¿No sois novios? —preguntó la pequeña dudosa, toda inocencia.

—Bueno... —empezó a decir él sin tener la menor idea de cómo continuar—. No sé..., ¿te parece bien a ti? ¿Te gustaría que ella y yo...?

Pau no completó la frase porque no podía. Se derretía solo de pensar en referirse a Tina como su novia. Deseaba tanto cantarlo a los cuatro vientos que tenía que hacer auténticos esfuerzos para callarlo. Al mismo tiempo, la incomodidad de ponerlo en palabras delante de su hija estaba creando una situación muy extraña.

—¡Claro! ¿En serio no sois novios todavía? Yo creía que sí... —añadió pensativa. Enseguida, recuperó el talante alegre—: Pero no te preocupes, papi, seguro que si se lo pides te dice que sí.

Una gran sonrisa reinó en el rostro del menorquín. Tenía ganas de comérsela a besos. Por tierna, por sabia, por ser dulce como la miel.

—¿Tú crees?

—¡Claaaaaaaaro, si mi papi es guapíiiiiiiiiisimo! —exclamó la pequeña, rodeándole el cuello con sus brazos.

\* \* \* \* \*

Más tarde aquel día...

Pau estaba conversando con un matrimonio, cliente del restaurante desde que este había abierto sus puertas, cuando Tina y su familia llegaron.

Como siempre, habían sido los grititos alegres de Alba los que lo habían advertido y desde entonces, volvió a comprobar, su atención en la conversación había caído en picado. Una nieta de la pareja contraía matrimonio por lo civil, no una "boda por todo lo alto" había apostillado con cierto retintín la mujer, y ellos deseaban regalarle el banquete de bodas y cómo no, hacerlo en su restaurante favorito. Sabían que Sa Badia tenía las reservas completas todo el año, pero habían oído que ocasiones puntuales habilitaban su famosa terraza con espectaculares vistas panorámicas al puerto y, en su opinión, no había mejor lugar para un banquete de boda. Insistían, y Pau había aceptando que la pareja le llamara por la mañana para hablar del tema con más tranquilidad. Al fin, había podido ir a la concurrida barra donde los recién llegados habían conseguido hacerse sitio.

—Siento la tardanza. Me tenían secuestrado —dijo con una sonrisa al tiempo que estrechaba la mano de Ron y saludaba con dos besos a Lorraine y a Tina—. ¿Qué tal ha estado el paseo de hoy?

Tina, en realidad, no podía decir que hubiera lamentado la tardanza. Eso le había proporcionado unos minutos extra para disfrutar de las vistas sin tener que guardar las apariencias. Su padre y Lorraine conversaban con Alba y, por una vez, nadie le prestaba atención a ella.

Le encantaba verlo en su salsa. Resultaba evidente que en las relaciones públicas Pau se movía con la misma soltura que si estuviera en el salón de su casa. Tenía don de gentes, una amabilidad natural, nada afectaba, que hacía que la otra persona se sintiera a gusto al instante, aunque acabaran de conocerse, y las vistas era realmente fabulosas. Hoy había escogido unos pantalones de corte italiano color piedra, una camisa azul marino con delgadas rayas verticales en gris y unos mocasines a juego. Era la elegancia en persona, daba igual si vestía de trajes o en vaqueros. Sus pensamientos debieron tenerla más ocupada de lo que creía porque no se enteró de que él había hecho una pregunta.

—Fantástico, gracias, Pau. En esta isla tenéis unos rincones realmente increíbles. ¿Cómo se llama la última cala que visitamos, cariño? Me hago lío con los nombres —se disculpó.

—Uy, a mí no me mires, que en eso soy peor que tú —repuso Lorraine.

Inmediatamente, las miradas se dirigieron a Tina. Pau sonrió al darse cuenta de que, muy raro en ella, no solo no atendía la conversación, sino que lo miraba, pensativa.

—Tina, cariño... —intervino Ron, tocándole el brazo.



La entrenadora aterrizó sin paracaídas.

—¿Qué...? —Su mirada confusa recorrió rápidamente las caras sonrientes de su padre, la esposa de éste, y finalmente, la de Pau.

—¿Qué tal por Babia? —le preguntó él casi sin poder aguantar la risa.

—Ja, ja, ja —repuso Tina. Miró a su padre—: Perdona, ¿me decías algo?

Por suerte para la entrenadora, la llegada de los padres del menorquín desviaron la atención de su lapsus, no así la de Pau que intuyendo la clase de pensamientos que la habían tenido tan ausente de la conversación, seguía todos sus movimientos con total interés.

—¿Qué? —insistió Tina al detectar su persistente mirada—. ¿Se me ha corrido el maquillaje?

Él no había pasado detrás de la barra donde dos camareros servían a la clientela que esperaba mesa para cenar y, teóricamente, atendía la conversación que sus padres mantenían con los Murphy en la que intervenía de tanto en tanto. En la práctica, no le quitaba los ojos de encima. Ahora, para rematarla, acababa de colocarse a su lado con disimulo.

—¿Y crees que mi galantería me permitiría decírtelo abiertamente... suponiendo que fueras una mujer que se maquilla y no es el caso? —le dijo en un tono suave, que solamente ella podía oír—. Estás preciosa, perfecta por los cuatro costados, como siempre.

Ni siquiera la rozaba y con dos palabras había conseguido erizarle la piel.

—A veces me maquillo —apuntó Tina con tono de "no te la des de sabelotodo que tampoco me conoces tanto".

Pau sonrió para sí. Dejó que el borde de su mano rozara suavemente la de Tina. Ella se estremeció y acto seguido se apartó lo suficiente para evitar el contacto.

—Cierto. En Noche Vieja llevabas maquillaje. Estabas impresionante... *Eres impresionante.*

La vio sacudir ligeramente la cabeza, como si le molestaran sus cumplidos. La sonrisa en su rostro y el brillo de sus ojos, en cambio, le dijeron exactamente lo contrario.

—Así que te tenían secuestrado... —comentó Tina en un intento claro de desviar la conversación.

Esta vez, Pau sonrió abiertamente. Vio que ella le dedicaba una mirada crítica e intentó reanudar la conversación con normalidad.

—Se les casa una nieta y quieren regalarle el banquete de boda —explicó—. Según ellos no hay mejor lugar que este para celebrarlo. Saben que no nos dedicamos a ese tipo de servicios, pero se enteraron de que no hace mucho habilitamos la terraza para un evento especial y, claro, intentan convencerme de que lo haga otra vez para su nieta...

—¿Y por qué no dais esos servicios? No conozco demasiado la isla, pero a mí la terraza también me parece un lugar ideal.

Pau asintió con la cabeza. Sus recuerdos lo devolvieron momentáneamente a aquella noche de hacía cuatro meses cuando todo había empezado entre los dos.

—De noche, especialmente, es fabulosa —reconoció.

—Y de día también. Es un sitio de locura.

—O sea, que si, hipotéticamente, fueras a casarte, te gustaría celebrar el banquete aquí —dijo él. Su mirada se tornó pícaro.

—Sí. Hipotéticamente —concedió ella y los dos rieron.

Pau asintió. No era algo que hubiera considerado hasta aquel momento. Ahora, era el primer punto en su agenda de asuntos urgentes que resolver. Ambas cosas; buscar la manera de organizar ese tipo de eventos con la marca Sa Badia, y hacer lo imposible por eliminar la palabra "hipotéticamente" de la ecuación de Tina. Desde que hablara con Alba al respecto, se sentía el rey del Mambo.

—Queremos mantener la atmósfera de un lugar elegante y tranquilo —continuó él—, donde se puede pasar una velada conversando mientras se disfruta de una carta de primera categoría. Con las salas al completo todos los días del año eso ya es bastante complicado de conseguir. Banquetes, bautizos, despedidas son eventos muy ruidosos... Habría que estudiarlo bien.

—Bueno, si le das a la terraza una entrada independiente desde la calle, reducirías el trasiego de gente... Y también podrías insonorizar los salones. Te saldría un buen dinero, imagino, pero el que algo quiere...

Él la miró con asombrado deleite al tiempo que asentía con la cabeza una y otra vez.

—Una idea interesante —admitió con ojitos pícaros—. Que además resolvería la cuestión de tu banquete de boda.

—*Hipotética.*

—Bueno, no tan hipotética; el novio ya lo tienes.

Tina giró la cara para mirarlo. Su expresión rezumaba diversión.

—¿Ah, sí?

La voz de Francesc interrumpió la conversación haciendo que Pau maldijera por dentro.

—¿Por qué no vamos a la mesa? Bueno, si a ese diminuto adminículo de cuatro patas que mi hijo reserva para las comidas familiares se le puede llamar así —propuso.

Pau maldecía por la interrupción en el mejor momento y también por la observación procedente de un hombre que jamás había movido un dedo para mantener unida a la familia.

—No lo reservo, padre, me he inventado ese "adminículo de cuatro patas". Los clientes ya se quejan bastante de que cada vez necesitan reservar antes porque siempre estamos llenos y como se despisten, se quedan sin sitio. ¿Te imaginas lo que dirían si vieran que hay tres mesas reservadas para la familia todas las noches? —En un intento de reducir la causticidad de sus palabras, cerró la frase con una sonrisa.

Lucía se limitó a frotarle el brazo cariñosamente. Francesc que captó al instante que el horno no estaba para bollos, le quitó hierro al asunto.

—Es una broma, hijo. No te lo tomes a mal.

Al hombre lo precedía su fama, era cierto, y Tina no era proclive a meter las narices donde nadie la llamaba. Por otro lado, pocas cosas le carcomían más la moral que un mandamás intentando echar por tierra el esfuerzo ajeno. Aunque en este caso, fuera el típico caso del padre que se resiste a admitir que su hijo lo hace cien veces mejor de lo que él lo hacía cuando se ocupaba de las empresas del grupo.

—Pues a mí me parece un adminículo de cuatro patas muy logrado —intervino Tina mirando directamente al padre de Pau—. Consigue reunir todas las noches a la familia más increíble que conozco y encima se da el lujo de acoger invitados como nosotros de tanto en tanto. Y todos repetimos, así que...

Pau fue el primer sorprendido al presenciar la reacción de Tina, pero no el único. Las miradas se sucedieron durante unos instantes, algo cautas, a la espera de ver cómo tomaba el Gran Cacique esas palabras.

—Muchas gracias —dijo el menorquín, emocionado. Como lo último que deseaba era que su padre estropeará el momento sacando a relucir al individuo soberbio que llevaba dentro, hizo un ademán gentil con el brazo invitándolos a dirigirse a la mesa.

Francesc no se movió del sitio. Tina, como era de esperar, tampoco.

—Es un gran directivo, un gran empresario, y lo mejor, con mucho, es

su calidad humana. Hay que tenerla para preocuparse de inventar un hueco donde no lo hay solo para poder disfrutar de la gente que quiere un rato cada noche. Fue una broma. Me gusta meterme con él. Es mi forma de ser, Tina.

Ella asintió con solemnidad.

—En mi caso no fue una broma. Cuando quiero que la gente sepa de qué voy, suelo decir lo que pienso en voz alta. Es mi forma de ser.

El ambiente se había vuelto algo tenso en cuestión de segundos. A Pau le encantaba ese temperamento guerrero de Tina, pero también conocía bien a su padre; era demasiado pronto para permitir que empezara a correr la sangre. La cuestión era cómo evitarlo sin quedar en evidencia delante de alguno de los contrincantes.

En aquel momento, la solución llegó llovida de la cocina y adquirió la forma de un chef con pinta de perturbado mental que irrumpió en la escena con su desparpajo habitual.

—Vamos a ver, bonita. Que sea la última vez que vienes a verme y te entretienes por el camino. Porque doy por supuesto que la razón de que estés aquí soy yo —dijo señalándose al tiempo que se ponía una mano en la cintura—. ¿O no?

Tina le echó los brazos alrededor del cuello.

—Ay, mi cocinero favorito... ¡Qué alegría! —dijo, pinchándolo.

Él no esperó para sacar a relucir su puntillosidad.

—¿Cómo que *cocinero*? Querida, *moi* no era solo un “cocinero” ni cuando estaba aprendiendo a freír un huevo.

—¡Me encanta cuando picas, Ciro! —celebró la entrenadora, que volvió a abrazarlo—. Ven aquí y no me seas quejica... ¡Por supuesto que he venido a verte a ti, ¿a quién si no?!

¿*A quién si no?* Pau no pudo evitar soltar una carcajada a la que pronto se unieron otras.

El ambiente volvió a distenderse y la charla continuó después de que los comensales ocuparan sus respectivos lugares alrededor del “administrículo de cuatro patas”.

Sábado 3 de abril de 2010.  
Gimnasio de Andy Avery.  
Ciudadela, Menorca.

Al ver quién la llamaba, Tina se adelantó saludando a su amiga con una advertencia.

—Estás de vacaciones. Y como la razón de tu llamada sea preguntarme por enésima vez si “todo va bien”, me voy a enfadar muchísimo.

De hecho, las cosas iban mucho mejor de lo esperado ya que los últimos equipos que el transportista dudaba que pudieran entregarse antes del martes por cuestiones de aduaneras, habían llegado al gimnasio a primera hora de la mañana y una cuadrilla de doce trabajadores los estaban instalando. Tina les había estado ayudando hasta hacía un rato, ahora estaba

en el vestuario de la planta baja, adecentándose un poco para ir a hacer turismo con su padre y la mujer de este.

Las risas de Andy amenazaban con dejarla sorda. Estaba histérica de la alegría y dudaba mucho que sus ocurrencias fueran la razón.

—*¡Todo va mejor que bien, nena y no hablo del gimnasio! ¡¿Sabes lo que me ha dicho Dylan?! ¡Te vas a morir cuando te lo cuente!*

Tina puso la llamada en altavoz mientras volvía a recogerse el cabello en una coleta alta.

—Y tú ya no te aguantas las ganas de contarlo, ¿a que sí? ¿Qué habrá hecho tu irlandés esta vez? ¡Venga, suéltalo!

—*¡Me ha dicho que está listo para dar el próximo paso! ¿Te lo puedes creer? ¡Estoy alucinando!*

Tina frunció el ceño. Miró el móvil sin saber muy bien cómo reaccionar. Andy no había dicho “me ha pedido que nos casemos” o “que nos vayamos a vivir juntos”.

—Antes de que me ponga a dar saltos como una loca por todo tu gimnasio, aclárame una cosita...

—*¡Que sí, que es lo que piensas!* —la interrumpió Andy, igual de histérica que antes—. *¡Es lo que me decías cuando te mostré la habitación de Luz! ¡Me ha pedido...! Bueno, técnicamente, no me lo ha pedido, ¡pero es lo que quiere!*

Tina aún se permitió ser cauta. La idea de que Andy y Dylan estuvieran juntos le alegraba el alma. Había sido así desde el principio. Pero lo último que deseaba era contribuir a la ilusión de su querida amiga con su propia ilusión y que luego las cosas no fueran como ella pensaba.

—¿Y qué es lo que Dylan quiere?

—*¡Que nos casemos, Tina, ¿qué va a ser?!*

La entrenadora dio rienda suelta a su alegría. Esta vez, sí.

—*¡Ayyyyyyy, cómo me gusta tu irlandés! ¡Ay, cómo me gusta! ¡Si es que es un tío de rompe y rasga, sí, señor! ¡Me alegro tanto, Andy! ¡Menudo abrazo le voy a dar en cuanto lo tenga a tiro!* —Las dos rieron—. *¡Y el tuyo va a ser de aúpa, así que prepárate! En serio, cari, es la mejor noticia que podías darme... ¿Qué ha dicho Anna?*

—*Aún no lo sabe...*

¿Cómo que su madre aún no estaba al tanto? Tina volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué sucede, Andy?

La oyó suspirar y luego reír con una risa nerviosa que la tranquilizó, pero solo a medias.

—*Nada nuevo, nena. Me preocupa mi familia y la situación es complicada* —exhaló otro suspiro cargado de ilusión—. *Con otro hombre sería un problema, pero no con Dylan. Él es... ¡Increíble! Alucinante de verdad... Me ha dicho que está preparado para hacerse cargo de mi familia, que lo desea...* —se le quebró la voz e hizo una pausa. Tina sonrió enternecida—. *Pero como sabe que para mí es un tema difícil, me ha dicho que va a dejar en mis manos la decisión de cuándo y cómo. Lo cual significa que...*

Una sonrisa iluminó el rostro de Tina.

—La pelota está en tu tejado.

—*Exacto.* —El tono de Andy denotó que sonreía.

—¿Y qué vas a hacer ahora que es tu turno de saque?

—*Sacar, por supuesto. Al principio, le di vueltas al tema, pero... No sé, Luz ya tiene siete meses y las cosas son muy diferentes ahora de cuando nació. Creo que hay que revisar el asunto y tomar nuevas decisiones, o al menos, considerarlo. Así que he pensado que después que pase la inauguración y las cosas en el gimnasio empiecen a rodar, hablaré con mi madre.*

—Bien dicho. Me encanta lo que escucho, Andy... ¡Y estoy superfeliz por ti!

—*Lo sé, nena... Tú siempre ahí, al pie del cañón, para lo que haga falta. Gracias, Tina, de verdad... Ah, que casi se me olvida, he conocido a la familia de Dylan...*

—¿Y...? —preguntó, ansiosa. Estaba al tanto de los planes de Andy y de Shea para facilitar un encuentro entre Dylan y el resto de la familia.

—*Al principio fue un poco “Tierra, trágame y escúpeme en otro planeta”... —Tina sonrió al oírla carcajearse—. Pero luego fue mejorando... El hombre es un hueso, tiene toda la pinta de ser un sargento, ¿sabes? Ella, Erin, me pareció bastante agradable...*

—¿Y Dylan? ¿Cómo reaccionó?

—*Ufff... Conmigo estuvo para comérselo, como siempre. Pero con ellos, especialmente con su padre, no fue muy comunicativo que digamos... Esos ojazos grises que tiene eran muy tormentosos y el mensaje, cada vez que miraba a su padre, era en plan “ten mucho cuidado con lo que haces”. ¡Daba mieeeeedo, mucho mieeeeedo!* —dijo riendo.

—Bueno, seguro que contigo haciendo de negociador, tienen grandes posibilidades de volver a ser una familia. Se te dan de perlas los huesos duros de roer.

—*Me encantaría que se arreglaran las cosas entre ellos. Son buena gente. Además, la vida es demasiado corta e imprevisible para pasarla enfadados.*

—Ya, pero no todos tenemos una visión tan pragmática de la vida como tú, *cari*. Tú eres inmune al rencor. Lo has demostrado una y otra vez desde que te conozco. Con tu padre, con tu abuelo materno...

—*Con tu novio, que da la casualidad que también es mi tío...*

—Andy, no empieces... Estás en altavoz y aquí las baldosas tienen oídos.

—*Vale, me callo... No es que sea inmune, es que nunca le he encontrado un sitio al rencor. Cuando se me pasa el primer momento de enfado, lo que siento es que no tiene sentido seguir así. Si alguien está en mi vida, quiero que esté de verdad; contar con él y que él cuente conmigo. Y si por la razón que sea no puede ser así, entonces lo mejor es que cada cual siga su camino, y en paz.*

—Sin rencores.

—*Sí, sin rencores.*

—Ya veo que tu tío no corre el riesgo de que te presentes en su casa una noche de estas y lo asesines silenciosamente mientras duerme —bromeó la entrenadora.

—*Ahora con menos razón que antes. ¡Igual me presento en su casa y lo encuentro en la cama con mi mejor amiga!* —Andy celebró su broma con una sonora carcajada.

Ja. Por el momento, no tenía ninguna intención de poner un pie en la casa de Pau, ya ni hablar de su cama.

—Tranquila, que no caerá esa breva —sentenció Tina. Las carcajadas de su amiga se ocuparon de informarle que no le creía, pero, de pronto, volvió a tomar la palabra con prisas.

—*Oye, ahora tengo que dejarte. Dylan está entrando por la puerta —soltó otra risita nerviosa—. Pobre, lo tengo en ascuas desde que me lo dijo y no quiero que me pille hablando contigo.*

—¿No le has respondido nada?! —exclamó Tina—. ¡Pero nena...!

—*Te dejo, que viene. Besos. Ya hablamos.*

El sonido de llamada cortada dejó a Tina con la palabra en la boca.



Sonrió al tiempo que sacudía la cabeza y volvió a ocuparse de la coleta que había dejado a medias cuando la conversación se había puesto interesante.

\* \* \* \* \*

Pau no había contado con que su reunión iría tan rápido y al encontrarse con cincuenta inesperados minutos libres no tuvo que pensarse en qué emplearlos. La idea era llevar a Tina y a su familia a probar las tapas de un bar situado cerca del gimnasio. Era famoso en la isla por la calidad de sus productos y a él le permitiría arañar unos minutos extra en compañía de la mujer que le había hecho perder la cabeza. Mejor imposible.

Mientras iba de camino, la había llamado para avisarle un par de veces, pero siempre daba señal de ocupado. Al llegar y no verla entre el grupo de hombres que iban y venían cargando equipos, el capataz de la obra le indicó dónde encontrarla.

Y allí estaba él, mirándola desde el quicio de la puerta de acceso al vestuario femenino de la planta baja mientras ella, directamente al otro lado de la sala, donde estaban los espejos, conversaba con alguien por el móvil y se reía. Se reía muchísimo.

—Espero que no fuera otro hombre el responsable de tanta risa —dijo el menorquín, acercándose, cuando la vio colgar.

Tina lo miró a través del espejo, sin volverse. Y continuó sonriendo. ¿Cómo no hacerlo con semejantes vistas?

—¿Y qué si lo fuera?

Él la rodeó con sus brazos desde atrás, adaptándose a su altura, y apoyó su barbilla sobre el hombro femenino. La miró a través del espejo.

—Que tendré que trabajar más mi agudeza. Me encanta escucharte reír, pero quiero ser yo el causante de tus mejores carcajadas.

—El causante que no la razón, ¿verdad? Lo digo porque si quieres que me ría de ti mientras trabajas más tu agudeza, yo encantada de ayudarte.

Su tono había rezumado burla y sus ojos, picardía. Su cuerpo, en cambio, comunicaba otras cosas. Para empezar, ella se había recostado contra su pecho. Para seguir, sus manos -las dos- se habían posado sobre las suyas como si intentaran impedirle que se alejara.

—Tu generosidad me conmueve, preciosa.

—Me alegra oír eso. Y digo yo... ¿a qué debo el honor de tu visita, señor Estellés?

Tina ya se había dado la vuelta y ahora, frente a frente, continuaban practicando su deporte favorito; desafiarse mutuamente.

—¿Será que estoy tan loco por ti que ya no aguanto dos horas sin verte, quizás? —dijo Pau al tiempo que volvía a rodearle la cintura con sus brazos. Ella le pasó los suyos alrededor del cuello.

—¿Será que ahora que le has quitado el candado a tu libido, esa que has tenido a buen recaudo taaaaaanto tiempo, ya no eres capaz de pensar en otra cosa? —repuso ella.

El rostro del menorquín pasó de la sorpresa ante lo directo de su lenguaje a troncharse de risa.

—He acertado, ¿eh? Pues lamento comunicarte que mi padre y su mujer están al caer. Tendrás que volver a ponerle el candado —anunció con una gran sonrisa.

—No has acertado, preciosa. Esta vez, no. Mis intenciones son honorables.

—Honorables —repitió Tina, aguantando la risa.

Él asintió solemne.

—Totalmente. Lo juro. —La pareja continuó mirándose divertida hasta que Pau añadió—: Estaba pensando... ¿no habrá forma de pedirles que den una vueltita extra?

Rieron durante un momento. Al siguiente, ya estaban enzarzados en una de sus conversaciones salpicadas de besos.

—¿De verdad, quieres que los llame?

—Claro que quiero, pero cuando dije que mis intenciones son honorables hablaba en serio.

—¿Ah, sí? —le preguntó con cierta desconfianza—. Te mueres por tenerte tanto como yo me muero por tenerte a ti. ¿Qué otra razón tendrías para presentarte aquí sin avisar? Digo, aparte de satisfacer una imperiosa y

urgente necesidad fisiológica, ¿eh?

Pau lamió los labios de Tina, tomándose su tiempo para saborearlos antes de responder.

—Mirarte, tocarte, *besarte*... Y con la excusa de invitar a tu padre y a su mujer a unas tapas buenísima, disfrutar de tenerte una rato más conmigo. —Tina hizo un gesto de aprobación. Él sonrió con suficiencia—: Te dije que mis intenciones eran honorables.

—Así que has venido a hacerle la pelota a Ron Murphy y, de paso, a su hija. Bien jugado. —Esta vez, fue ella quien lamió los labios de Pau, que exhaló un suspiro.

—También he venido para contarte una buenísima noticia; ya tenemos el visto bueno de mi hija.

Tina se apartó un poco para mirarlo bien. ¿Ya había hablado con la pequeña? Qué tipo más alucinante, pensó.

—¿De verdad?

Pau asintió varias veces con la cabeza. En su rostro lucía una sonrisa de padre orgulloso.

—Es tan lista... Le encantas y creía que ya eras mi novia. ¿Qué me dices?

—¿Sobre ser tu novia o sobre la sagacidad de tu hija?

Él la estrujó en un ataque de ternura. Ella se dejó de muy buen grado. A los dos se los pedía el cuerpo.

—Eres tremenda, entrenadora —murmuró él—. Y cada día estoy más loco por ti. Así que...

Pau buscó la mirada de Tina. Ella le estaba dedicando una de sus cejas enarcadas que tanto juego daban entre los dos.

—Así que —insistió Pau con cara de niño travieso—, ya...

—Ya solo te hace falta *mi* luz verde —apuntó Tina, completando la frase. Y se quedó tan tranquila, mirándolo con una gran sonrisa.

Pau frunció el ceño pero no dejó de sonreír. ¿Estaba bromeando o lo decía de verdad?

—¿No la tengo?

—*Nop*.

El menorquín se apartó un poco. La excusa que se dio a sí mismo era poder verla bien, captar hasta el menor brillo en sus ojos, cualquier cosa que le diera pistas acerca de lo que se cocía en esa cabeza preciosa. La realidad era que se sentía totalmente descolocado y no sabía cómo tomarlo.

—¿No quieres que se sepa que estamos juntos?

—Corrígeme si me equivoco, pero me apuesto la cabeza a que ya se lo huelen.

—Ya... —Pau inspiró profundamente. Cada vez más confuso, se esforzó por ofrecerle una sonrisa—. Bueno, ¿y cuál es el plan?

Tina se derretía por dentro y como no quería delatarse, optó por la cercanía. Lo atrajo hacia su cuerpo nuevamente y volvió a saborear sus labios. Era algo que siempre le funcionaba y esta vez también lo hizo. Pronto, se besaban apasionadamente.

—Mi plan es seguir disfrutando de ti todo lo que pueda. Sin intromisiones, sin exigencias, sin nadie metiendo las narices ni organizándonos la vida. Pasarme el día pensando en ti, deseando que llegue la noche. Sabiendo que entonces te tendré para mí sola y a mi merced —tomó el rostro masculino entre sus manos—. ¿De verdad quieres fastidiarlo todo con un anuncio oficial *ahora*, que nos lo estamos pasando bomba? ¿Sabes lo que sucederá después de que les soltemos el discurso? Que dejaré de ser la invitada foránea con costumbres raras que hay que soportar en aras de la concordia. Me convertiré en familia. Habrá confianza, Pau. Y donde hay confianza, da asco.

Una profunda sensación de alivio echó a la confusión de la mente del menorquín en cuanto comprendió de qué iba aquel asunto en realidad.

—¡No me lo puedo creer! Lo que tú quieres es ocultarlo hasta el día que te vayas para que sea yo el que aguante a mi familia —Tina empezó a troncharse—. Qué poco solidaria, entrenadora. ¡Hay que ver!

En realidad no era exactamente esa la razón. Reacia desde siempre a precipitarse en sus decisiones, una parte de ella seguía apostando por tomarse el tiempo necesario para conocer las respuestas a todas las preguntas que la habían traído hasta Menorca. En los combates de *kickboxing*, le encantaba el riesgo controlado. En su vida personal, solo movía sobre seguro.

Pero de ninguna manera empañaría aquella sonrisa infartante con sus peculiaridades de persona ultra independiente.

—¿Ves? Por algo digo que eres un tío listísimo —dijo pellizcándole las dos mejillas a la vez.

—Ya, tú hazme la pelota. ¿Sabes? Esta gran concesión por mi parte no va a salirte gratis, entrenadora —repuso él.

Ella exhaló un suspiro.

—Mmm... Qué excitante ha sonado eso, Pau...

Él asintió enfáticamente.

—Pienso cobrármelo con intereses de usurero —aclaró con una sonrisa maquiavélica.

“Seguro que sí”, pensó Tina encantada.

Pero no sería ni allí ni en aquel momento, ya que Ron Murphy y su esposa acababan de entrar en el vestuario adonde los había conducido el capataz de la obra.

Sábado, 10 de abril de 2010.  
En un restaurante del paseo marítimo,  
Fornells, Menorca.

Toda la familia se había acostado tarde ya que la fiesta de inauguración del gimnasio había acabado a las tantas. Después de mucho trabajo y muchos nervios de última hora, *Fitness Center Menorca*, era una realidad y aquella mañana había abierto sus puertas oficialmente al mundo con una sesión gratuita de zumba a cargo de Tina.

Sin embargo, para Pau significaba el fin de su mundo perfecto. Al menos, temporalmente, ya que tras la inauguración, Tina y su familia regresaban a Londres. Las dos semanas se le habían pasado volando y, aunque de cara a la galería no lo demostrara, llevaba tres días sufriendo

porque cada hora que pasaba lo acercaba al momento de la despedida.

Aprovechando que el vuelo de Ciro de regreso a Barcelona salía a última hora, Pau había dejado a su padre a cargo de las relaciones públicas del Sa Badia para llevar a los Murphy a su último paseo por la isla. Quería aprovechar hasta el último minuto junto a Tina.

Toda la familia se había apuntado y después de recorrer algunos rincones paradisíacos del norte de la isla, y de tener que posar para que Alba les hiciera la foto de turno junto al balcón florido, escultura o “cosa bonita” susceptible de ser fotografiada, la expedición había recalado en Fornells, antiguamente un pueblo de pescadores, famoso por su bahía natural, sus casas blancas que miran al mar y su caldereta de langosta, el plato típico por excelencia de la isla.

Dicho plato habían pedido, precisamente, en uno de los numerosos restaurantes del encantador paseo marítimo de la ciudad. Los Murphy se habían aficionado al marisco y, en especial, el padre de Tina no perdía ocasión de pedirlo, ganándose en cada caso una regañina por partida doble; primero de su mujer y luego de su hija, quienes se quejaban de que su corazón enfermo era lo último que necesitaba.

El plato escogido también había dado a lugar a una situación divertida. Alba comía con tal glotonería que solía mancharse al pelar los mariscos para después enfurruñarse cuando, detallista como su padre, descubría el estado calamitoso de su coqueto atuendo. Así que Pau cortaba por lo sano ocupándose él de la fase pringosa y entregándole el plato cuando ya estaba listo para comer. Tina no era tan aficionada al marisco como su padre y tampoco le agradaba demasiado la idea de tener que usar tenazas a la hora de sentarse a comer. No lo había manifestado en voz alta, pero a Pau no le había hecho falta más que ver la expresión de su cara al reparar en las pinzas que el camarero había dejado junto a su plato.

—¿Me permites? —le había dicho Pau con sus modos amables al tiempo que se apropiaba temporalmente de su plato y empezaba a separar la carne del caparazón mientras continuaba conversando con Ron y Lorraine sobre las bondades de la cocina tradicional de la isla.

Andy codeó a Dylan que en aquel momento se llevaba un trozo de langosta a la boca. El tenedor detuvo su marcha mientras toda la atención del irlandés se centraba en aquella pintoresca escena.

—Cómo os cambia el amor, ¿ves? —le dijo al oído y acabó con una risita tierna.

Dylan volvió el rostro para mirar a su novia. Ella pudo ver al cazador listo para el disparo en el fondo de sus ojos y disfrutó del momento.

—¿Es tu forma de decirme que pagarías con generosidad que yo hiciera lo mismo con tu plato? —Se inclinó a robarle un beso y añadió sobre sus labios—: Que sepas que si la respuesta es sí, ya mismo me ocupo de tu langosta y de lo que haga falta.

A pesar de que Tina estaba sentada frente a Dylan y Andy, no se percató de lo que estaba sucediendo entre ellos. Tampoco de las bromas que las hermanas del menorquín hacían al respecto, ofreciéndole sus platos para que también lidiara con las caparazones. En realidad, no se percató de nada. Toda su atención estaba puesta en Pau. No lo admitiría en voz alta, pero le encantaba lo observador y detallista que era para todo. Le encantaba él y la forma en que conseguía que cada momento fuera valioso, memorable.

Un momento al que Alba puso el punto gracioso cuando exclamó:

—¡Ah, mira, a ti también te ayuda para que no te manches! ¿Has visto qué bueno es mi papá?

La paternidad pronto se convirtió en tema de conversación entre los que quedaban en la mesa cuando Andy, Tina y Alba ocuparon los columpios de un pequeño predio con juegos infantiles que había allí cerca mientras Dylan se encargaba de hamacarlas a dos brazos. Disfrutaban de las magníficas vistas y de un café con hielo, riendo ante las monerías que de tanto en tanto les dedicaba Alba, cuando Ron comentó el buen equipo que hacían Pau y su pequeña, algo que le había llamado la atención desde el primer momento.

—Sí, por suerte, nos llevamos muy bien —concedió Pau— y eso que por el divorcio me he perdido un cuarto de su vida. Ahora procuro no perderme nada. Si no está en la escuela infantil o con su familia materna, en Barcelona, me las arreglo para que esté conmigo.

—Y que lo digas... Eres un pesado con eso —intervino Neus en tono de fingido reproche.

—Si fuera por vosotras, vería a mi hija a la hora de dormir, cuando ya está medio grogui. De eso, nada —se defendió él.

—Bueno —intervino Anna con ternura—, entiéndenos. A falta de disfrutar del padre, que ya no es nuestro pequeño príncipe, queremos disfrutar de su princesita... Es como tú cuando tenías su edad. —Y con esas, le dejó una caricia en la mejilla.

—Se nota que te encantan los niños, Pau —comentó Lorraine.

Él asintió ligeramente con la cabeza. Pensó que en realidad no estaba



tan seguro de que eso fuera así. Le encantaba su hija y ya no concebía sus días sin ella, pero jamás se había tenido por un amante de los niños.

—Es admirable que siendo un hombre con tantas responsabilidades profesionales consigas desempeñar tan bien tu papel de padre soltero. A mí, me admira, ¿verdad? —dijo Ron, que miró a su esposa. Habían hablado del tema en más de una ocasión.

—Es un gran padre —dijo Roser dejando a todos asombrados. Hasta el momento la única clase de conversación que había mantenido había sido con Luz, en su lenguaje de bebé de apenas siete meses.

—Si Tina me oyera no estaría de acuerdo —repuso Lorraine—. Ella cree en la igualdad de géneros, pero a la hora de hacerse cargo en solitario de la educación de un hijo, yo no pienso que hombres y mujeres estemos en igualdad de condiciones. Todavía no, al menos. Hasta ahora ese ha sido siempre un papel femenino, no masculino. Así que para mí lo que haces tiene doble mérito. No se lo digas —apuntó la mujer con picardía.

—Le lleva la contraria solo de boquilla, cariño, porque le encanta meterse con él —dijo Ron echando un vistazo a su hija que ahora jugaba en el tobogán con Alba—. La verdad es que piensa que eres un padrazo, Pau. No se lo digas —añadió, riendo.

—¡Guaaaaaaauuuuu! —celebró él, incapaz de contenerse. Viniendo de Tina aquel cumplido valía el doble y saber que ella le hablaba de él a su padre le ponía la guinda al pastel.

Pero enseguida se dio cuenta de que la expresión de Ron perdía brillo. Algo que quedó confirmado cuando habló.

—Yo, me temo, no fui un buen padre para Tina. No fui el puerto seguro que debí haber sido. La muerte de su madre me destrozó... Tardé años en recuperarme. Pero Tina... Ella fue fuerte por los dos. Ya era así, fuerte y decidida desde niña... Siempre ha tenido claro lo que quería, siempre ha sacado fuerzas de flaqueza... Se merece lo mejor del mundo, se lo ha ganado...

El hombre dejó de hablar momentáneamente. Se inclinó para que la conversación fuera privada.

—Me hace muy feliz que estéis juntos. Sé que en ti encontrará todo eso que yo no supe darle. —Tras una breve pausa, sonrió intentando cambiar el tono del momento—. Y también espero que esto quede entre tú y yo. ¡No sabes cuánto se enfadaría conmigo si supiera que te lo he dicho!

Pau recibió sus palabras con humildad.

—Gracias, Ron. No se enterará.

—Uy, qué caras más serias... —dijo Tina, ocupando su silla nuevamente. Miró a su padre, luego a Pau y ninguno hizo el menor comentario. La entrenadora elevó una ceja y estaba a punto de poner sus pensamientos en palabras cuando apareció Alba. Dio una vuelta completa a la mesa repartiendo abrazos a todos los presentes como si acabara de llegar de un viaje muy largo, y finalmente ocupó su asiento.

—¡Venimos a por helados! ¡Ñam, ñam! —exclamó, ansiosa.

—¡Marchando unos helados! —exclamó su padre, indicándole al camarero con un gesto que se acercara.

Tina esperó pacientemente a que todos hicieran sus pedidos y el camarero se marchara para insistir.

—¿Por qué estabais tan serios cuando llegué?

Pau y Ron intercambiaron miradas. Lorraine saltó al ruedo.

—No estábamos serios. Solo, por una vez, no nos reíamos —se inclinó a palmear la mano de la entrenadora—. No todo van a ser risas, cariño.

—¿Y por qué no? —repuso ella que sospechaba cuál era la (verdadera) razón de porqué no todo iban a ser risas—. Estáis en el paraíso. Aquí solo está permitido pasarlo bien y reír. Caras serias, fuera.

—Vaaale, nos has pillado —dijo Ron—. El paraíso se acaba mañana y nos ha dado un poquito de melancolía, pero ya está. Ese abrazo de Alba nos ha devuelto las risas. ¡Gracias, pequeña! —Le hizo un guiño a Pau.

Él soltó un suspiro.

—No puedo creer que ya tengáis que iros... Ojalá hubiera tenido más tiempo para mostraros rincones de la isla... —su mirada acabó en Tina y permaneció allí durante unos instantes. En realidad, lo que no podía creer era que al día siguiente comenzara otra nueva clase de tormento; la de pasear por unas calles en las que ella ya no estaría.

—Qué va, hemos llegado a esa edad en la que el turismo nos lo tomamos con calma, ¿verdad, Lorraine?

—Además, has sido un gran anfitrión, Pau. No te sientas mal porque nos ha encantado disfrutar de tu compañía —concedió la segunda esposa de Ron.

—¿Y tú, entrenadora, lo has pasado bien? —No pudo evitar preguntarle.

Ron miró a su hija con gesto interrogante y algo en sus ojos lo alertó de que, en efecto, sus sospechas eran ciertas. Sacudió la cabeza, un tanto

molesto.

—Tina, cariño, ¿no te parece que estás llevando tu sorpresa demasiado lejos? —la regañó mientras ella le hacía gestos de que no la descubriera, algo que Ron, evidentemente no estaba dispuesto a hacer. Miró a Pau—: Nosotros nos vamos, mi hija se queda.

Alba fue la primera en saltar de su silla para abrazar a Tina, celebrando al tiempo que daba grititos de alegría. Mientras tanto, la expresión del padre de la niña se iba transformando a medida que aquellas palabras tomaban significado.

—¿No te marchas mañana? —preguntó Pau sintiendo que su corazón latía cada vez más acelerado.

—¡Como no te vayas mañana y me lo hayas ocultado, te juro que te zurro, Tina! —exclamó Andy, mitad en serio mitad en broma.

—¡Tina, Tina, Tina! —empezó a celebrar Alba dando saltos en el sitio.

—¡Os la ha jugado pero bien! —intervino Neus, aplaudiendo a la entrenadora tan feliz como el resto de la familia—. ¿He dicho ya cómo te quiero, pequeña? ¡Eres lo más de lo más!

Hasta Luz, en brazos de Dylan, mostraba sus encías como si entendiera lo que estaba sucediendo. La mesa al completo se había transformado en una auténtica fiesta, pero para Pau, que había saltado de su asiento y estaba en cuclillas frente a Tina, tomándole las manos, no existía nada más. Sola esa mujer que amaba con locura y unas palabras de las que dependía su cordura.

—¿En serio no te vas?

Tina volvió a negar con la cabeza y una sonrisa imposible dominó el rostro del menorquín, que exhaló un suspiro y apretó los párpados.

—Diossss.... Gracias, gracias, gracias... —murmuró ante una más que complacida Tina que lo miraba embelesada. Si la felicidad tuviera forma física, pensó, sería un tío alto y guapísimo llamado Pau Estellés.

Pero un segundo después, el tío alto y guapísimo salió de su Limbo, pletórico, y sin pensárselo dos veces manifestó su alegría con un agradecimiento diferente.

—Gracias por el mejor regalo de mi vida —y tomando el rostro de Tina entre sus manos, le plantó un beso en los labios.

—¡Já! —exclamó Alba con un risita alegre— ¡Ahora sí que es tu novia!

Las palabras de la niña fueron la excusa perfecta para que los otros miembros de la familia, que siempre estaban dispuestos para la fiesta, se sumaran al momento con aplausos y bromas. En este caso, con sobradas

razones ya que conocían a la entrenadora desde hacía años y era la primera vez que la veían quedarse sin respuesta.

Aquel beso, en efecto, la había tomado por sorpresa y delicioso como todos los suyos, la mayor sorpresa había sido que sucediera en público.

—Tú me sorprendes, yo te sorprendo. Ahora ya no hace falta ningún discurso —dijo él travieso, a modo de explicación, al tiempo que le acariciaba la nariz con la suya.

—Como se te ocurra morrearame delante de todos, vas a causar baja por lesión —repuso ella en voz baja sin dejar de sonreír.

En lo que a Pau concernía, no solo la habría “morreado” de muy buena gana, se habría quedado pegado a ella el resto de la tarde. El resto de su vida. Y sabía que por más que Tina se hiciera la dura, también lo deseaba. Algo que quedó demostrado cuando ninguno de los dos se dio prisa por apartarse.

Pero aquel momento no estaba destinado a durar y no lo hizo.

—¡Biennnnnnnn, se queda, se queda! ¿Has visto, papi? ¡Se queda, se queda! —exclamó la pequeña quien corrió hacia su padre y le rodeó el cuello con los dos brazos, loca de contenta.

—¡Serás cabrona...! —empezó a decir Andy cuando ya se estaba poniendo de pie para ir al encuentro de su amiga—. ¿Te quedas y no me dices nada, *a mí*, a tu amiga? Perdona, tío Pau, pero esta señorita tiene que aclararme un par de cosas ya mismo...

Él levantó las manos a modo de rendición y se hizo a un lado. Ya retomarían el asunto en otro momento, cuando estuvieran a solas y, preferentemente, sin ropa. Y eso fue lo que le comunicaron sus ojos cuando se posaron sobre Tina. Ella le obsequió una sonrisa que prometía una noche larga y agitada, y con resignación, puso su atención en Andy.

—¿Te habrías mordido la lengua? —le preguntó al tiempo que se ponía de pie—. La respuesta es no. La alegría habría podido contigo y lo habrías soltado a la primera, ¿o me equivoco?

Las amigas se fundieron en un abrazo cariñoso.

—¡Ay, me encanta la idea de tenerte conmigo, Tina! —dijo Andy, estrujándola—. Pero dime, ¿hasta cuándo te quedas?

—Dependerá de lo bien que me trates —repuso, pero sus ojos no miraron a Andy sino a Pau.

—Venga ya, deja de hacerte la interesante y suéltalo de una vez. Necesito un dato concreto, si no ¿cómo voy a saber cuándo empezar a darte la tabarra para que te quedes más tiempo? ¡Venga, ánimo, entrenadora,

dímelo al oído que te juro que no me chivo!

Presentarse en Menorca no había sido una decisión sencilla. Se trataba de una apuesta por un futuro juntos que realmente no sabía si era posible. Para complicar aún más las cosas, sus jefes del gimnasio no le habían dado facilidades; después de años sacándoles las castañas del fuego, se habían ceñido a lo que estaban obligados por ley. Una parte de ella, seguía apostando fuerte por la relación. La otra, esperaba no estar cometiendo el mayor error de su vida.

—De momento, hasta finales de junio. Después, ya veremos —y no acabó de decirlo, que una lluvia de besos provenientes de Alba y de Andy, empezó a caer sobre ella. La algarabía se extendió entre la familia como un reguero de pólvora.

*¿Tres meses? Diossss...* El menorquín sintió que una corriente poderosa se adueñaba de él, llenándolo de una energía arrolladora. Tenía ganas de ponerse a bailar como un loco, de gritar a voz en cuello lo feliz que era... De abrazar a Tina y besarla hasta dejarla sin aliento... ¡Dios, estaba eufórico! Tanto que no pudo evitar tomar a Alba en brazos y ensayar unos pasos de baile, a lo que la niña se sumó con su histrionismo habitual.

En medio del huracán de cariño, los ojos de Tina buscaron los de Pau y lo que halló en ellos le confirmó que su apuesta, aunque arriesgada, merecía la pena.

Sin embargo, en aquel cuadro bucólico había una nota discordante; un hombre de treinta y pocos, moreno con rasgos hispanos, que desde una mesa cercana seguía los sucesos con sumo interés.

Martes 13 de abril de 2010.  
Casco histórico de la ciudad,  
Ciudadela, Menorca.

Tina salió del banco a prisa. Sonrió al pensar que su primer documento emitido en suelo español no era otra cosa que una tarjeta de débito para poder operar con la primera cuenta bancaria que abría fuera de Inglaterra. Veredicto de su segunda semana de prueba viviendo en tierras españolas: bueno. Y debía reconocer que poco o nada tenía que ver con la bendita tarjeta. El responsable tenía nombre y apellido: Pau Estellés. Entre sus muchas cualidades estaba conseguir tenerla viviendo en una especie de realidad paralela hecha de conversaciones interesantes, desafíos estimulantes y encuentros sexuales de infarto. Era el único hombre que había demostrado ser

capaz de mantener su interés dentro y fuera de la cama de forma permanente. A pesar de que se veían todos los días, pasaban poco tiempo juntos. Pero él siempre se las arreglaba para estar sin estar. Una llamada corta, un SMS, una minivisita de diez minutos en casa de los Estellés o en el centro de *fitness* bastaban para devolverla a aquel Limbo extraño al que cada día se aficionaba más.

Su móvil empezó a sonar. Al activarlo, vio que tenía una llamada perdida del mismo hombre que ahora la llamaba.

—Disculpa, no lo oí sonar —se anticipó la entrenadora—. ¿Qué tal? Buenos días...

La voz del menorquín denotó que, a consecuencia de la noche explosiva que había precedido al alba, el día era más que bueno.

—*Deseando repetir. ¿Y tú?*

Ella también. Las evidentes limitaciones para estar juntos los volvían a los dos muy imaginativos, dando lugar a momentos inolvidables en el más amplio sentido de la palabra. Y haberse enterado de que solo Ron y Lorraine Murphy regresaban a Londres le había puesto la guinda al pastel.

—Qué novedad —repuso ella, riendo—. Eres un hombre, tienes la libido por los cielos, y siempre estás deseando repetir, conmigo o con quien se tercié. Perdona que te diga, pero esta vez no has sido nada creativo.

—*Bueno, no puedo ser creativo las veinticuatro horas del día, pero mientras lo sea cuando interesa que lo sea... ¿No te parece?*

Más que creativo, Pau era paciente. Mucho. Algo sumamente importante en las distancias cortas, no era un concepto que el sexo masculino en general viera con buenos ojos. A ellos los halagaban otro tipo de adjetivos... Como “creativo”, por ejemplo.

—Ya, y dime, ¿volverás a ser muy creativo hoy, digamos, sobre las seis?

Pau respiró hondo en un intento de que el corazón dejara de palpar enloquecido.

—*¿Vas a venir a verme?* —preguntó, rezumando dulzura, y exhaló un suspiro ilusionado.

Había sonado tan auténtico, que Tina se lo imaginó emitiendo pequeños corazoncitos de colores por los ojos y no pudo evitar echarse a reír. Su ilusión era increíblemente contagiosa.

—¿Volverás a ser creativo?

—*Mucho, mucho, mucho.*

—Entonces, iré a verte.

—*Fabuloso. Y por lo demás, ¿qué tal ha empezado tu día?*

Tina sonrió mientras reanudaba la marcha. Vaya pregunta.

—Acaba de empezar, así que tengo poco que contarte. Como no quieras saber la cantidad de calorías que he quemado en mi primera sesión de entrenamiento...

—*Tienes razón. Es que yo llevo aquí desde hace un par de horas y no he podido ni parar para tomarme un café. Con lo poco que me gustan los problemas antes de desayunar...*

—¿Problemas?

—*Sí, bueno... Imprevistos, mejor dicho. No te cuestan dinero, pero te complican el día. Y mis días ya son bastante complicados tal como son...*

—Pobre, qué vida más dura la del trabajador, ¿eh? Mil horas de jornada laboral, poquísimos descansos y un sueldo de mierda.

Las risas del menorquín le acariciaron el oído.

—*Una vida durísima, sí... Estoy pensando en abrir mi propia empresa; así trabajo cuando quiero, gano lo que quiero y no tengo que aguantar las imbecilidades de mi jefe* —apuntó Pau, divertido.

—Vaya, y yo que pensaba que iba a herir tu orgullo de jefe... Qué rápido aprendes, chico —concedió Tina—. Ahora que lo dices, sí tengo algo que contarte... El gimnasio tiene dos clientes nuevos. Por lo visto, son amigos tuyos. Andy me llamó a primera hora, cuando estaba entrenando. Acababa de atenderlos. Empiezan esta tarde.

—¿Amigos míos?

—Dos moteros pijos muy tatuados de un pueblo de los alrededores... Son miembros del club de propietarios de Harley Davidson. Me parece que me dijo que estaban metidos en la organización de la quedada motera de Barcelona, ¿puede ser?

—*La Harley Days, sí. Ya sé a quiénes te refieres. Amigos, lo que se dice amigos, no son, pero nos conocemos. Tienen pasta y son de los que disfrutan gastándola.*

—Se lo diré a tu sobrina, seguro que se le ocurren ideas para que gasten su “pasta” en el gimnasio.

—*Por cierto, ahora que nombras la quedada, ¿sabes que tu novio es uno de los organizadores?*

Tina se mordió el labio inferior. Aquella palabrita le había hecho cosquillas...

Y era demasiado temprano para empezar a tener cosquillas.



—¿A qué novio de refieres?

Pau se echó a reír.

—A mí, por supuesto. ¿Es que hay más?

—Así que somos novios...

Tina se lo estaba pasando en grande con aquella conversación. Lo escuchó reír y decirle "eres terrible" y volver a reír. Podría quedarse allí mismo, con el móvil pegado a la oreja, oyéndolo todo el día.

—Somos novios. Alba lo ha dejado bien claro ayer, así que es lo que hay. Y como además de tu novio soy uno de los organizadores de la Harley Days, me encantaría llevarte conmigo a Barcelona. Estoy seguro de que te va a dejar alucinada la mayor fiesta motera de España. ¿Me reservas en exclusiva el fin de semana del 19 de junio?

Ese y todos los fines de semana que él quisiera, pensó.

—Así que eres uno de los organizadores.... —Lo sabía de sobra, -en realidad, estaba segura de que debía ser muy poco lo que ella no supiera sobre él-, pero le encantaba jugar. Escuchó su risa y sonrió a su vez preparando mentalmente su siguiente pulla—. Asombroso; lo último que me habría imaginado es que cuando nadie te ve, vas vestido de cuero y metiendo ruido con esas motos inmensas...

—¿Desde cuándo hay que ir vestido de cuero para demostrar amor por las motos? Soy empresario, no quedaría muy bien dirigiendo una reunión del consejo con una cazadora llena de pinchos.

—Depende. Si al consejo lo forman mujeres, seguro que arrasas — repuso Tina aguantando la risa.

Pau no se cortó.

—Guuuuuuuuuuuuuuu... Todo un cumplido viniendo de ti, entrenadora. Gracias.

—De nada.

Pau suspiró. Ella hizo otro tanto.

—Bueno, preciosa, mi cita de la diez está entrando por la puerta. Luego hablamos. Un beso.

—¿Tu cita? Que sepas que después voy a querer saber qué es eso de "tu cita" —bromeó Tina.

Broma que a Pau le encantó por lo que implicaba.

—Cita de negocios. Las románticas son todas tuyas.

—Ah, vale. Eso ya me gusta más.

—Y a mí me gustas tú, entrenadora. Muchísimo.

Fue al ir a guardar su móvil, cuando Tina reparó en el hombre que estaba en la acera de enfrente y no porque algo en él llamara su atención -era del montón-, sino porque ya lo había visto antes y al igual que ahora, él había apartado la mirada. Lo cual no era nada habitual en el género masculino.

Tina siguió camino hacia el centro de *fitness* con una sensación incómoda en el cuerpo. Le resultaba de lo más extraño que fuera un hombre el que evitara el contacto visual y, de no estar segura de haberlo visto antes, lo habría dejado correr. Al fin y al cabo, existían los hombres tímidos aunque los que se codeaban con ella, precisamente, no lo fueran. Pero encontrárselo dos veces y que en ambas hubiera reaccionado igual le parecía demasiada coincidencia, incluso tratándose de una isla. Dispuesta a salir de dudas, Tina torció a la derecha en vez de continuar por la misma calle, entró en una tienda de zapatos y esperó junto al escaparate. El pequeño rodeo no la retrasaría más que unos minutos y si estaba en lo cierto, le daría la ocasión de averiguar qué se le ofrecía al individuo.

Poco después, el hombre apareció ante su vista y Tina no lo dudó.

—¿Por qué me estás siguiendo? ¿Qué quieres? —exigió saber, saliendo a su encuentro.

—¿Qué haces?! —se quejó en menorquín al ser tomado por sorpresa. Enseguida, optó por hacerse el desentendido y cambió de idioma: ahora usó un rudimentario inglés—. Yo no... Yo no... No entiendo....

La ceja izquierda de la entrenadora subió imparable al darse cuenta de la maniobra.

Un instante después, el tipo estaba arrinconado entre la pared y la figura amenazante de Tina, que lo mantuvo en el sitio con una mano a la altura del pecho.

—¿Qué es lo que quieres? Si tengo que repetirlo, te dolerá —espetó.

—¡Qué coño... Estás loca, tía! ¡No te seguía, déjame en paz! —se revolvió el individuo, intentando liberarse.

Esta vez le había hablado en español y Tina no estaba segura de haber entendido correctamente lo que le decía, pero le dio igual. Fue más violenta que antes al empujarlo contra la pared nuevamente, y la cámara que él llevaba cayó al suelo. El tipo intentó recogerla, pero ella la alejó de su alcance de una patada. Luego, la recogió y se la quedó.

—¿Te importa mucho esta cámara?

—¡Devuélvemela, es mía y no estaba haciendo nada! ¡Te voy a denunciar! —gritó él, intentando recuperarla. Esta vez, el empujón hizo que

el hombre rebotara contra la pared.

—Quédate quieto —exigió—. No me interesa tu cámara. Lo que quiero saber es por qué me estabas siguiendo...

El hombre volvió a hacerse el desentendido.

—¡Que no hablo inglés, tía loca, ya te lo he dicho! No te entiendo, ¿te enteras? ¡Dame mi cámara, joder!

Tanta insistencia en no entenderla empezaba a resultarle sospechoso. Tina decidió que, quizás, el contenido de la cámara le diera las respuestas que él no le ofrecía.

—Ya veo que seguimos jugando al “no te entiendo”. Bueno, como quieras... Si te interesa recuperarla, ven a buscarla aquí esta tarde. —Le dio una tarjeta del centro de *fitness*—. A las cuatro. Tú me dirás lo que quiero saber y yo te devolveré tu cámara.

Tina liberó al individuo y se alejó un par de pasos antes de volverse y hacer su advertencia final.

—Y no se te ocurra volver a seguirme, o te pasarás una buena temporada en el hospital.

El tipo soltó toda clase de improperios pero no hizo ademán de seguir a Tina. Ella se volvió a mirarlo una última vez antes de retomar su camino habitual hacia el gimnasio.

—¡Qué didáctico es el miedo, ¿eh? Me alegra saber que empiezas a entender mi idioma! —le dijo lo bastante alto para que la oyera.

A continuación, guardó la cámara en su mochila y se alejó con paso rápido.

\* \* \* \* \*

El enfado de Tina creció imparable al comprobar el contenido de la

cámara. Había más de un centenar de fotos que la tenían por protagonista. Tina saliendo del banco, Tina haciendo la cola en el súper, entrenando, saliendo de la casa familiar de los Estellés... En la mayoría aparecía sola, pero en algunas estaba Andy y en dos aparecía en compañía de Pau. Estaba claro que el tipo llevaba varios días retratándola para la posteridad. La entrenadora frunció el ceño al ver la siguiente foto; era del último día que Ron y Lorraine habían pasado en la isla, cuando habían comido caldereta de langosta en aquel pueblo marinero. El muy cabrón había captado el único beso en público que Pau le había dado.

La sensación extraña que la había embargado al darse cuenta de que la seguían, acababa de convertirse en una mezcla de impotencia y preocupación. ¿A santo de qué su estancia en la isla suscitaba tanto interés? Y a quién. Tina cerró el portátil en el que había descargado el contenido de la cámara y se puso de pie. No sabía por qué razón aparecía en esas fotos, pero algo tenía muy claro: el tipo iba a tener que soltar hasta el nombre de soltera de su madre si quería marcharse de una pieza.

—Eh, estabas aquí... ¿Quieres que empiece yo con la clase de *fitness*?  
—ofreció Andy asomando la cabeza por la puerta del pequeño despacho.

Tina se sobresaltó y aunque intentó disimular, a Andy no le pasó desapercibida la evidente tensión de su rostro.

—No, perdona... Me he entretenido, ya mismo voy.

—¿Estás bien? ¿Qué es eso, una cámara de fotos nueva?

La entrenadora exhaló un suspiro contrariado. Abrió el portátil y puso la pantalla frente a su amiga.

—Cuántas fotos...¡Guau, qué romántica es esta! —dijo Andy genuinamente sorprendida.

—No es mi cámara, *cari*. Me han estado siguiendo.

La expresión de su amiga cambió de sorpresa a preocupación en un instante.

—¿Pero qué dices? ¿Quién te ha estado siguiendo?

Tina hizo un gesto impotente con la mano.

—Mediana altura. Treinta y pocos. Común y corriente. Primero me habló en el dialecto local, y aunque enseguida cambió al español, creo que es de aquí... Sonaba como tu madre cuando dice algo en castellano. Jugó a que no me entendía porque “no hablaba mi lengua”, así que, de rabia, le quité la cámara. Le dije que si la quería, se pasara por aquí esta tarde... Pensé que era un mirón, un pesado, ya sabes... Lo último que esperaba era que tuviera una

colección de fotos mías —soltó un bufido—. *Ajjj*, te juro que si lo tuviera delante ahora mismo, lo pondría morado a puñetazos...

—Oye, oye, que esto no es ninguna tontería, ¿sabes? Voy a llamar a Dylan —dijo Andy, sacando el móvil.

—Déjalo. Tampoco es para tanto. Esta tarde vendrá a por su cámara y me dirá todo lo que quiero saber.

—De eso nada. Tú estás aquí de turista, lo último que nos interesa es que te metas en problemas con un lugareño. Primero que nada hablaremos con Dylan, a ver qué le parece. Después, ya veremos.

Dylan había sido de la misma opinión que Andy. Sospechaba que tenía que estar relacionado con alguna “vendetta” destinada al mafioso de la familia, pero prefirió callarlo hasta que hubiera pruebas tangibles de lo que pensaba.

—Creo que deberías hablarlo con Pau. Los abogados suelen hacer mucho más daño que los puñetazos —dijo el irlandés en la reunión improvisada que los tres mantenían en la zona de descanso del gimnasio mientras esperaban al siguiente grupo de alumnos.

La mirada de la entrenadora dejó claro que el consejo no había sido de su agrado. Desde que tenía uso de razón se las había arreglado sola con sus asuntos y no pensaba cambiar el sistema ahora.

—¿Abogados? ¿Por unas cuantas fotos? Dejaos de tonterías y vamos a entrenar —sentenció Tina antes de desaparecer camino de la clase.

Mientras tanto, en la pequeña oficina de Pau en el restaurante Sa Badia...

—¿Y para qué te ha llamado la parte contraria? El juez ha fallado a mi favor, no hay más que hablar. Y si la cosa va de dinero, no pienso soltar un céntimo más —dijo el menorquín al jefe del equipo legal del Grupo Estellés.

—*Tiene gracia que a tu ex mujer le llames “la parte contraria” —apuntó el abogado que conocía a Pau desde su adolescencia—. Sabré más en un hora, cuando me reúna con su abogado, pero, por lo visto, hay material fotográfico que podría dejar en entredicho tu buen hacer como padre y, por lo tanto, tu capacidad para conservar la guardia y custodia de Alba. No me ha querido adelantar más detalles por teléfono, así que es todo lo que sé.*

—¿Dejar en entredicho qué? ¡Bueno fuera que después de toda el agua que ha corrido bajo el puente, venga a querer criticarme como padre de su hija! ¡Hay que joderse! —exclamó el menorquín, indignado.

—*Me enteraré en un rato, Pau. Te llamo porque... Bueno, primero porque debo hacerlo y segundo por tener las cosas bien atadas. ¿Hay algo que deba saber sobre tu vida personal antes de asistir a esa reunión?*

Pau exhaló un suspiro contrariado. Lo último que le faltaba era tener que darle cuentas de sus asuntos privados al equipo de abogados.

—Nada que deje en entre dicho mi buen hacer como padre —repuso, cáustico.

—*Perfecto. Te mantendré informado.*

Más tarde, aquel día.  
Restaurante Sa Badia,  
Ciudadela, Menorca.

Cuando Pau vio a Tina entrando por la puerta del restaurante, pensó que ella no podía haber elegido un momento peor. Le dio la bienvenida con una sonrisa, porque en el fondo siempre le alegraba verla, aunque las circunstancias en esos momentos no fueran las mejores. Ella, en cambio, permaneció seria, algo que a Pau le hizo fruncir el ceño.

—¿Todo bien, preciosa?

Tina ni siquiera se acercó a la barra donde él había ido a relajar la tensión con la excusa de darle unas indicaciones al personal. Le indicó con una seña que la acompañara a un lugar privado, y siguió camino sin

detenerse.

Pau fue tras ella. Su oficina no era una alternativa, así que la condujo al sitio donde habitualmente se reunían (no precisamente para conversar).

—Trae tu portátil, tienes que ver algo —dijo ella cuando él se disponía a entrar en la bodega.

—¿Está todo bien? —insistió Pau que ya empezaba a estar seriamente preocupado por el tema.

—Ve a por tu portátil.

Cuando él regresó, la entrenadora le entregó una memoria USB que Pau conectó con cara de no entender. Un instante después, una colección de fotos en las que aparecía ella empezó a mostrarse como un carrusel frente a sus ojos. Una sensación extraña le recorrió el cuerpo al llegar al único documento gráfico que registraba un beso romántico entre los dos. Y todas las piezas empezaron a encajar. Alzó la vista contrariado.

—¿Qué es todo esto? Son demasiadas fotos para enviarlas por móvil. ¿De dónde las has sacado?

—De la cámara del tipo que las hacía.

Las dos cejas del menorquín se elevaron tan alto que casi se reunieron con el principio del cabello.

—Me da miedo preguntarte cómo has conseguido hacerte con esa cámara.

—Más miedo le dio a él —repuso ella, con creciente molestia—. ¿Puedo saber de qué va todo esto? ¿Qué se propone tu ex mujer?

Pau cerró la pantalla del portátil con rabia.

—Esto es alucinante... Lo último que me habría imaginado es que llevan siguiéndote desde que has llegado a la isla... —Titubeó un momento—. Bueno, no pensaba decírtelo todavía, pero supongo que lo mejor será que intervengas...

—¿Que intervenga en qué?

—Mis padres y el jefe del equipo de abogados están en el despacho... Me estaban poniendo la cabeza como un bombo, por eso fui a la barra a ver si me despejaba un poco...

La mirada de la entrenadora dejó claro que no entendía ni una palabra de lo que estaba sucediendo. Pau exhaló un suspiro.

—Ven, vamos.



\* \* \* \* \*

Cuando la pareja entró en la minúscula oficina, todos dejaron de hablar y prestaron atención.

—Él es Albert Ribelles, el jefe del equipo de abogados del grupo Estellés. A mis padres ya los conoces. Ella es Tina Murphy —dijo en inglés, una indicación de que la reunión debía cambiar el lenguaje de comunicación.

Ella se limitó a saludar al cincuentón vestido de traje con un gesto de la cabeza y, a instancias de Pau, tomó asiento en una de las sillas que rodeaban el escritorio. Pau hizo lo propio en su sillón y le entregó al abogado su portátil.

—Aquí tienes más fotos. Las consiguió Tina, personalmente. Detuvo al tipo que la seguía y le quitó la cámara.

Tina notó que los demás la miraban con asombro, pero su mente no dejaba de darle vueltas al mismo tema. ¿Había más fotos? ¿Y qué hacían allí sus padres junto con el jefe del equipo legal del grupo? Empezaba a estar seriamente preocupada además de cabreada. ¿Que hacía su vida personal aireándose allí tan alegremente?

—¿Alguien puede explicarme de qué va todo esto? ¿Qué es eso de “más fotos”?—dijo la entrenadora, dando muestras de su creciente mal genio.

—Hay más de mil. Por lo visto, alguien se ha... —empezó a responder el abogado, pero no consiguió acabar la frase ya que Pau lo interrumpió. Había decidido que lo que hubiera que decir lo diría él. El rostro de Tina había dejado de mostrar preocupación para mostrar enfado, lo cual no le extrañaba; con lo celosa de su vida privada y lo independiente que era, casi podía leer sus pensamientos palabra por palabra.

—Deja, Albert. Yo me ocupo. Por lo visto, la madre de Alba se ha dedicado a recoger información para intentar quitarme su custodia. Por el momento, no ha encontrado nada que pueda utilizar, pero seguirá buscando.

Tina se preguntó qué quería decir con eso. ¿Acaso esa tía loca pensaba pasarse el resto de la vida escarbando hasta hallar algo útil?

—El que me ha seguido ya no me seguirá más —dijo ella—. No es que me resulte atractiva la idea de andar por ahí con un imbécil pegado a mi sombra, pero mientras no se acerque me da igual.

—El problema es que no lo va a dejar estar —intervino Francesc—. Está empeñada en hacerle daño a Pau.

—Bueno, tampoco saquemos las cosas de quicio —dijo Lucía al ver cómo el rostro de la entrenadora empezaba a inyectarse en sangre—. Ha salido de rehabilitación y se ha encontrado sin fondos y sin custodia, que para ella era otra forma de conseguir fondos. Busca dinero, es lo que siempre ha buscado. No es tan dramático.

—No es tan dramático si se lo damos, pero de esta familia no va a salir un céntimo más para esa señora. Ya bastante ha vivido del cuento —sentenció Francesc.

—Tiene muchas fotos y amenaza con usarlas —empezó a decir el abogado, pero Pau volvió a interrumpirlo.

—¿Puede hacerlo? Una cosa es que me sigan a mí, soy parte del pleito. O lo era. ¿Pero cómo se sostiene jurídicamente el acoso a una tercera persona? Tina podría denunciarlo, si quisiera.

—Podría... si no se hubiera encarado con el tipo y le hubiera quitado la cámara. Ahora, es él quien puede denunciarla, ¿lo sabe, no? —dijo el abogado a Tina.

—Tan bien como él sabe que es mejor que no lo haga —repuso cada vez más enfadada—. No hay que preocuparse por él; no hablará mi idioma, pero mi lenguaje corporal lo entendió perfectamente.

—Esto es de locos... —se quejó Pau.

—Es algo bastante corriente en este tipo de pleitos. Echan mano de lo que sea. En cualquier caso, por el material que yo he visto y, a menos que haya algo más fuerte en ese *pendrive*, lo que tiene son imágenes de una mujer que lleva una vida de lo más normal y mantiene una relación de perfil muy bajo con un padre divorciado. Lo más fuerte que tienen es ese beso sin importancia. Cosas peores salen en la televisión a todas horas.

—Hasta que encuentre algo más fuerte —intervino Francesc.

Pau se puso rojo hasta la raíz del pelo. No quiso mirar a Tina porque estaba seguro de que si había sobrevivido a la impertinencia de su padre, caería fulminado por la ira de la entrenadora. De esa, no lo libraría nadie.

—Padre, por favor.

—¿Por favor qué? Eres un hombre joven y libre, aunque tu ex parezca no haberse enterado. Quien busca, encuentra. Más tarde o más temprano encontrará algo que se las arreglará para retorcer y utilizar en tu contra. Es lo que hay. Así es la joya de mujer con la que te casaste.

—Calma, por favor —pidió el abogado—. En todo caso, no se trata más que de seguir manteniendo una relación de perfil bajo, Pau. Básicamente, nada que dé lugar a habladurías de las que pueda echar mano para intentar perjudicarte. Suponiendo que después de nuestra conversación de hoy, su abogado no consiga hacerla entrar en razón, acabará cansándose de instantáneas inocentes que no sirven para nada.

—¿¿Cansarse, esa mala pécora?! Antes habrá otro diluvio universal. Eso no es una opción, no me gusta —sentenció Francesc y su mirada se clavó en Pau—. No me fío y tú tampoco deberías hacerlo, hijo.

—A ver qué os parece esta idea... —volvió a decir Albert Ribelles.

Pero Tina no se quedó a escucharla. Llevaba varios minutos presenciando la interacción de la familia con el abogado como quien mira un partido de tenis desde la grada. Cada vez más irritada por que asuntos que la afectaban de lleno, se airearan sin ningún tacto y, encima, nadie tuviera la deferencia de preguntarle cuál era su opinión antes de lanzarse a hacer sugerencias, por más que le pagaran por ello.

—Perdón —dijo. El abogado dejó de hablar y todas las miradas confluyeron en ella que cuando habló, ya estaba de pie—. Como veo que pueden seguir haciendo planes sin mí, aprovecharé mi tiempo de forma más productiva. Ya me dirán lo que decidan. Y ya decidiré yo si hago algo al respecto o no.

Un instante después Tina y su enfado se habían desmaterializado de la oficina.

Pau maldijo para sus adentros. Aquello era el anti-clímax total. Suponiendo que consiguieran que la madre de su hija dejara de perseguirlos, ¿cómo se las arreglaría para devolver su situación con Tina al dulce momento anterior a que estallara la bomba de neutrones?

—Discúlpeme un momento —pidió.

Salió a prisa detrás de Tina y logró detenerla justo antes de llegar al salón principal del restaurante.

—Preciosa, por favor, pasa de las formas y quédate con el fondo. No vamos a hacer nada que tú no quieras hacer. Pero entiéndelo, esto puede

convertirse en un asunto muy serio, y nos preocupa.

Las dos cejas de la entrenadora se alzaron al mismo tiempo, igual de amenazadoras.

—Primero, se trata de ti y de mí —escupió—. La de esas fotos soy yo. Me habría gustado una conversación privada antes de que toda la familia se involucrara en un tema del que yo no sabía nada. Segundo, no voy a pasar ni del fondo ni de la forma. Me da igual que tu apellido sea Estellés; se trata de mi vida y nadie va a venir a decirme cómo tengo que vivirla. Y tercero, estoy muy, muy cabreada, así que creo que lo mejor será que cada cual se vaya por su lado y no digamos nada más.

Pau la miró en silencio unos instantes, valorando lo oído, intentando asimilar la crudeza de sus palabras. Sin embargo, a pesar de su propio enfado, sabía que lo que ella sugería era lo mejor, de modo que asintió.

Tina dio media vuelta y se marchó dejando una estela de rabia tras de sí.

\* \* \* \* \*

Cuando Pau regresó a la oficina, lo hizo con un talante diferente. Le habían avisado que el empresario con quien tenía una cita ya estaba en la barra, esperándolo y no podía continuar en la reunión por más tiempo.

Aunque no hizo comentarios al respecto, Lucía tuvo claro que las cosas entre la pareja estaban mucho más serias de lo que les había dado a entender la repentina marcha de Tina. Ella misma estaba dividida ante al asunto. Por un lado, cualquier medida que le cerrara la boca definitivamente a la ex esposa de su hijo, le parecía una gran idea. La mujer había demostrado en reiteradas ocasiones que no era de fiar. Mucho menos cuando lo que estaba en juego era la custodia de la pequeña Alba. Había sido un precedente que un

juez español fallara después de tantos años a favor del padre, y había que impedir cualquier situación que pusiera en entredicho la decisión del magistrado. Pero por otro, Pau había vuelto a enamorarse. Era otro hombre desde que se veía con Tina. Y ella era alguien independiente y poco inclinada a adecuarse a otras normas más que las propias. Algo que a nivel personal respetaba mucho, en este caso, sabía que iba a suponer un problema. Como mujer le pesaba apoyar la posición del abogado, pero como madre sabía que en esa ecuación, Alba era lo más importante.

—Es el problema de salir con una mujer de tanto carácter, Pau —dijo Francesc, conciliador—. Pero seguro que tú eres capaz de hacerle entender por qué es fundamental que aparque su genio y haga caso a los abogados.

La mirada irónica que Pau le dedicó a su padre no fue nada comparada con las palabras que vinieron después.

—Voy a decir algo y espero no tener que repetirlo. Tina no es española, no tiene nada que ver con los Estellés y su estilo de vida está a años luz de lo que esta familia está acostumbrada. Así que, en lo sucesivo, cuando se trate de algo que a ella le incumbe, como evidentemente es el millar de fotos que le han sacado por mi culpa, os agradeceré que mantengáis la boca cerrada.

—No se trata solo de ella, hijo... —intervino Francesc.

—Cerrada, padre —sentenció Pau y se dirigió al abogado—. El secreto abogado-cliente también incluye a mi padre. Está retirado y el que paga tus facturas ahora soy yo.

—Lo siento, al llegar y verlo aquí, pensé que lo sabía. No volverá a repetirse.

—Me habría enterado de todas formas. Retirado o no sigo siendo Francesc Estellés. En serio, Pau, ¿no te parece que el asunto es lo bastante grave para perder el tiempo con estas... tonterías?

—No tengo ningún problema con que te enteres, padre. Lo que no quiero es que intervengas. Es cosa mía. Si necesito consejo, te lo pediré.

Padre e hijo se sostuvieron la mirada en silencio dando lugar a una situación tan tensa como familiar a todos quienes les conocían. Uno de los dos acababa retirándola, otra forma de conceder sin admitirlo verbalmente, y esta vez fue Francesc. Pau asintió complacido y continuó.

—Creo que sois capaces de entender que todo esto ha resultado un cubo de agua fría para Tina. Por supuesto, sé cuáles son las prioridades, y sé que tendremos que movernos con cautela porque conozco muy bien a la madre de Alba. Pero lo que suceda no será sólo mi decisión; Tina tendrá que estar de

acuerdo. Y ahora si me disculpáis, me están esperando. Ya seguiremos hablando, Albert. Ah, y de este asunto, ni media palabra a nadie. ¿Estamos? —exigió, mirando directamente a sus padres. Lo último que deseaba era tener a toda la familia opinando sobre el tema.

—Escucha, Pau —insistió su padre—, tú crees que tienes opciones, pero cuando se trata de alguien tan vengativo, no debes confiarte. Que perdieras la custodia de Alba no sólo sería terrible para ti, para nosotros, sería un golpe durísimo a la imagen del grupo. Así que, por más enamorado que estés, te ruego que pienses con la cabeza bien fría.

—Siempre lo hace, Francesc. Déjalo respirar, hombre... —intervino Lucía, que al ver cómo brillaban los ojos de su hijo, supo que estaba a punto de desencadenarse una tormenta.

—Bueno, soy tu abogado, y todavía tengo algo que decir —apuntó Albert con la intención de que el enfrentamiento no fuera a más.

Pau lo miró de reojo.

—Yo que tú tendría mucho cuidado con las palabras que escoges...

El abogado le palmeó el hombro afectuosamente.

—No me gustaría tener que vérmelas con ella —sonrió al tiempo que sacudía la cabeza y no se molestó en aclarar a quién se refería—. Menuda es, pero me cae bien.

Pau respiró hondo. A él también le caía bien, aunque, todo había que decirlo, le caía mucho mejor cuando no subía como la espuma a cuenta de un enfado monumental.

\* \* \* \* \*

Ni los mensajes ni las llamadas que Pau le hizo a Tina aquella tarde, consiguieron reducir el enfado femenino.

Andy se dio cuenta al instante de verla, que las cosas iban mal y como ya conocía el significado de su mirada iracunda, había decidido dejar que se quitara la rabia en el gimnasio. Sin embargo, tras una clase de *fitness* de una hora y de haber estado entrenando a dos principiantes de la clase de *aerobic* que acababan de inaugurar, su mirada no había cambiado un ápice. Las amigas se encontraron en el vestuario cuando Andy fue a cambiarse la camiseta sudada. Tina se limitó a saludarla sin hacer más comentarios, algo que a la joven le dio pistas acerca de su estado anímico.

—Cuando quieras hablar, sea la hora que sea, ya sabes dónde encontrarme —le ofreció al tiempo que le acariciaba el brazo al pasar a su lado.

—Esta vez, tendrás que disculparme. Son los problemas derivados de que el hombre con el que salgo sea miembro de tu familia.

—Pero no es un miembro cualquiera —repuso Andy, conciliadora—. Sabes que lo quiero, pero me ha hecho unas cuantas faenas y no tengo ningún problema en despotricar contra él de tanto en tanto.

Tina la miró de soslayo y continuó sin hacer comentarios. Estaba demasiado enfadada. De semejante enojo no podía salir nada bueno.

Andy ya se había marchado y Tina llevaba en el vestuario un buen rato, sola, lamiendo sus heridas, cuando escuchó una voz familiar.

—No contestas mis llamadas, ni respondes mis mensajes... Ay, preciosa, me parece que esta vez te he cabreado en condiciones —dijo Pau. Apoyado contra el marco de una de las puertas que daba acceso al vestuario, su mirada trasmitía tanta preocupación como amor.

Ella respiró hondo aún más molesta que antes.

—Y como el mensaje encerrado en el hecho de no responder a tus mensajes ni a tus llamadas no era lo bastante claro, has tenido que venir. Luego me dirás “qué dura eres” —espetó ella y se puso de pie dispuesta marcharse. Porque, en efecto, su enfado era tan grande como él había sugerido.

Pero llevado por la necesidad de recuperarla, a ella y a los buenos momentos que pasaban juntos, él tuvo una idea pésima. Atravesó el brazo en la puerta, impidiéndole el paso. No había sido un gesto provocador, y no era la primera vez que lo hacía, era casi un gesto habitual entre los dos que formaba parte de sus juegos, pero justamente en aquel momento, no pudo haber tomado una decisión más mala.

Los ojos de Tina se desplazaron del brazo que le cerraba el paso al

menorquín, echando fuego por los ojos.

—Quítalo.

—Preciosa, por favor, hablemos.

Ella retrocedió un paso, cada vez más caliente. Se revolvía por dentro, luchando, porque sabía que si abría la boca y permitía que sus pensamientos se expresaran en palabras, las cosas empeorarían. Y él, a pesar de conocerla, no dejaba de tomar decisiones estúpidas.

—No quiero hablar. Lo que quiero es entrenar hasta quemar todo el *inmenso* cabreo que me llena el cuerpo. Ya hablaremos, cuando esté en disposición de hablar. Ahora, haz el favor de dejarme pasar.

Pau la miró con ternura. Retiró el brazo, pero volvió a tener una mala idea; tomarla por el codo. Ella se zafó violentamente.

—¿Qué parte no has entendido?

—Prefiero que te desquites conmigo a que estés aquí, mordiéndote para no decir lo que estás pensando. Somos dos. Lo que sea lo arreglaremos entre los dos.

—¿Arreglar? ¿Entre qué dos? Cada jodido problema que tiene un Estellés es un asunto de Estado. Hasta que salgas con alguien es un asunto de Estado. Y el culpable eres tú. Si hubieras pensado con lo que debías pensar, esa mujer nunca habría formado parte de tu vida. Y aquí sigue, diga lo que diga la ley, con el sartén cogido por el mango y repartiendo sartenazos, como ha hecho siempre.

Pau la miró consternado. Estaba bloqueado. ¿Estaba sugiriendo que...? ¿*Qué estaba sugiriendo?*

—No puedes estar hablando en serio —atinó a decir.

La ceja enarcada de la entrenadora junto con los misiles que salían de sus ojos, le confirmaron que no sólo era en serio, sino que lo que él presenciaba era tan solo la punta del *iceberg*.

Pau mostró sus manos en señal de rendición y se retiró de la puerta. Tenía que largarse de allí antes de que la sangre llegara al río.

—Será mejor dejarlo estar —dijo—. Y que cada cual se enfríe por su lado, o...

Si Tina tenía alguna duda sobre el nivel de indignación del menorquín, él se ocupó de despejarlas cuando se marchó sin acabar la frase.



Miércoles, 14 de abril de 2010.  
Casa familiar de los Estellés,  
Ciudadela, Menorca.

Por segundo día consecutivo, Tina había ido directo a casa después de acabar su último entrenamiento. Esta vez, se había inventado la excusa de acomodar su habitación para poder estar a solas y rumiar su rabia tranquila.

Le encantaba la familia de Andy, pero en momentos como aquel era cuando verdaderamente echaba de menos la soledad de sus días londinenses, la facilidad de llegar a casa y hacer lo que le daba la gana sin tener que preocuparse de molestar o entristecer a nadie.

Por supuesto, se habían dado cuenta de que algo sucedía. Anna, especialmente. Y lo más probable era que estuviera al tanto de todo. El

problema era que, a pesar del cariño que sentía por ella, era hermana de Pau y no podía hablar del tema con sinceridad. De ahí, que llevara dos días fabricando una razón para quedarse en su habitación y no acompañarlos al restaurante para su ya habitual cena en familia.

Anna, sin embargo, no estaba dispuesta a seguir de brazos cruzados viendo como alguien a quien quería lo pasaba mal. Aprovechando que Jaume jugaba con Luz, se ausentó del salón un rato y se dirigió a la habitación de invitados. Golpeó con los nudillos en la puerta, anunciándose como solía hacerlo.

—¿Hay alguien ahí o puedo entrar como perico por mi casa?

Tina maldijo para sus adentros. Dado que no podía hacer otra cosa, mostró su mejor sonrisa.

—Hay alguien, pero puedes entrar como te dé la gana.

Anna asomó la cabeza y miró a la entrenadora con cariño.

—Si sigues limpiando vas a gastar los muebles... No es que me importe, claro, pero... ¿No sería más fácil contarme lo que te pasa y dejar a los pobres muebles tranquilos?

La entrenadora se dejó caer sobre la cama con actitud resignada.

—¿Qué es lo que sabes? Lo digo para abreviar —repuso.

Anna fue a sentarse a su lado, sobre la cama.

—Bueno, verás, saber lo que se dice saber, no mucho. Tengo sospechas y algún que otro dato que he ido recogiendo aquí y allí. ¿Puedo hablar con libertad?

Tina asintió con la misma resignación con la que se había sentado en la cama.

—Los frecuentes viajes de mi hermano a Londres nos hicieron sospechar que algo había captado su interés por aquellas tierras, y se nos ocurrió que ese algo podías ser tú. Nadie nos dijo nada, por supuesto. Y por nadie me refiero a Andy que hasta lo negó cuando se lo pregunté directamente. ¡A tu amiga le va a crecer la nariz como a Pinocho, menuda embustera!... Luego, cuando te vimos llegar en compañía de tu padre a pasar Semana Santa, nuestra sospecha de que eras tú, cobró fuerza. Desde que has puesto un pie aquí, a mi hermano le sale la felicidad por los poros. Y de ti, sin comentarios... —Miró sonriendo a Tina—. Creo que llevaba años sin verte sonreírle a un hombre tantas veces...

La entrenadora cambió de postura. Cruzó una pierna sobre la otra en un intento vano de evitar pensar en el bochorno que se estaba apoderando de

ella. Por lo visto, lo que sentía por Pau era más evidente para todos de lo que creía.

Anna continuó con el mismo tono pícaro.

—El besito del sábado confirmó la razón de que los dos estuvierais tan felices... —al ver que la joven se ruborizaba, apretó su mano cariñosamente—. Pero ahora la felicidad brilla por su ausencia. Estás enfadada. Jaume ha pasado por el restaurante antes de venir y me ha dicho que mi hermano estaba con un humor de perros. Así que vuelvo a tener sospechas de que lo que sucede tiene que ver con una discusión de pareja. Y dado que tú no te enfadas por tonterías, y que mi hermano es demasiado diplomático para dejar traslucir su mal genio sin más... Intuyo que lo que tenéis es un problema de verdad que ninguno de los dos está sabiendo manejar.

—Y aquí es donde entras tú... —apuntó Tina.

Anna torció la cabeza para mirar a la entrenadora con todo el cariño que sentía por ella.

—Sé que puedo ser objetiva. Quizás no pueda aportar una solución al conflicto que os tiene tan enfadados, pero estoy segura de que, como mínimo, puedo ofrecerte un espacio para que te desahogues a gusto.

Decirlo era mucho más fácil que hacerlo. Desde que había descubierto que llevaban diez días espiándola, las cosas habían cambiado. Saber que quien estaba detrás de todo eso era la mujer culpable de su batacazo sentimental adolescente las había empeorado. La famosa reunión en la que todos estaban hablando de su vida y tomando decisiones por ella le había puesto la guinda al pastel.

—Han estado siguiéndome, haciéndome fotos —soltó la entrenadora.

—¡Pero qué me dices! ¿Quién? ¿Lo has denunciado?

Tina le indicó con un gesto que se tranquilizara.

—Eso es lo menos importante de todo lo que ha pasado. Por lo visto, quién está detrás es la ex mujer de tu hermano. Y cuando fui al restaurante a mostrarle las fotos, me enteré de que él ya estaba al tanto. En esa sala que usa como despacho estaban sus padres hablando del tema con un abogado, y me pidió que me uniera a la reunión. En resumen: la ex mujer ha salido de rehabilitación y se ha encontrado con una montaña de deudas a las que no puede hacer frente porque ya no cuenta con el dinero que recibía de tu hermano por la manutención de Alba. De algún modo se habrá enterado de que él está saliendo con alguien y no tuvo mejor idea que hacer que me siguieran. La intención es conseguir algo con lo que intentar quitarle la

custodia de la niña y de paso, si puede, recuperar el estatus y la liquidez de la que ha disfrutado todos estos años.

Al ver la expresión indignada de Anna, Tina pensó que no podía estar más de acuerdo; había que tener muy mala entraña para hacer algo así.

—En el último de los casos —continuó—, si no consigue nada por la vía legal, de todas formas, se sale con la suya; lo sigue teniendo en jaque, a él y a toda la familia, que, por lo que sé, no es ni más ni menos que lo que ha hecho siempre.

Anna sacudió la cabeza todavía asombrada por las noticias. Sabía que algo serio había sucedido, pero jamás se le había cruzado por la cabeza que la razón pudiera ser que la ex mujer de Pau hubiera vuelto a las andadas. Ni siquiera sabía que había salido de rehabilitación. Sin embargo, eso no explicaba el enfado en la pareja, ni tampoco el tono que había empleado Tina para contárselo, con cierto ¿desdén? Como si pensara que estaban haciendo una montaña de un grano de arena.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto no es el verdadero problema para ti?

—Porque no lo es. Desde mi punto de vista, y ya sé que mi apellido no es Estellés y que no tengo que preocuparme de una imagen tan importante que mantener y blablablá, nada le impide llevar una vida normal y eso incluye salir con otras mujeres. No entiendo que se organice semejante jaleo por algo tan normal y tan corriente que cualquiera entendería. Pero allí estaban todos, ideando estrategias y tomando decisiones como si no se tratara de mi vida.

Anna asintió con la cabeza. Ahora sí que empezaba a comprender. Conociendo a Francesc Estellés, podía imaginarse la situación perfectamente; la idea de que su hijo perdiera la custodia de Alba lo aterraba, y lo último que le interesaba era conocer qué opinaba Tina sobre el asunto. Lo que ya no veía tan claro era por qué Pau, que conocía a su padre mejor que nadie, había permitido un debate familiar al respecto en presencia de Tina. Un gran error, en su opinión. Quizás no había podido evitarlo.

—Bueno, seguramente intentan prevenir males mayores, cariño.

—Han pasado años desde el divorcio y ella sigue controlando la situación —se quejó Tina—. Esto es una prueba más de que el tema no se ha llevado bien. Hacer las cosas a escondidas, intentando que el otro no se entere y de ese modo no se le ocurra usarlo para hacerte daño, no es forma de vivir. Y ahora que esa señora sabe que vuelve a haber una mujer en la vida de Pau

todo lo que él hace, empieza estar bajo sospecha —Tina sacudió la cabeza—. Te juro que estoy alucinando, Anna.

—¿Lo has hablado con Pau?

—No. Estoy muy enfadada y creo que he conseguido enfadarlo a él también.

Anna tomó una mano de la entrenadora entre las suyas.

—Creo que debéis hacer el esfuerzo de dialogar, de intentar acercar posiciones... Mira, Tina, a Pau le ha costado mucho obtener la custodia de Alba, esa niña lo es todo para él. Por otra parte, está claro que le importas y mucho. ¿Te haces una idea de lo mal que lo debe estar pasando en estos momentos? Es como si me pidieran que eligiera entre mis hijos y Jaume. Por supuesto que elegiría a mis hijos, pero mi corazón se quedaría destrozado. Esa es la situación en la que está mi hermano ahora. Tenéis que hablar, cariño.

Tina apartó la mirada.

Para hablar tenían que poder compartir la misma habitación durante más de cinco minutos seguidos, algo que, por el momento, no habían logrado. Y lo que en cambio sí habían logrado en los escasos instantes que habían estado juntos después de la reunión, era empeorar las cosas. Por lo tanto, el primer punto en el orden del día era enfriarse y el segundo, desistir de intentar comunicarse hasta que su termómetro interior hubiera alcanzado temperaturas invernales.

\* \* \* \* \*

Aquella estaba resultando con lejos la peor semana para Pau desde que había empezado el año, y si había mantenido una pequeña esperanza de que Tina se presentara a cenar en el restaurante junto con el resto de su familia

(aunque no le dirigiera la palabra, su presencia le bastaría), la perdió poco después, cuando por segundo día consecutivo todos acudieron, excepto ella.

El menorquín procuraba ponerle al mal tiempo buena cara, riendo las bromas y siguiendo de aparente buen grado la incesante charla de su hija. La pequeña, en su inocente y perspicaz sabiduría, se había dado cuenta de que algo no iba bien y él no quería preocuparla. Tampoco deseaba que su malestar alertara a la familia de un problema que intentaría mantener en la esfera privada el mayor tiempo que fuera posible. Pero todos sospechaban que algo se cocía entre los fogones y fue su hermana Anna quien le confirmó que, como siempre, las noticias volaban veloces entre los Estellés. Los postres estaban saliendo de la cocina cuando ella, que ocupaba la silla contigua, se acercó para hablarle al oído.

—Está en casa —le dijo—. Yo que tú, aprovecharía el momento para ir a verla. Neus se ocupará de las relaciones públicas en tu nombre. —A continuación, buscó el contacto visual.

Pau no pudo evitar que su rostro adquiriera la tonalidad de una gamba cocida y al ver que ella sonreía, sacudió la cabeza ligeramente.

—No se os escapa una, ¿eh?

—Es que se te nota tanto... —repuso Anna.

—¿Has hablado con ella? —quiso saber el menorquín. Y para mantener ese halo de conversación intrascendente, se metió otro trozo de empanada en la boca. De más estaba decir que la ansiedad por conocer la respuesta se lo estaba comiendo vivo.

—Sí. Y está enfadada.

—Dime algo que no sepa —repuso él con ironía—. Para tu información, yo estoy que muerdo.

—Ya, pero enfadado o no, sigues siendo un hombre brillante y decidido, que siempre consigue lo que quiere.

Pau respiró hondo, asintió con la cabeza varias veces. En efecto, lo era.

—Gracias por recordármelo, Anna. Me hacía falta oírlo.

Tras lo cual, dejó la servilleta sobre la mesa y se puso de pie.

\* \* \* \* \*

Tina estaba mirando la televisión con la mente a años luz de lo que sucedía en la pantalla cuando tocaron el timbre. No hacía falta preguntarse quién sería a esas horas, por lo que se dirigió a la puerta con el corazón latiendo acelerado y un nudo en el estómago.

La abrió y los dos permanecieron mirándose sin decir nada.

—¿Puedo pasar? —dijo Pau, abriendo el diálogo.

Ella no respondió. Se limitó a hacerse a un lado y cuando él entró, cerró la puerta y se encaminó hacia el interior de la casa seguida por él. Una vez en el salón, hizo de tripas corazón e intentó mostrarse sociable.

—Supongo que te apetecerá un café...

Pau esbozó una ligera sonrisa a pesar de que aquello no había sonado a una invitación.

—Sí, creo que me vendría muy bien, pero dudo mucho que tengas ganas de hacerlo. Así que, si no te parece mal, vamos a la cocina, que yo me ocupo de mi café. No me importa ocuparme también del tuyo.

Tina detestaba reconocerlo, pero él se estaba esforzando. Hacía gala de un arte increíble a la hora de manejarse con ella. Exhaló un suspiro y al fin, asintió levemente con la cabeza.

Una vez en la cocina, ante el pertinaz silencio femenino, Pau tomó nuevamente la iniciativa. Era consciente de que lo que estaba a punto de decir no sonaría conciliador, pero tenían un pacto de sinceridad absoluta, y saltárselo y mentir no era una alternativa. Además, si no lo soltaba, explotaría.

—¿Sabes? Llevo todo el día con un cabreo monumental que no consigo quitarme de encima, haga lo que haga... Es posible que te parezca raro, pero mi cabreo no tiene tanto que ver con la madre de Alba y sus habituales golpes bajos, sino contigo. Eso que me dijiste cuando fui a verte al gimnasio... — Pau no acabó la frase. En cambio, se dedicó a cargar el café en la máquina sin apartar la vista de lo que hacía en ningún momento.

Tina bajó la cabeza. Pues ya eran dos los afortunados poseedores de un

cabreo monumental, pensó. Ella no había sido capaz de librarse del suyo que *tampoco* estaba realmente relacionado con la víbora manipuladora con la que él se había casado. Después de todo, ¿qué otra cosa esperar de un canalla, sino canalladas? Estaba enfadada con él.

Pau reanudó su monólogo.

—Soy un hombre temperamental, pero me preocupa mucho que dudes de mis razones para hacer algo tan importante como unir mi vida a la de otra persona.

—¿Razones? —se rió llena de ironía—. En mi pueblo a eso se le llama encoñarse.

Pau se volvió a mirarla estupefacto.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

Tina tensó la mandíbula. Fue un intento vano de impedir que lo que llevaba callando desde la adolescencia se abriera paso a través de todos los cierres de seguridad bajo los cuales los había enterrado, y saliera, adquiriendo aún más realidad.

Pero estaba harta de callar. Harta de convivir con el dolor de una herida que, ahora comprobaba, jamás se había cerrado.

—¿Y tú, te das cuenta de con quién te casaste? Embustera, manipuladora, mala persona. *Infiel*. Estando en tus cabales es imposible que no te dieras cuenta. Imposible. Así que no me hables de razones. No puedo entender que pasaras una hora al lado de esa mujer. ¡Como para entender que encima la convirtieras en la madre de tu hija!

Pau sintió el fuego trepando por sus mejillas. Era vergüenza porque, en efecto y aunque tarde, se había dado cuenta de la clase de persona con la que se había casado. Pero también era rabia hacia Tina, porque estaba llevando las cosas demasiado lejos.

—¿Qué tiene que ver mi matrimonio con todo esto?

Tina soltó una risotada. Se cruzó de brazos, consciente de que la ira subía y subía, impidiéndole quedarse quieta. Era como si tuviera hormigas por el cuerpo.

Él sacudió la cabeza, como si aquel gesto instintivo tuviera la capacidad de reordenarle las neuronas y permitirle entender lo que, evidentemente, se le estaba escapando.

—¿Y por qué hablas de ella? No la conoces, Tina. No deberías hablar de lo que no conoces.

¿La estaba defendiendo? Aquello era el colmo.



—Sé perfectamente de lo que hablo —espetó Tina, cada vez más rabiosa.

Se sostuvieron la mirada, conscientes de que los dos estaban al límite. A pesar del enfado, Pau intentaba revisar mentalmente algún recuerdo del pasado que justificara la frase lapidaria de Tina. Pero no halló nada porque no lo había; era una adolescente cuando él se casó y hasta la muerte de Sonia, apenas habían coincidido los veranos que las amigas pasaban en la casa barcelonesa de Neus. Dicho fuera de paso, ella se había ocupado de que sus encuentros fueran aún más breves, desapareciendo de forma intempestiva cada vez que tenía ocasión. Como si no soportara estar en la misma habitación que él.

—¿Sabes lo que pienso? —repuso Pau, mordiéndose la lengua tan poco como ella había hecho antes—. Que alguien que jamás ha tenido una relación sentimental con otro ser humano no está capacitada para opinar sobre las razones que me han llevado a hacer lo que hice en el pasado.

Toda ella rezumaba ironía cuando respondió:

—¿Pero de qué pasado estás hablando? ¡Ella sigue aquí, envenenándote la vida y ahora también la mía!

Pau respiró hondo y soltó el aire ruidosamente. Acabó de cargar la máquina, y guardó el bote de café en la alacena mientras apelaba a lo que sentía por Tina para calmarse.

—Entiendo que ha sido un cubo de agua fría descubrir que te estaban siguiendo y que era ella quién estaba detrás —concedió—. Nadie se merece pasar por algo así y lo lamento muchísimo.

Tina lo fulminó con la mirada.

—Nadie habría tenido que pasar por esto si hace diez años hubieras pensado con lo que tenías que pensar. Suena duro, lo sé. Pero es lo que hay.

Pau había dejado de ocuparse de la cafetera y ya no apartaba la vista de la mujer que le estaba haciendo hervir la sangre. Ella, a su vez, había abandonado el quicio de la puerta y se hallaba frente a él, mirándolo a la cara, dejando claro que no estaba dispuesta a ceder.

—Te estás pasando, Tina.

—¿Y que hay de ella? ¿No te preocupa que siga controlando tu vida igual que entonces?

—¡Esto es de locos! —explotó él— ¡No tienes ningún derecho a decir algo así! ¡No tienes derecho a poner en tela de juicio mis razones y, mucho menos, a ensuciarlas con tus presunciones!

Exhaló el aire, iracundo y al notar que ella se había puesto roja, hizo una pausa, intentando bajar las revoluciones a sabiendas de que estaba demasiado acelerado para frenar a tiempo.

Y no frenó. Al contrario, pisó a fondo.

—Lo que haya sucedido entre ella y yo no te incumbe. *Suena duro, lo sé, pero es lo que hay.*

La ironía, el desafío de los ojos del menorquín hablaban claro de que Tina se las había arreglado para meter el dedo en la herida y ahora sangraba a raudales. El panorama no era muy diferente en lo que concernía a la entrenadora, con la diferencia de que la suya sangraba desde hacía años.

—¿Sabes lo que pienso? —espetó ella—. Que ha llegado la hora de que te vayas.

Pau asintió. Por una vez en los últimos quince minutos estaban de acuerdo en algo.

Un instante después, sus pasos se alejaban por el pasillo.

Jueves, 15 de abril de 2010.  
Restaurante Sa Badia.  
Ciudadela, Menorca.

“Si la montaña no va a Mahoma...”, pensó el menorquín al ver a su madre allí, golpeando la ventana, a unas horas en la que debería estar trabajando. Ni siquiera le había dado tiempo a desayunar, así que el sermón lo pillaría con el estómago vacío. Qué suerte.

Pau fue a abrirle.

—Te diría que buenos días, pero no traes cara de eso. ¿Puedo ofrecerte un café?

—Mira quién fue hablar de caras... —repuso Lucía que descartó el ofrecimiento con un gesto de la mano. Pau llenó el vaso de zumo de naranja y

lo puso en su bandeja del desayuno.

—Bueno, entonces tú dirás...

—¿Podemos hablar en privado?

Él puso los ojos en blanco. Estaban cerrados todavía, pero los ruidos de la cocina, en plena actividad, llegaban hasta la barra. Si ella deseaba una conversación privada, era que el tema iba para largo. Le señaló el camino hacia el despacho con un gesto resignado.

Una vez en la oficina, Pau empezó a dar cuenta del desayuno mientras su madre miraba de reojo el sofá de tres plazas que todavía estaba envuelto en plástico.

—¿No es un poco pequeño este lugar para semejante mueble?

Lo habían traído hacía un rato y todavía no le había dado tiempo a quitarle el envoltorio. Sintió una punzada en el estómago al recordar qué distinto era su estado ánimo cuando encargó aquel mueble que, en efecto, era grande para una oficina tan pequeña. Entonces, solo podía pensar en diez minutos a solas con Tina y en un lugar recogido y cómodo para hacerle el amor. Dadas sus limitadas posibilidades, un sofá en su oficina le había parecido una gran alternativa.

—¿A qué has venido, madre? Espero que no a hablarme de decoración.

—Nos tienes a todos muy preocupados. Sabes que me gusta darte espacio para que muevas tus asuntos como quieras, pero esto está punto de convertirse en un problema muy grave y ya no sé qué decirle a tu padre para que no intervenga.

Pau alzó la vista alarmado.

—Como se le ocurra meter sus narices, me va a oír... Esto es un asunto personal, ¿cómo tengo que decirles que de lo primero a lo último que se haga al respecto, será sólo y exclusivamente decisión nuestra, mía y de Tina? Voy a llamar a papá —dijo Pau, que enseguida devolvió su sandwich al plato y manoteó el móvil.

—Déjalo, Pau. Lo que intento decirte es que no puedes seguir postergando la resolución de este asunto.

—Mira, mamá, no son negocios. No es algo que puedas resolver tan fácilmente, y además hay dos mujeres implicadas, y perdona, no lo tomes a mal, pero eso hace que las cosas sean mucho más difíciles —dijo él, volviendo a su café.

—¿Has hablado con Tina?

Si a los ladridos que se habían obsequiado mutuamente la noche

anterior se le podía llamar hablar...

—Tina y tú os parecéis mucho, ¿sabes? Las dos sois mujeres de carácter, las dos tenéis una gran personalidad. Y las dos sois durísimas de pelar cuando algo no os gusta. Para arreglar esto hará falta tiempo y *mucha* paciencia.

Lucía respiró hondo. Dos cosas de las que Francesc Estellés carecía en absoluto.

—Pues no sé cómo nos las arreglaremos para contener a tu padre. En serio, Pau, está furioso. Nunca imaginé que ejercer de abuelo fuera a cambiar tanto su forma de ver la vida, pero si perdemos a Alba, no sé qué será de él...

Pau se reclinó en el asiento. Otra preocupación más a sumar a una lista interminable de preocupaciones relacionadas con la madre de su hija y sus intentos de recuperar una custodia que jamás le había interesado tener. Sólo peleaba por conseguir dinero y por hacer daño.

Se disponía a responder cuando su móvil empezó a sonar. Al ver el nombre que se iluminaba en la pantalla, se encomendó a Dios y a todos los santos.

—Qué raro que decidas usar la vía directa —fue el saludo que Pau dedicó a la madre de su hija.

—*No es raro. Antiguamente solía usarla... Hasta que dejaste de atender mis llamadas. Pero esta vez, por lo visto, te has dado cuenta de lo que te conviene.*

—De lo que me he dado cuenta es de que ni siquiera tienes un poco de humanidad cuando se trata de Alba.

—*¿Que humanidad tenéis los Estellés? Alejar a una niña de su madre no es lo que se llama un gesto de humanidad.*

—No alejé a Alba de su madre, la alejé de una persona que nunca se interesó por ella y que no está capacitada para darle lo que necesita.

—*Que lo haya dicho un juez, que por cierto también es un hombre, no lo convierte en cierto. Sigo queriendo a la niña y donde debe estar es conmigo. No creas que me he rendido.*

La misma frialdad premeditada, la misma sed de venganza, como si creyera que el mundo le había arrebatado algo que le pertenecía por derecho y ella estuviera dispuesta a recuperarlo al precio que fuera. La rehabilitación solo la había rescatado de sus adicciones y probablemente no por mucho tiempo, nada más. Su corazón y su mente seguían tan enfermos como antes. Probablemente como siempre, aunque él se hubiera dado cuenta de eso tan

tarde.

—No, eso está claro —repuso él—. Sigues rebuscando en la mierda intentando encontrar algo con lo que hacemos año.

—*Me he pasado cinco años de mi vida con dos sabuesos pisándome los talones. Sabuesos pagados por ti. Así que no tengas la cara de recriminarme que haya utilizado el mismo método para recuperar a mi hija.*

De repente, Pau volvió a ser consciente de que no estaba solo. Evidentemente, su madre se había dado cuenta de con quién estaba hablando. Se había inclinado sobre el escritorio y lo miraba atentamente, intentando enterarse de lo que hablaba. Él decidió que ya había escuchado suficiente.

—Alba no va a volver contigo. Y yo seguiré con mi vida exactamente igual que he hecho todos estos años. Así que dime lo que quieres y acabemos con esto de una vez.

—*Solo quería decirte personalmente que pienso utilizar esas fotos todo lo que pueda y más. Ni tú ni esa zorra os saldréis con la vuestra. Y si no consigo recuperar la custodia, que sepas que te seguiré haciendo la vida imposible. De mí no te vas a librar tan fácilmente* —sentenció.

A continuación oyó el sonido de llamada cortada.

Pau volvió a dejar el móvil sobre la mesa y bebió un sorbo de su café. Sentía las manos heladas. Todo él estaba helado. Ese era el efecto que tenía en él una mujer por la que había suspirado durante tantos años en el pasado. Ahora era sinónimo de problemas, de alguien que, como mínimo, le complicaría la vida. Eso, si no se salía con la suya y conseguía arrebatarse a su hija con artimañas.

—¿Qué te dijo?

—¿Y a ti qué te parece? —Pau exhaló un suspiro contrariado—. La verdad, era justo lo que me faltaba hoy...

Lucía se puso de pie, apoyó las manos sobre el escritorio y miró a su hijo directamente a los ojos.

—Tienes que hacer algo, Pau. Negocia con ella o húndela de una vez por todas, pero haz algo. No puedes seguir de brazos cruzados.

Ya era bastante malo tener que estar lidiando con su ex mujer en la distancia, con las consecuencias de que ella alguna vez hubiera formado parte de su vida, ahora tenía a toda la familia preocupada, a los abogados pendientes de cada cosa que hacía, y a Tina cabreada como un babuino.

Pau respiró hondo y miró a otra parte.

\* \* \* \* \*

Cuando Andy vio la sonrisa de Tina al despedirse del candidato, supo que *Fitness Center Menorca* ya tenía instructor de *kickboxing*. Fue un gran alivio, ya que llevaba persiguiendo esa sonrisa desde el incidente de las fotos y cada vez le parecía más lejana. De hecho, que las entrevistas se estuvieran realizando aquel día y no la próxima semana, había sido un intento de ofrecerle a su querida amiga la ocasión de olvidarse por un rato de aquel asunto que la tenía tan irritada y del que seguía resistiéndose a soltar prenda.

—La próxima entrevista es a las siete, después de la clase de zumba, pero creo que ya tenemos lo que buscamos, ¿no? —dijo Andy, apartando el curriculum del hombre que acababa de marcharse. Tenía la edad de Tina y aunque no tantos años de práctica de *kickboxing* como ella, contaba con una amplia formación en artes marciales y en boxeo tailandés, al que era un gran aficionado.

—Ya lo creo. La competencia se va a quedar con un miembro menos del staff.

En su opinión era el mejor candidato de los que habían entrevistado y al escuchar sus razones para cambiar de trabajo, se había sentido identificada con él. El tipo no se había andado por las ramas; “estoy cansado de ser el comodín que les saca las castañas del fuego”, había dicho.

—Más les vale poner las barbas en remojo porque en cuanto se corra la voz entre los profesionales del mundo del *fitness* de lo bien que hacemos las cosas aquí, los tendremos formando una fila india en la puerta. Ya verás. ¡Vamos a ser imparables!

Tina sacudió la cabeza sonriendo. Desde hacía días, Andy usaba el plural cada vez que se refería al gimnasio. No solo a cuestiones del momento, también cuando hablaba de proyectos futuros. La incluía siempre y tenía que

reconocer que lo que al principio le había parecido una forma subrepticia de insistir sobre el tema de su sociedad, ahora ya no se lo parecía. Hacían un buen equipo.

—Así que —continuó Andy—, el plan para esta noche es ir a casa a cenar después de la entrevista de las siete. Dylan se ocupará de prepararnos una cena de chuparse los dedos y luego seré toda tuya para lo que quieras: cine, baile, paseo, peli y palomitas en el sofá... Lo que te apetezca.

Tina miró a su amiga con cara de resignación.

—¿Y si lo que me apetece es estar sola?

Andy se puso de pie y dio la vuelta al escritorio. Hizo girar el sillón de Tina y se puso de cuclillas frente a ella.

—Lo que no quieres es hablar del tema Pau Estellés, por eso rehuyes a toda la familia.

—¿Y esperas que crea que tú no quieres hablar de ese tema? Venga ya, Andy...

—Quiero estar contigo para lo que necesites y como te conozco muy bien, sé que lo que necesitas es distraerte, reír y pensar en otra cosa. Además, para tu información, ya sé lo que ha sucedido.

—Aj —se quejó Tina y apartó la mirada—. Anna...

—¿Has hablado con mi madre? ¡Será cabrita, no me dijo nada...! Quien se ha ido de la lengua ni siquiera vive en esa casa. —Los ojos desorbitados de la entrenadora regresaron a Andy—. ¿Mi tío, estás loca? No, qué va. Fue mi abuelo... Para que veas lo útil que puede llegar a ser que la gente sepa que no les guardas rencor.

Los ojos de Tina se abrieron aún más.

—¿Tu abuelo te ha contado lo que pasó? —Si el asunto en sí seguía desatando truenos y tempestades en su ánimo, la forma en que se estaba manejando le resultaba directamente inaceptable. Era su vida privada, joder. ¿Con qué derecho otros decían cosas que ella misma había elegido callar? La sacaba de quicio.

Andy asintió con la cabeza varias veces. No pudo evitar solidarizarse con Tina al ver la expresión furibunda que se apoderó de su rostro. Eran su familia y los quería, pero nunca se acostumbraría a esa total ausencia de límites entre lo estrictamente personal y lo familiar que caracterizaba a los Estellés.

Se habían encontrado por la calle y eso descartaba la premeditación por parte de su abuelo, pero él se había despachado a gusto en contra de lo



absurdo que le resultaba el enfado de Tina y su más que absurda extensión en el tiempo, dando por sentado que Andy estaba al tanto del tema. Incluso se había permitido pedirle que hablara con ella “para hacerla entrar en razón antes de que fuera demasiado tarde”. A lo que ella se había permitido señalar -sin rencor, por supuesto- que dos días o incluso una semana de enfado no eran nada comparado con los treinta años que había durado el suyo con su hija Anna, sin que nadie hubiera conseguido hacerlo entrar en razón. Algo así como un “el que esté libre de pecado que arroje la primera piedra” que, para su sorpresa, acabó con el gran Franscesc Estellés reconociendo que esos treinta años de alejamiento habían sido el mayor error de su vida.

Andy no tenía ninguna intención de meterse en los asuntos de Tina. En su opinión, de eso ya se había encargado, y a fondo, su familia.

—No voy a decirte ni que te calmes ni que te comportes así o asá. A algunos hombres se les da de maravilla entrometerse en la vida de los demás, especialmente si son mujeres, y tildarlas de histéricas o de adolescentes enfurruñadas si consideran que su reacción no está a la altura. ¿Sabes qué, Tina? Que les den morcilla<sup>2</sup>. Cuando se te pase el cabreo, si crees que le debes una disculpa a alguien ya se la darás. ¿Y ahora, qué tal si nos vamos a aprovechar los diez minutos que nos quedan, aporreando a dúo la misma bolsa de arena?

Tina movió la cabeza afirmativamente. Era un sí a su propuesta y también una muestra de aprobación ante la actitud de su amiga sobre el asunto. Le resultó un alivio volver a comprobar la claridad de ideas de que hacía gala Andy a pesar de su gran juventud y lo buena amiga que era.

—Me parece una idea genial —concedió.

Andy ya se hallaba junto a la puerta cuando Tina volvió a hablar.

—Gracias por estar de mi lado, *cari*.

Ella soltó una risita incrédula.

—¿Y de qué lado iba a estar? Serás tonta... ¡Venga, quiero ver movimiento YA! —exclamó acompañando sus palabras con un golpe de palmas como hacía su amiga.

La entrenadora se puso de pie. Respiró hondo pensando cuánto la agotaban tantos dimes y diretes.

—Me imitas fatal, que lo sepas —se burló, en un intento de olvidar que se sentía como si una apisonadora le hubiera pasado por encima.

Y a continuación oyó las carcajadas de Andy alejándose por el pasillo.

\* \* \* \* \*

Tina consideró seriamente la alternativa de no atender la llamada. No deseaba hablar de cómo se sentía, y menos con su padre. Pero como solía suceder con todos los progenitores, sabía que si no lo atendía sólo conseguiría preocuparlo más. El bueno de Ron era capaz de tomar el primer avión y presentarse en Menorca para averiguar qué le pasaba a su hijita.

“Su hijita”, pensó Tina con ironía. ¿Se refería a la misma que se había convertido en la mujer de la casa a los seis años?

—Hola, papá. Me viene mal hablar ahora. ¿Puedo llamarte más tarde?

—*No. Porque más tarde va a ser nunca. ¿Qué es lo que sucede, Tina?*

—repuso él. Su tono de voz denotó que no aceptaría un no por respuesta.

Andy, que estaba con ella en aquel momento, al darse cuenta de la situación, le indicó con un gesto que no se preocupara, que ella la sustituiría en la clase de gimnasia que estaba a punto de comenzar y se marchó, dejándola sola en el vestuario.

—No pasa nada, papá. ¿Acaso tú nunca discutes con Lorraine?

—*Ah, vamos avanzando. Así que Pau y tú habéis tenido una discusión...*

—Algo así. Y te decía en serio que no te puedo atender ahora. Tenemos una clase, esto es un trabajo, ¿sabes?

—*¿Qué, todavía sigues ayudando a tu amiga, no te has convertido en su socia?* —se interesó Ron.

Era la pregunta recurrente desde que había regresado a Londres. Su padre parecía incluso más interesado que la propia dueña del gimnasio en que acabaran formando una sociedad, y eso era decir mucho.

—Papá, cuando tenga algo que decir al respecto, serás el segundo en saberlo.

—A ver, hijita de mi alma, sé buena con tu padre y dile qué es lo que sucede. Y no me vengas con riñas de enamorados, tú eres demasiado cerebral para estar tan enfadada tanto tiempo, y él me ha parecido demasiado práctico para permitirlo.

—¿Se puede saber de dónde has sacado eso?

—¿Y todavía me lo preguntas? Llevo toda la semana persiguiéndote, y apenas he conseguido evasivas que acababan con la muletilla de siempre: “me viene mal hablar ahora”. ¿Qué es lo que pasa, cariño? ¿Acaso voy a tener que coger un avión para averiguarlo? —dijo Ron—. Me respondes, o me presento allí. No hagas que tenerte lejos sea más duro de lo que ya es, Tina.

—Ay, papá... —se quejó la entrenadora. Nerviosa, se puso de pie y empezó a andar por el espacio libre que quedaba entre los bancos. Debía parecer una loca, pero no podía estarse quieta.

—“Ay, papá”, nada —repuso él totalmente serio—. Quiero saber qué es lo que está pasando.

Tina exhaló un suspiro y empezó a explicarle a grandes rasgos lo que la tenía enojada desde hacía unos días.

—A esta familia le parece de lo más normal —continuó—, porque han vivido en este ambiente desde siempre. Y cuando digo esta familia, me refiero a los Estellés. Los Avery han pasado demasiado tiempo en Inglaterra, son más de allá que de aquí, así que intentan que no me parezca tan... de locos. Se esfuerzan, y yo se los agradezco, pero, no sé, papá... Eso de que cualquier cosa que haga capte tanta atención no me gusta. Ya no hablemos si además lo que hago puede perjudicar a Pau.

—Suenas desanimada, no preocupada. Dime la verdad.

Tina se pasó una mano por la frente.

—Soy demasiado independiente para esto... Y además, está la cuestión de su ex mujer...

—¿Qué es lo que sucede con su ex mujer?

La voz de su padre había sonado casi alarmada, lo cual a Tina no le extrañaba en absoluto.

—La gran victoria que para Pau supuso haberle ganado la custodia, para ella fue el principio del fin. Porque sin Alba, se acabó el dinero, se acabó el estatus social, se acabó todo. Y como eso fue lo único que siempre le interesó, continuó buscando la forma de sangrarlo...

—Espera, espera, espera... ¿Quieres decir que este enfado tuyo está

*relacionado con ella? ¿Que es ella quien ha logrado que, de pronto, todo lo que tú haces capte tanta atención?*

—Algo así, sí. Está usando la misma técnica que Pau utilizó para demostrar que ella no era una buena madre. Sólo que esta vez, a la que le han puesto sabuesos es a mí.

—*¡No lo dirás en serio!*

—Pues sí. Nos han sacado fotos con la idea de usarlas para intentar quitarle la custodia de Alba. Y, además del cabreo monumental que me provoca saber que estoy en el punto de atención de tanta gente, también ha hecho que me replantee ciertas cosas...

—*Bueno, a ver, cariño... Sabías desde el principio que te estabas relacionando con alguien de una familia muy importante en esa isla, imagino que habrás contado con que estar con él, más tarde o más temprano, acabaría despertando el interés de la gente.*

—*¡Es un empresario, por el amor de Dios, no el príncipe Andrés! Claro que no contaba con nada de esto. Además, no son esas fotos las que me importan, sino el trasfondo de la cuestión; lo que esta gente espera de mí...*

—*¿A quién te refieres por esta gente?* —la interrumpió Ron.

—A la familia de Pau. Están acostumbrados a manejar las cosas de manera muy... No sé... *política*. Y yo no vivo así. No quiero tener que preocuparme de si interpreto bien mi papel cuando salgo de casa porque si no, podría perjudicarlo. Vine a Menorca por otras razones aparte de estar con él y no tengo intención de interpretar ninguna clase de papel. Ni ahora ni el futuro. Así que, ¿en qué situación me deja esto?

—*¿Pau te ha pedido eso?* —La consternación era patente en la voz de su padre y Tina sacudió la cabeza, harta del tema, de sentirse acorralada. Angustiada de saber que ahora la onda expansiva había llegado hasta su padre, sumando una preocupación más a su ya de por sí extensa lista.

—No, él no me dicho nada. Tampoco es que hayamos hablado mucho... Porque, bueno, hemos tenido un buen encontronazo, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que yo no había contado con nada de esto. No se me había cruzado por la cabeza que su ex mujer volviera al ataque. Pau se juega mucho y no quiero ser yo la razón que lo aparte de su hija. Pero por otro lado, tampoco deseo verme forzada a hacer lo que no quiero —Tina exhaló un suspiro—. Esto es un desastre...

—*Quizás debas dejar que las cosas sigan su curso. Ya sé que te cuesta no hacer nada, te has pasado la vida tomando la iniciativa porque es tu*

*forma de ser, pero muchas veces, la solución pasa por mantener la calma y esperar a que las aguas vuelvan a su cauce.*

La alternativa en la que Tina llevaba pensando desde hacía dos días y que no se había atrevido a poner en palabras, de pronto, apareció en su mente. Un instante después ya lo estaba diciendo en alto.

—O quizás, lo mejor para todos sea que regrese a Londres y siga con mi vida.

Viernes, 16 de abril de 2010.  
Casa de Pau Estellés,  
Ciudadela, Menorca.

Pau volvió a guardar su portátil en la funda y recogió sus cosas.

—Alba, ¿estás lista ya? —Ante la falta de respuesta, fue hasta la habitación de la niña, a quien encontró todavía a medio vestir.

—¿Pero qué pasa, cariño? ¿Todavía así? —Dejó sus cosas sobre la mesilla y se dirigió a su hija para ayudarla.

—Es que este vestido no va con estos zapatos, papi.

—Que sí, Alba. El vestido tiene florecitas rojas y tus botitas son rojas

—repuso él, pero cuando intentó hacer que la niña pusiera el pie dentro del calzado, no lo consiguió.

—Que no, papá, que no... Esas botas no pegan.

Pau exhaló un suspiro. Echó un vistazo al reloj, contrariado.

—Bueno, a ver, preciosa, ¿quieres las azules?

—Me tendría que cambiar el vestido...

—Cariño, papá tiene que irse. Así que, por favor, ¿azules o rojas? —dijo al tiempo que sostenía una bota de cada color en las manos.

—Que noooo... —se quejó ella, poniendo morritos.

Pau no quería ser duro con su hija, pero aquella semana poco a poco había ido agotado toda la paciencia que le quedaba.

—Vamos a ver, Alba —le dijo, seriamente—. Papá tiene que irse, y tú tienes que ir con él. Así que, por favor, elige unos zapatos y *póntelos ya*.

Jamás le hablaba de aquel modo. Del padre cariñoso, dulce y paciente al que la pequeña Alba estaba acostumbrada, a este que, de pie frente a ella, la miraba a punto de explotar, distaban millas siderales.

—Bueno, si te pones así... ¿Te hecho algo, papi? ¿Me he portado mal?

A Pau se le partió el corazón y sintiéndose culpable, la estrechó fuerte entre sus brazos.

—Claro que no me has hecho nada, peque. Lo que pasa es...

—¿Estás triste? —murmuró Alba, aferrándose a él aún más fuerte.

—No, preciosa. Es que llevo unos días muy estresado y me están esperando, y ya sabes que no me gusta llegar tarde... —Buscó su mirada—. ¿Le harías el favor a papá de vestirme rápido, rápido, rápido para que podamos irnos?

—Bueno —concedió la niña solo convencida a medias mientras se ponía las botas azules—. ¿Me prometes que no te vas a volver a enfadar conmigo?

—Alba, cariño, no es así. ¿Cómo voy a estar enfadado contigo? Lo que necesito es que te des prisa...

—A mí me parece que has reñido con Tina...

Pau la miró con ternura. Era tan pequeña y, a la vez, tan sabia y tan dulce...

—Estás en todo, ¿eh? Los adultos, a veces, discutimos, pero no pasa nada. No tienes que preocuparte, Alba.

—¿Pero vais a seguir siendo novios, no? A mí me gusta mucho Tina...

—Claro, preciosa. Bueno, a menos que ella decida dejarme. Espero que

no... —bromeó, aunque había bastante de verdad en lo que decía. No quería ni siquiera pensar en esa alternativa.

La reacción de Alba devolvió la sonrisa al rostro de su padre cuando se llevó las manos a la cabeza teatralmente.

—Noooooooo... ¿Cómo va a dejarte? ¡Si está loquita por ti...!

—¿Tú crees? —dijo él, mirándola divertido.

—¡Estoy segurísima! —exclamó la pequeña y acto seguido, echó a correr hacia el baño al tiempo que anunciaba—: ¡No tardó nada, papi!

\* \* \* \* \*

Pau acababa de despedirse de Albert Ribelles y había regresado a la barra en donde le estaban esperando dos empresarios cuando vio a su padre en la puerta del restaurante. Lo último que deseaba en aquel preciso momento era una conversación padre-hijo.

Y si había albergado la esperanza de que su cita de negocios lo disuadiera de quedarse, se había equivocado de medio a medio. Francesc también se había acomodado en la barra, y café mediante había hecho uso de sus grandes dotes de persuasión y del prestigio que le precedía tras toda una vida dirigiendo el grupo, para ayudarle a cerrar un trato con ellos.

Después de que los empresarios se marcharon, Franscec se limitó a indicarle con un gesto de la cabeza que lo esperaba en el despacho para hablar.

Pau se dejó caer en el sofá con un suspiro. Estaba molido. Lo último que habría imaginado era que aquel cómodo asiento que había comprado con la única intención de que los encuentros íntimos con Tina tuvieran lugar sobre una superficie horizontal mullida, fuera a estrenarlo para procurarse un momento de descanso en el medio de la tormenta sentimental más grande de



su vida después del divorcio.

Notó que su padre permanecía de pie, cerca de la puerta, con las manos enlazadas en la espalda. Esperó una frase dramática a modo de apertura y esta no tardó en llegar.

—¿Qué es lo que vas a hacer al respecto? Y no me vengas con excusas. No puedes seguir de brazos cruzados. Te va a explotar en la cara y la explosión nos va a barrer a todos.

—A veces, lo más inteligente es no hacer nada.

—¿Esa es tu teoría? Pues no sé de dónde la has sacado porque no forma parte del sistema Estellés. En esta familia las cosas suceden a instancias nuestras.

—Sí, lo sé. Pero no estamos hablando de esta familia. Estamos hablando de mí, de mi vida personal. Y aquí las únicas reglas que hay son las mías.

—A ver, hijo... El solo hecho de que tu ex mujer te haya llamado y te haya advertido de como están las cosas, debería ser suficiente para ponerte en marcha. No va a quedarse quieta. Eso no va a pasar. Va ir a por ti como la perra rabiosa que siempre ha sido. Y en la justicia española, un hombre siempre lleva las de perder en cuestiones maritales. Va a intentar quitarte la custodia de Alba y eso no lo voy a tolerar. Por favor, no hagas que tenga que intervenir.

Pau se levantó del sofá. Fue directo hacia Francesc.

—Tú no vas a mover un dedo en ese tema, padre. *Esto es un asunto mío*. Y lo manejaré a mi manera igual que he hecho los últimos seis años. ¿Te queda claro?

—¿Y qué es lo que pasa con Tina?

—¿Qué pasa con Tina?

Francesc le sostuvo la mirada.

—¿Ella opina igual que tú?

—No hemos podido hablar del asunto todavía.

La cara de consternación de su padre fue tal que Pau supo que no se libraría de la parrafada que vino a continuación.

—¿Cómo que no habéis hablado? ¿Qué clase de pareja sois que os enfrentáis al problema más grande de esta familia y ni siquiera habláis? Yo que tú empezaría a plantearme si es la mujer adecuada para formar parte de esta familia. Porque las dos cosas van de la mano. Puede que la señorita Martina Murphy no haya caído en la cuenta todavía, pero estar contigo

implica estar con la familia Estellés. No es posible cabrearse y largarse. Esa no es una opción.

Pau apretó la mordida. Le había costado Dios y ayuda lidiar con su propio ego en pie de guerra después de oír lo que Tina pensaba acerca de su matrimonio. Le seguía costando horrores apartar el ruido de su propia vanidad revolviéndose furiosa, herida de muerte, y centrarse en lo importante: reconocer que él no había manejado bien el asunto y que ella tenía todo el derecho a enfadarse por lo sucedido, por la intromisión de otros en su vida privada, por cómo se habían desarrollado las cosas. Y eso que sabía de la misa la media, pensó. Y ahora tenía que tolerar que Francesc Estellés, nada menos, se plantara frente a él a decirle que “no era posible cabrearse y largarse”. Qué ironía.

—¡Claro que sí! No me debe nada. Ya tenía una vida antes de conocerme a mí. Puede largarse mañana y el único que sufrirá seré yo. Y sí, te aseguro que está lo bastante cabreada como para hacerlo. Puedo entender perfectamente que se esté subiendo por las paredes de la rabia, aunque, evidentemente, tú no.

—No seas necio. Por supuesto que puedo entender que se cabree, es una mujer de mucho carácter y lo que ha sucedido no es plato de gusto para nadie, Pau. Pero si hay un momento para el enfado, tiene que haber otro momento para serenarse y pensar con la cabeza fría. Han pasado tres días, va para cuatro. ¿Cómo es posible que no consigáis sentaros a hablar y tomar las decisiones que hace falta tomar?

Los años que se había pasado intentando que su padre se dignara a volver a dirigirle la palabra a Anna pasaron como una película por la mente de Pau, que exhaló un suspiro y regresó al sofá.

—Porque no es un tema fácil, padre. Y porque yo no quiero presionarla.

—Pero vamos a ver, hijo... ¿Presionarla con qué? Las solteras de esta isla pagarían por estar en los zapatos de Tina. ¿Un anuncio formal de compromiso con el heredero de la familia más importante del lugar? Se pegarían por estar primeras en la fila. ¿Qué es lo que tiene que pensarse tanto? ¿Y no te da a ti que pensar el hecho de que ella se lo esté pensando tanto?

Pau apartó la mirada cuando notó que se estaba poniendo rojo. La genial idea que se le había ocurrido a Albert Ribelles y que a sus padres les había parecido tan redonda, era algo que a él le provocaba dolor de

estómago... y de amor propio. No había una forma aceptable de planteársela a Tina sin que resultara patética. Patetismo que sería evidente en su rostro, supondría un anti-clímax, y lo haría sentir el mayor gilipollas del mundo. No era así como quería que sucedieran las cosas con la única mujer que a él le importaba. Así, no.

Pau se restregó el cabello en un gesto de hartazgo.

—No lo entiendes, padre, y yo no tengo ganas de explicártelo. Estoy demasiado cansado, demasiado aturdido con todo lo que está sucediendo. Si no puedes entender que no me interesa tener nada de Tina que ella no quiera darme voluntariamente, es que me conoces muy poco.

—¿Pero cuál es el problema de que mantengáis una formalidad ficticia de cara a la prensa si con eso se acaban los problemas? De verdad, no lo entiendo.

—Da igual si es ficticio o si es real... *No quiero presionarla*. Adoro a esa mujer y lo que sea que tengamos, quiero que ella lo desee tanto como yo. Si no es así, no me sirve.

Francesc contempló a su hijo asombrado; la última pieza acababa de encajar en su sitio.

—No se lo has dicho. No le has hablado de la idea de Albert —afirmó al tiempo que sacudía la cabeza contrariado—. ¡Menuda estupidez, Pau!

Al otro lado de la puerta, Tina se quedó helada. Había ido allí para decirle que había decidido volver a Londres, que esa era la forma de conseguir que las cosas se calmaran. Así, quizás pudieran recuperar su espacio como pareja sin temor a que el deseo de venganza de su ex acabara haciendo sufrir a Alba y a toda la familia. Retroceder un paso en la relación que mantenían para evitar que el daño fuera tan grande que hiciera imposible cualquier tipo de avance.

Y ahora se encontraba con esto; un giro drástico, totalmente inesperado, de los acontecimientos.

Viernes 16 de abril de 2010, por la tarde.  
Mirando el mar desde un acantilado,  
Cala Morell, Menorca.

El bar ocupaba un lugar privilegiado, no en vano estaba al completo cada día de los nueve meses que abría al público. Desde la gran explanada que hacía las veces de aparcamiento, las vistas de la bahía eran espectaculares. Prueba de ello eran las fotos que, tomadas desde ese lugar, decoraban folletos turísticos e inundaban internet.

Cuando Tina llegó a bordo de *Lola*, Pau llevaba un rato allí. Apoyado contra el muro que daba al acantilado, su cabello mecido por el viento, y su mirada perdida en aquel indudable paisaje de postal. En cuanto oyó el sonido del motor, Pau volvió la cara para mirar. Un montón de burbujas diminutas

explotaron en el interior de su cuerpo, llenándolo de emoción y de expectación. Era ella quien había propuesto que se vieran. Y a priori, lo único en lo que podía pensar era en que llevaba tres interminables días sin ella, algo que cada centímetro de su piel se ocupaba de recordarle a cada rato.

La situación de Tina no era diferente. A ella también le parecían las setenta y dos horas más largas de su vida. Y ahora que estaba allí, se sentía nerviosa e inquieta como una quinceañera.

—Siento el retraso, un cliente apareció a último momento y Andy estaba dando clases... —Se puso a su lado, junto al muro y miró hacia la bahía en un intento de no empezar a derretirse tan pronto bajo los efectos demoledores de aquellos ojos hermosos que llevaba tres días sin ver.

—No pasa nada. Yo también acabo de llegar. ¿Qué tal estás?

Tina asintió con la cabeza. Era una pregunta casual, casi obligada, pero en su interior había tal remolino de emociones, que no acertaba a decidir cómo estaba en realidad.

—Supongo que mejor.

Para Pau aquello fue como la soga que le arrojan a alguien que está pendiendo de una cornisa, a punto de despeñarse. Se agarró a ella con todas sus fuerzas, decidido a sacar la situación del punto muerto en el que estaba.

—¿Eso quiere decir que estás menos enfadada conmigo? —Y si su carita de niño travieso ya se las arreglaba muy bien para hacer que Tina se derritiera por dentro, su voz cargada de dulzura se ocupó de darle el golpe de gracia.

—Preguntarme eso no es muy inteligente por tu parte. Porque si sigo enojada contigo y lo admito, tendremos otra discusión y acabaremos yéndonos cada cual por su camino. Y si mi enojo es menor, como no me gusta hacerte concesiones, lo más probable es que acabe negándolo, volvamos a discutir y cada cual se marche por su lado. Así que, si te parece bien, haré de cuenta que no me lo has preguntado.

Pau exhaló un suspiro imaginario. Si la Tina siempre dispuesta para un buen combate había regresado, quería decir que todo volvía a la normalidad.

—Me parece muy bien —concedió él.

Tina dejó que su vista se perdiera en el horizonte. Tenía tantas cosas que decir, cosas que llevaba ensayando mentalmente desde que lo había llamado para proponerle aquel encuentro. Y ahora, tenía la sensación de que hacerlo daría lugar a preguntas cuyas respuestas no eran fáciles ni agradables. Respuestas que podían, en determinadas circunstancias, empeorar la

situación. Y eso era lo último que deseaba. Se tranquilizó pensando que sus dudas no eran más que una confirmación de lo importante que era Pau para ella y que por lo tanto tenía una doble razón para continuar.

—Detesto a tu ex. La odio con todas mis fuerzas. Siempre me pareció lo peor de lo peor —afirmó en lo que fue un preámbulo a la altura de lo que vendría después.

—Un momento... —pidió él, interrumpiéndola—. Ella despierta ese tipo de sentimientos en la gente que la conoce, pero, corrígeme si me equivoco, no es tu caso. Desde que lo dijiste el otro día le vengo dando vueltas al tema y no tengo ni un solo recuerdo de que tú y ella hayáis coincidido en tiempo y espacio, así que supongo que lo dices metafóricamente.

El fiero brillo de sus ojos que se aferraban al paisaje con insistencia así como la súbita tensión de sus mandíbulas le confirmaron que no se trataba de ninguna metáfora. La mente de Pau empezó a confrontar datos frenéticamente.

—*Coincidimos en tiempo y espacio*. Algún día, quizás, te lo cuente. Hoy no —volvió el rostro para mirarlo. Notó que su expresión era de asombro y de más cosas que la hicieron estremecer, pese a lo cual su voz no tembló cuando dijo—: ¿Crees que sería posible que no volvieras a interrumpirme?

Él asintió con la cabeza.

—Bien. Decía que siempre me pareció de lo peor y como nunca pude entender que alguien como tú estuviera junto alguien como ella, escogí creer que te sedujo y que tú fuiste lo bastante imberbe para...

Tina dejó de hablar. Durante un instante, consideró la posibilidad de suavizar sus palabras, pero enseguida lo descartó. Era lo que pensaba y no le pondría filtros.

—Lo bastante imberbe para dejar de pensar con el cerebro —dijo—. Es lo que he creído desde entonces... Porque pensar en ti como un crío calentón era más soportable, mucho menos cruel, que admitir la verdad: que me he pasado la vida enamorada de un idiota que entregó su corazón a alguien que solo lo quería como un trofeo.

Ya estaba; lo había confesado. Tina respiró hondo.

—Pero no tenía derecho a decírtelo y te pido que me perdones —concluyó.

Su confesión ya había conseguido dejar a Pau sin aliento. La última

frase directamente había hecho que su corazón iniciara una endiablada carrera dentro de su pecho. ¿Siempre había estado enamorada de él? ¿Así que aquella historia adolescente del príncipe azul de la que había hablado su padre era realmente cierta? Dios, sus rodillas acababan de convertirse en gelatina.

Pau se asió al muro seguro de que, de otra forma, acabaría con su vanidad por los suelos. Y no metafóricamente.

Tina, que se dio cuenta al instante de la clase de pensamientos que pasaban por la mente del menorquín, puso los ojos en blanco.

—Acabas de confesar que siempre he sido tu príncipe azul y me has pedido perdón, todo en una misma frase —se defendió él y, al tiempo que entrelazaba sus manos imitando a Alba, añadió—: Mi corazón necesita recuperarse. Dame un minuto, *porfa*.

Ella volvió a sacudir la cabeza. Miraba hacia la bahía, pero sus músculos faciales se habían relajado en algo que se pareció mucho a una sonrisa.

Pau se tomó varios instantes antes de volver a hablar. Estaba en shock, sus músculos se habían convertido en chicle y su cerebro, inundado de endorfinas, se negaba a pensar.

—Lamento todo lo que ha sucedido, Tina. Desde esas fotos hasta la imperdonable intromisión de mi familia y mi más imperdonable aceptación de que lo hicieran. Sé que no es excusa, pero me tomó desprevenido y cuando quise darme cuenta estaba hecho... Lo siento, de verdad. No volverá a repetirse.

Tina lo miró brevemente, pero enseguida sus ojos regresaron al paisaje. Sentir que las aguas volvían a su cauce, que la tormenta que bramaba furiosa en su interior desde hacía tres días empezaba a amainar, le hizo comprender que nunca se había sentido tan a la deriva. Era una emoción que no sabía cómo manejar.

Pau no lo dudó. Que ella estuviera dándole la oportunidad de enderezar las cosas, era un regalo que no pensaba desaprovechar.

—Para mí eras la amiga de mi sobrina que no me soportaba. No exististe hasta que... De pronto, caí en la cuenta de que tenía que estar ciego o idiota *o las dos cosas a la vez*, para que alguien tan absolutamente alucinante como tú me hubiera pasado inadvertido tanto tiempo.... Podría adornarlo. O decirte que ojalá fuera diferente, pero no quiero cambiar eso. No quiero cambiar nada. Hacerlo implicaría quitar a Alba de la ecuación y ella lo es todo para mí. Pero sí quiero que sepas que desde el minuto que empezaste

a existir, te has convertido en alguien fundamental en mi vida y lo que más deseo es que sigamos juntos. Mira, Tina... Da igual lo que haga su madre, dan igual esas fotos y lo que digan los abogados o mis padres; sucederá lo que tú quieras que suceda. Y si tengo que seguir peleando en los tribunales por conservar a Alba, que así sea. Eres la mujer de mi vida y haré lo que sea necesario para que quieras seguir estando a mi lado. Ahora y siempre. Tienes mi palabra.

Un estremecimiento recorrió a Tina de la cabeza a los pies.

*Y era palabra de Pau Estellés, pensó, el que siempre consigue todo lo que se propone, y no una promesa cualquiera; la promesa.*

Hacía un buen rato que forcejeaba con sus emociones y ya no sabía quién controlaba a quién. Su cautela natural saltó al ruedo, extremadamente precavida como siempre; Tina se limitó a asentir sin apartar sus ojos del paisaje.

Para Pau fue más que suficiente. Apretó los párpados y dejó caer la cabeza.

—Dios mío... —Soltó un suspiro de alivio—. Gracias, preciosa. Me has devuelto la vida.

\* \* \* \* \*

Aunque la pareja se había despedido sin acercamientos físicos ni planes, el cambio radical en el talante de Pau convenció a la familia de que la tormenta había pasado o, como mínimo, de que había empezado a clarear en un rincón del firmamento. Él se limitó a ignorar las miradas pícaras y no hizo comentario alguno. Interiormente, se moría de ganas de ver a Tina. Tanto,



que incluso había estado a punto de llamarla.

“Sin presiones”, se recordó tras volver a guardar su móvil.

El restaurante, que siempre estaba completo, aquella noche lucía una algarabía especial gracias a la celebración de cumpleaños de una vieja familia de la isla a quienes sus hijos habían llevado a cenar a su restaurante favorito. Eso había provocado un ajetreo un tanto particular, ya que los dos camareros asignados a la atención de la mesa, lucían unos primorosos sombreritos de cumpleaños. A la familia le había encantado el detalle y las bromas del resto de la plantilla a cuenta del pompón que decoraba el bonete de sus compañeros de trabajo, habían contagiado el ánimo festivo al resto de los comensales.

Como era habitual, la familia de Pau al completo se había dado cita allí aquella noche. Esperaban en la barra con sus bebidas mientras un camarero preparaba la misma mesa que casi cada día los reunía para cenar todos juntos. Los últimos en llegar habían sido Dylan y Andy y la pregunta de si Tina haría acto de presencia flotaba en la mirada de todos aunque nadie parecía querer ser el primero en decirlo.

—Si estamos todos, podemos pedirle a Ciro que marche los primeros, ¿no? —sugirió Francesc. Pau estaba hablando por teléfono, pero seguía interesado los comentarios de su familia al respecto.

—No estamos todos. Falta Tina —intervino Anna.

—Ayer no vino y anteayer tampoco. ¿Qué te hace pensar que hoy vendrá? —dijo Roser, recibiendo por parte de sus dos hermanas una mirada de “cállate ya”.

—¿Seguía en clase o ya ha acabado? —preguntó Neus, dirigiéndose a Andy.

Ni uno ni lo otro. No había vuelto a verla desde que había ido a devolverle la moto.

—No lo sé. No vengo del gimnasio.

—¿Y por qué no la llamamos y se lo preguntamos? —terció Danny—. Me muero de hambre.

—Nada de llamarla —intervino Pau después de cubrir el auricular con la mano—. Andy, por favor, ¿te ocupas de darle la comanda a Ciro?

—¡A la orden! —exclamó ella alegremente. Tomó una servilleta y un bolígrafo—. A ver, familia, esta noche soy vuestra camarera, así que echad un vistazo al menú y contadme qué os apetece cenar.

Aprovechando que todos miraban la carta, Dylan le indicó a Andy con

un dedo que se acercara.

—¿Ya lo sabes? Dime, calvorotas.

Él se inclinó para hablarle al oído. Andy comenzó a sonreír tan pronto vio su movimiento.

—Te quiero comer a ti. Lo que no acabo de decidir es si de primero o de postre —murmuró. Y mientras su aliento se ocupaba de derretir a Andy por arriba, una de sus manos hacía lo propio por abajo, insinuándose con descaro sobre su trasero.

Andy comprobó disimuladamente que nadie les prestaba atención y cuando estuvo segura, puso su mano sobre la Dylan, guiando los movimientos.

—¡Qué recuerdos! —susurró él trayendo a colación aquel día en el MidWay, cuando la mano dominante y el trasero en cuestión eran los suyos.

Ella asintió, su mirada cargada de picardía.

—La recomendación del chef es que me reserves para el postre.

—¿Sí? —preguntó él, ilusionado. Después de dos días a dieta por cuestiones femeninas, aquello le parecía un notición.

Andy volvió a asentir.

—Hoy estoy tan buena que seguro que repites —susurró, riendo.

Dylan le pasó un brazo alrededor del cuello y la atrajo hacia él. Sus labios le acariciaron la frente en algo que estuvo a mitad de camino entre un arranque apasionado y un ataque de ternura.

—Tú siempre estás buena —concedió.

\* \* \* \* \*

Su familia ya estaba reunida en la mesa junto a la ventana. Pau

empezaba a desesperarse pensando que quizás le tocaría esperar un día más para poder volver a ver a Tina, cuando ella al fin apareció acaparando miradas con el cabello suelto y vestida de calle.

Estaba preciosa, pensó Pau. Y estaba allí, en su territorio. Lo cual confirmaba que la tormenta era historia del pasado y él volvía a ser un hombre feliz.

—Dichosos los ojos que te ven... —la saludó Jaume, haciéndole un guiño a Anna.

—Con el pedazo de mujer que tienes sentada al lado, no entiendo por qué tus ojos se alegran tanto de verme —repuso la entrenadora con sorna. Suavizó el efecto coronando sus palabras con una ligera sonrisa.

—Era una forma de hablar... Es que llevábamos unos días sin verte por aquí —intervino Neus, que en su caso no le perdía pisada a las reacciones de su único hermano varón.

Él, detrás de la barra, hablaba por teléfono mientras seguía con la vista la interacción de su familia con Tina. En el momento en el que la mirada de la entrenadora se cruzó con la suya, le hizo un guiño que ella le devolvió. Sin grandes efusividades, sin sonrisas radiantes, pero allí estaba.

—¡Tina, Tina, Tina! —Los gritos de Alba, que venía del baño de la mano de Andy, atrajeron la atención de todos. La niña corrió al encuentro de la entrenadora.

—¿Pero dónde estabas tú? Hoy no has venido a verme... —le dijo, levantándola en brazos después de darle un beso en cada mejilla.

—Es que papi estaba muy ocupado, y como esta mañana se enfadó un poquito conmigo...

Pau notó que Tina lo miraba pero no estaba lo bastante cerca para oír la conversación que mantenía con su hija, así que se limitó a sonreír.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué se enfadó contigo?

—Tú sabes por qué... —repuso la pequeña con picardía.

Las risas arreciaron.

—Si papá se enfadó contigo, no puede tener que ver conmigo... A ver, cuéntame, ¿qué le hiciste?

—No sabía qué ponerme y papá tenía prisa... Cuando vino a buscarme, yo estaba a medio vestir —dijo cubriéndose el rostro con una mano y mirándola con picardía por encima de uno de sus deditos.

—¿Se enfadó porque no estabas lista?

La niña asintió con la cabeza varias veces.

—Bueno, ya sabes cómo son los hombres, no entienden de estas cosas... Para una chica es muy importante ir conjuntada —aseguró Tina, siguiéndole la corriente.

—¿Lo veis? —dijo Alba mirándolos a todos—. Es lo que yo digo, pero como soy una niña...

Sin poder parar de reír ante sus ocurrencias, la entrenadora volvió a dejar a la pequeña en el suelo y ocupó una de las sillas vacías. El momento cómico continuó cuando Alba siguió explicándole lo enfadado que estaba su padre al exigirle que se decidiera “ya” y también lo rápido que se le había pasado al ponerle carita de pena.

Tina podía imaginar la situación. Ver a Pau con Alba le recordaba su propia niñez. Ron Murphy no era un hombre tan seguro de sí mismo como el menorquín, pero los dos tenían algo en común; la tremenda dulzura que emanaba de ellos.

En aquel momento, vio que Pau se dirigía hacia donde estaba ella y decidió aprovechar la ocasión.

—Así que papá se enfadó contigo... —comentó al tiempo que miraba a Pau—. Me cuesta creerlo. ¿Tu padre enfadado? Si es un santo...

La mesa al completo explotó en carcajadas, espectáculo que el menorquín contempló con alivio ya que era una prueba más de que la normalidad regresaba a su vida. Y mientras Alba se abrazaba a sus piernas en uno de sus típicos gestos de cariño, él soportó estoicamente haberse convertido (otra vez) en el centro de las bromas.

Al fin, ocupó la silla contigua a Tina, apetitosos platos comenzaron a cubrir la mesa y poco a poco la vida volvió a ser como antes; rodeado de la gente que amaba, viendo a su hija sentada sobre las piernas de su abuelo, y no a través de una pantalla de ordenador como había sucedido los últimos años. Disfrutar de una buena cena en la mejor compañía del mundo para él, su familia. Era perfecto.

*O casi.*

En su interior, las ganas de tener a Tina para él solo crecían imparables a pesar de saber que, probablemente, eso tardaría un poco en suceder. La tormenta había sido apoteósica y todavía estaba pendiente de hacer el recuento de daños. Todo lo cual no impedía en absoluto que estuviera dispuesto a pactar con el mismísimo diablo por un rato con ella. Un rato para poder mirarla a placer sin preocuparse de curiosos y bromistas. Para dejarse llevar y besarla.

Un rato para hacerle el amor y calmar, aunque fuera un poco, la imperiosa necesidad de ella que lo ahogaba desde hacía tres interminables días.

Dios, se dijo, tenía que pensar en otra cosa *ya mismo*.

—¿Has probado esta empanada? ¡Madre mía, las recetas de Ciro cada vez son más buenas! —comentó. Recogió un trocito con el tenedor y se lo ofreció a Tina.

La entrenadora miró el cubierto y luego a él.

—Sé comer solita desde los dos años.

La que se echó a reír primero fue Alba. Los demás, la siguieron casi al mismo tiempo.

—¡Mira, como hace conmigo! —festejó la pequeña.

—Es cierto, siempre lo hace —intervino Neus, risueña.

—Ya me ha tocado otra vez. —El tono de Pau había sido de resignación, pero su sonrisa mostraba a las claras que la observación no le había molestado en absoluto. En su opinión, ser hombre no estaba reñido con mimar a las personas que amaba.

—¡Es verdad! —exclamó Anna—. Siempre le estás dando de comer...

—A ver, señoras, no es que le esté dando de comer... Le doy a probar algo. Es un gesto de cariño.

—Así que es un gesto de cariño... —comentó la entrenadora, mientras él seguía con el tenedor en la mano, esperando a que ella aceptara el bocado.

—Claro. —Los ojos de Pau la acariciaron con la mirada.

Tina tomó el tenedor de sus manos y se lo llevó a la boca. Masticó sin dejar de mirarlo risueña, indicando mediante gestos que, en efecto, se trataba de un bocado apetitoso. Cuando acabó, le devolvió el tenedor y en el momento que sus manos quedaron libres, para sorpresa de todos, tomó el rostro de Pau y depositó un beso sobre sus labios.

—Esto también es una muestra de cariño —le dijo—. Estaba buenísimo, gracias.

Pau permaneció inmóvil, sorprendido, emocionado, enamorado... Con una sonrisa en los labios y los ojos llenos de chispitas. Al fin, exhaló un suspiro.

—Un placer —respondió, risueño.

—¡Jaaaaá! —celebró Alba hecha un par de castañuelas—. ¡Le ha dado un besito, le ha dado un besito!

Y la algarabía se adueñó de la mesa ante aquel signo inequívoco de que

la tormenta había pasado y el sol volvía a brillar en la vida de la pareja.

Sábado 17 de abril de 2010, pasada la medianoche.  
Restaurante Sa Badia,  
Ciudadela, Menorca.

Hacía rato que la familia se había marchado, llevándose a Alba. En esta ocasión, a Pau le había costado convencerla de que ya era hora de irse a la cama. El beso de Tina había desencadenado en la pequeña un ataque de excitación y no había parado de hablar, de bromear con los camareros, y de acaparar a la pareja cada vez que se acercaba a la mesa. Mientras Tina apuraba el único café que se había permitido aquel día, los camareros seguían ordenado los salones y desde la cocina llegaba el ruido del personal disponiéndolo todo para el comienzo de la nueva jornada laboral al día siguiente.

Pau se despidió del último cliente y se dirigió hacia la mesa junto a la ventana con una sonrisa. Se dejó caer en la silla que había junto a Tina al tiempo que estiraba sus largas piernas.

—Dios... Vaya día —dijo lanzando un suspiro. Se echó el cabello hacia atrás con las dos manos bajo la atenta mirada de Tina que, desde que había vuelto a poder mirarlo sin desear matarlo, se estaba sirviendo a discreción.

—Vaya tres días, querrás decir.

Pau la miró y su sonrisa ladeada empezó a derretirla por sectores mucho antes de que su dulzura volviera a tomar la palabra.

—Lo hemos pasado mal, ¿eh?

Tina sacudió la cabeza levemente, asombrada. Ni siquiera entonces, que ya debía estar seguro de que habían superado el bache, él se permitía bromear al respecto. Era como un gran terrón de azúcar con piernas.

—Razones no nos han faltado.

—Te diría que ha sido algo excepcional —admitió, al tiempo que la miraba directamente a los ojos—, pero desde nuestro pacto de sinceridad absoluta, no puedo mentirte: es muy posible que ella siga dando por saco.

Lo verdaderamente excepcional era él, pensó Tina. Su tolerancia, la infinita paciencia de que había hecho gala ante su explosión de furia, incluso su determinación de no quedar atrapado en la espiral de odio entre ex-cónyuges... Y allí estaba, disculpándose por la ponzoña que dejaba a su paso la mujer que le había destrozado la vida y a quien él se refería, simplemente, como “ella”.

—Me gusta tu método, Pau. —El rostro del menorquín se tornó interrogante—. No hablas mal de tu ex mujer, pero ni siquiera la llamas por su nombre. Siempre es “ella” o “la madre de Alba”, ni siquiera “mi ex” como dice todo el mundo. Seguro que la mitad de las veces querrías estrangularla, pero supongo que esta es tu forma de desquitarte; reduciéndola a la nada, a alguien sin nombre ni conexión directa contigo.

Pau no pudo evitar pensar lo bien calado que ella lo tenía. En efecto, esa había sido su primera respuesta al dolor y a la humillación. Seis años después era un reflejo de lo que la madre de su hija representaba en su vida. Ni más ni menos.

—Ella no me importa, pero Alba sí.

Tina asintió enfáticamente.

—Eso está clarísimo.



Tras unos instantes en silencio, Pau volvió a mirarla.

—Se ha dado cuenta de que algo pasaba entre nosotros. Intenté capear el temporal lo mejor que pude, pero...

—*Se dio cuenta*. Anteayer, en el entrenamiento, se dedicó a venderte todo el tiempo. Diciéndome que a pesar de tu genio, *eres buenísimo*. —Una sonrisa de padre orgulloso iluminó el rostro del menorquín—. Sí, es tu admiradora número uno. Estaba preocupada, pobrecilla.

—Es que es muy inteligente, muy intuitiva... Te juro que intenté ponerle al mal tiempo buena cara, pero está claro que no lo conseguí.

—Es normal, no te castigues por eso.

—Pero me hace sentir tan culpable...

—Mira, adoro a mi padre, y te puedo asegurar que durante varios años después de enviudar, no fue lo que se dice un padre ideal... Pero yo todo lo que notaba entonces era que él estaba triste y lo único que pensaba era en alegrarlo. Seguro que a Alba le sucede igual. Es más, creo que en tu caso le ha venido bien ver tu lado sensible... Eres un hombre fuerte y es bueno que ella haya podido comprobar que también sufres como el resto de los mortales...

Pau no estaba muy de acuerdo con eso. Aunque nunca lo hubiera admitido en voz alta, deseaba lo que la mayoría de los padres; ser un superhéroe para su hija. Alguien todopoderoso junto a quien se sintiera a salvo, no solo amada.

Pero ya habría tiempo de disentir, ahora era el momento de seguir acercando posiciones.

—¿Y qué hay de ti, entrenadora? ¿También te ha venido bien ver mi lado vulnerable?

Cuando Tina lo miraba vulnerabilidad era lo último que le venía a la mente.

—Sigues siendo el hombre más fuerte que conozco.

—Viniendo de ti es todo un cumplido.

—No, es simplemente un reconocimiento de los hechos. Esperaba la reacción de un hombre fuerte porque lo eres. En cambio, no esperaba ni tu paciencia ni tu ternura. Y esto sí que es un cumplido.

Una sonrisa inmensa iluminó el rostro del menorquín, que ya no pudo aguantar más y se estiró a besarle una mejilla, tomándola por sorpresa.

—Gracias, preciosa.

—Cuidado que las paredes tienen ojos...

—Si no se han quedado ciegos con el beso que me diste antes... — bromeó él.

La pareja intercambió miradas con mensaje. La tensión de los últimos cuatro días se diluía con rapidez y casi volvían a ser los mismos. Para Tina eso significaba que había llegado la hora de retomar los temas serios.

—Bueno, ¿y qué recomienda la liga de defensores de Alba Estellés? Me largué de la reunión antes de que tu picapleitos pudiera justificar que se gana a conciencia el pastón que le pagas, así que dime, ¿con qué gran idea os deslumbró?

Pau sacudió la cabeza risueño. ¿Había dicho ya que esa mujer le encantaba de los pies a la cabeza?

—Eso da igual, Tina. No será lo que ellos recomienden, sino lo que tú quieras.

Las dos cejas de la entrenadora se elevaron al mismo tiempo. Sus ojos lo miraron con una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Lo dices en serio?

—¿Creías que esta tarde bromeaba? Hablaba totalmente en serio.

Tina hizo un gesto de aprobación con la boca.

—Una prueba más de lo listo que eres. Porque ahora has dejado la pelota en mi tejado, y con lo que me gusta jugar...

Él le ofreció una sonrisa ladeada.

—Gracias, pero esa no ha sido mi intención.

—¿Ah, no?

Pau negó con la cabeza. Tuvo que sonreír ante la mirada de “¿esperas que me lo crea?” que iluminaba el rostro femenino volviéndolo aún más hermoso.

—Ese día dijiste que ella sigue controlando mi vida y por extensión la tuya, y, consideraciones al margen, que no vienen al caso ahora, no pienso permitir que nadie interfiera en nuestra relación. En otras palabras, en lo que tenga que ver conmigo, tus decisiones serán libres, sin condicionamientos de ninguna clase.

—Ese día dije muchas cosas. Pero creo recordar que me disculpé por ello, ¿o lo he soñado? No necesito que protejas mi libre albedrío, Pau, y espero que a estas alturas tengas claro que no estaría aquí sentada si no creyera que lo nuestro merece la pena, ¿nos entendemos?

Los ojos masculinos recorrieron aquel rostro de rasgos exóticos destilando una mezcla explosiva de sentimientos y emociones; amor, respeto,

admiración, deseo... Estaba irremediablemente perdido si aquella increíble mujer conseguía que hasta la sequedad de sus últimas palabras fueran el equivalente a una larga y cálida caricia sobre la espalda. Una caricia que reflotó su necesidad de ella, poniéndolo tenso en un instante.

Tina acusó recibo con un intenso estremecimiento. Ya no quedaba rastro de la furia que la había mantenido en vilo y todo su ser despertaba a lo bestia con un hambre voraz de él. Pero aún había cuestiones que zanjar y tocaba usar la lengua para hablar, antes de permitirle ocuparse de menesteres más placenteros.

—¿Quieres follarme?

Pau se quedó cortado. Principalmente, porque en su mente ya había aceptado la invitación y se estaba poniendo las botas. Un instante después, se dio cuenta de que su rostro tenía que ser un fiel reflejo de lo muchísimo que lo excitaban esas formas directas, sin ninguna clase de adornos, de las que ella echaba mano para volver a llevarlo a su terreno.

—Me has pillado —concedió con una sonrisa juguetona con la que intentó enmascarar el subidón que tenía en el cuerpo.

Tina asintió desafiante.

—Entonces, échale huevos —sentenció. A continuación, apoyó los codos sobre la mesa y permaneció mirándolo con total atención.

No se trataba de una cuestión de valor y los dos lo sabían. Pau sacudió la cabeza ante otra constatación más de lo bien que esa mujer lo conocía. Era el soltero más codiciado del lugar; lo último que quería era a sus abogados metiendo baza en la primera relación seria que mantenía desde su divorcio. La cuestión era que sus abogados *ya habían metido baza*, y ahora tocaba apechugar con las consecuencias. Quizás, se animó, teniendo en cuenta lo bien que se les daba jugar, no resultara patético. Puede que hasta fuera divertido. En todo caso, quedaba claro que era el paso previo imprescindible para poder encerrarse con ella en un rincón solitario y tirar la llave.

Pau respiró hondo. Había llegado el momento de “echarle huevos”.

—Es dudoso que ella pueda sacar partido de esas fotos, pero lo intentará —empezó a decir—. Eso no podemos evitarlo. Lo que podemos intentar es darle la vuelta al sentido de esas fotos. Si damos a entender que no eres una mujer de tantas, sino LA mujer. —Carraspeó—. Ya sabes, alguien “oficial” en mi vida, entonces sus acusaciones perderían fuerza.

Tina puso su mejor cara de póquer.

—¿A qué te refieres por “dar a entender”?

No había una forma diplomática de expresarlo, de modo que Pau lo dijo sin rodeos.

—A fingir que eres mi prometida haciendo un anuncio en la prensa local y que tu mano muestre alguna joya conmemorativa para acallar las malas lenguas. —Y aunque la miró con seguridad, interiormente, todo su amor propio se retorció de dolor. Pensó en cómo se las arreglaría para soportar sus burlas sin delatarse y ninguna respuesta acudió a su mente.

—Vaya... —fue todo lo que salió de la boca de Tina.

El menorquín maldijo para sí. Aquel era justamente uno de esos momentos en los que deseaba estrangular a la madre de Alba. Por ponerlo contra las cuerdas frente a la única mujer que quería en su vida, la única que había conseguido hacerle desear volver a formar una familia. Deseaba intensamente el compromiso, el anillo, un futuro juntos, pero no de esa manera y eso fue lo que mostraban sus ojos cuando la miraron. Ella, sin embargo, tenía su atención puesta en la taza de café vacía que hacía girar sobre el platillo, y no lo vio. El panorama por su mente no era tan terrible como Pau creía. Lo había oído hablando con su padre en la oficina, de modo que las recomendaciones no eran una novedad para ella. Solo estaba intentando calibrar su propio nivel de resistencia ante la idea de tener que prestarse a un engaño para evitar males mayores. Descubrió que una parte de ella aún se rebelaba, pero ahora esa parte estaba en clara minoría.

—Anuncio y anillo, ¿algo más? —dijo al fin.

Pau sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Acaso el muro estaba cediendo? No lo había esperado. Ya le parecía una concesión inmensa que ella no se hubiera largado de regreso a Londres al comprobar de qué forma tan retorcida su privacidad y su independencia habían dejado de pertenecerle.

—Bueno, si por ellos fuera, no pararían hasta el acta de matrimonio, pero no. Creo que un anuncio en la prensa será suficiente. De hecho, yo hasta prescindiría del anillo.

Tina lo miró con un punto de humor que devolvió la sonrisa al rostro de los dos.

—¿No quieres volver a llevar anillos?

—Eres tú la que no quiere.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque te conozco, Tina. Por Dios, vaya pregunta...

—No me conoces tanto como crees —y al ver que él asentía con la cabeza llevándole la contraria, insistió—: *No me conoces tanto como crees.*

Pau se cruzó de brazos y la miró desafiante.

—¿Llevarías mi anillo?

Tina tuvo que sonreír. Pau seguía demostrando que era un gran contrincante ante el cual no podía permitirse bajar la guardia. Tenía que estar concentrada a fondo porque él siempre aprovechaba hasta la más pequeña ventaja.

Y eso le encantaba.

—Me has pillado —concedió. Los dos rieron—. Vale, a ver... El compromiso es de los dos, así que no se me cruzaría por la cabeza llevar el anillo de mi prometido si él no lleva uno mío. —La sonrisa de Pau dio dos vueltas completas al planeta—. Dicho esto, en mi profesión las joyas son peligrosas y me acostumbé a no usarlas. *Pero*, y que quede claro que sería algo excepcional, si llevarlo ayuda a acallar a las malas lenguas, lo aceptaría.

La cara del menorquín era un poema. De creer haber estado a punto de perderla, a tenerla a un tris de aceptar un compromiso, por más fingido que fuera. Tenía que esforzarse para no saltar encima de la mesa y ponerse a bailar.

—Hombre, ayudar ayudaría, pero tampoco quiero que te sacrifiques tanto...

Los dos sonrieron. Y los dos sacudieron la cabeza al comprender que seguían como de costumbre, desafiándose hasta el último segundo.

—Qué considerado de tu parte, Pau. Bueno, en ese caso un comunicado de prensa bastará.

—Perfecto —dijo él con una gran sonrisa. Mentalmente, por supuesto, ya estaba en la joyería más exclusiva de Menorca seleccionando dos anillos a la altura del gran acontecimiento.

El sonido de las persianas cerrándose interrumpió el momento y Pau echó un vistazo alrededor justo en el momento que el nuevo jefe de sala se despedía con un gesto de la mano.

Pau le ofreció una sonrisa.

—¿Listo?

—Sí, solo quedo yo... Bueno, aparte de usted y la señorita, pero ya me marcho. Hasta mañana.

Le sorprendió comprobar lo concentrado en Tina que había estado para ni siquiera darse cuenta de que el personal se había marchado, pero enseguida se rió de sí mismo; ella siempre capturaba su atención, aislándolo del mundo entero.

—Gracias. Buenas noches —repuso.

Muy pronto se escuchó la puerta de servicio y la pareja intercambió miradas divertidas.

—Solos —dijo él coronando la única palabra que había pronunciado con un sensual movimiento de las cejas.

—¡Al fin! —apuntó ella y una sonrisa pícaro asomó a su rostro en cuanto el pensamiento atravesó su mente—. Podríamos asaltar la cocina, ahora que la tenemos toda para nosotros, ¿no? ¡Tengo un hambre...!

Pau ya se había levantado de su asiento y la estaba ayudando a ponerse de pie.

—Ven aquí —dijo fundiéndose en un abrazo con ella—. Hambre te voy a dar a ti...

Tina respondió al contacto con la misma intensidad y los dos exhalaban un suspiro.

—Entiéndeme, el enfado no me deja comer y después de cuatro días caminando por las paredes, podría comerme una vaca yo solita.

Él dejó de besarle el cuello y la miró con desesperación. Por Dios, no lo diría en serio, ¿no?

Tina se deshizo del abrazo masculino ante su cara estupefacta.

—¡Qué susto, ¿eh?! Como tuvieras que ponerte el delantal de cocina ahora que tu cuerpo te ha dejado en evidencia... —lo azuzó, y tronchándose de risa empezó a alejarse camino del despacho.

La sonrisa regresó al rostro del menorquín junto a unas ganas tremendas de que diera comienzo la fiesta. La siguió a corta distancia, deleitándose con anticipación en la belleza de ese cuerpo que muy pronto estaría desnudo debajo del suyo.

—¿De qué evidencia hablas, preciosa? Soy rápido para los negocios, pero no tanto. ¡No me has dado tiempo!

—¿Ah, no? —Y a la pregunta, siguió su mano.

Habían llegado junto a la puerta del despacho y ella se había detenido para verificar personalmente si lo que decía era cierto.

Pau contuvo el aliento. La insinuante presión de sus dedos, el calor de su mano... Dios, llevaba cuatro días sin ella y no conseguía explicarse cómo había sobrevivido a semejante tormento.

—Mentiroso —susurró Tina. Sin dejar de mirarlo, coló su mano dentro de los pantalones, piel contra piel. Sonrió desafiante ante el tamaño del embuste—. *Muy mentiroso.*

Lo enloquecían sus juegos, sus desafíos, su descaro... Todo en Tina lo hacía volver veinte años atrás en el tiempo, a esa época de emociones intensas y locuras despreocupadas. A esa época en la que crees que todo lo puedes porque el presente y el futuro te pertenecen. Todopoderoso; así se sentía a su lado.

Pau exhaló un suspiro ardiente y la empujó contra la pared con su propio cuerpo. Apoyó las manos sobre el muro a cada lado de Tina, formando un cerco.

—Eres la mujer de mi vida y siempre, *siempre*, las cosas serán como tú quieras que sean.

Tina tuvo serios problemas para mantenerse en pie. Todo su cuerpo acababa de convertirse en una crema blandita y pegajosa. Tal era el efecto que tenía en ella el individuo guapísimo que había militado de príncipe azul durante más tiempo del que podía recordar y ahora acababa de auto coronarse rey en el planeta personal de Martina Murphy. Para ella nunca había habido nadie más. Ni lo habría.

Intentó que la atención masculina se fijara en su sonrisa, desafiante cómo no, porque sabía que el cóctel de emociones que le hacía temblar las rodillas se reflejaría en sus ojos, tan intenso y alocado como era.

No lo consiguió.

Él se regodeó en aquellos brillantes ojos negros y en el millón de mensajes silenciosos que lanzaban. Eran pura poesía viniendo de alguien tan poco dado a confesiones románticas.

Tina soportó estoicamente su mirada, su sonrisa al darse cuenta de lo afectada que estaba, su ternura que nunca lo abandonaba, ni siquiera en los momentos calientes. De haberse sentido capaz de hablar sin que la emoción le quebrara la voz, lo habría hecho. Seguía teniendo tanto que decirle...

En aquel momento, él la liberó del cerco de sus brazos y tomó su rostro con las dos manos. Tina se estremeció entera. Tragó saliva cuando él se inclinó sobre ella.

—Gracias... —murmuró Pau—. Yo también te adoro, preciosa.

Y sus labios rodearon suavemente la boca femenina, que se abrió al instante recibiendo aquel beso que los dos deseaban tanto.

Viernes 23 de abril de 2010, por la mañana temprano.  
Despacho de Pau Estellés.  
Restaurante Sa Badia,  
Ciudadela, Menorca.

—Bueno, nosotras nos vamos, ¿eh, Alba? —dijo Lucía tomando de la mano a su nieta.

—¡Síiii, vamos, vamos!

La niña corrió a darle un beso a su padre y cuando él quiso darse cuenta ella ya estaba en el quicio de la puerta.

—Oye, oye, no tan rápido —se quejó el interesado y vio cómo su pequeña regresaba y le plantaba un sonoro beso en la mejilla—. Vale, esto esta mejor.



—¿Y para el abuelo no hay nada? —intervino Francesc, que al ver la expresión de pura impaciencia en la cara de su nieta se echó a reír.

Alba volvió sobre sus pasos por segunda vez y tomó el rostro de su abuelo entre las manos. Lo besó una y otra vez al tiempo que decía:

—Este para la mañana, este para la hora de la comida y este para la merienda. ¡No hay más besos hasta la hora de la cena! —anunció, risueña y al pasar junto a su abuela, tiró de su mano—. ¡Vámonos, *abu*, antes de que pidan algo más!

Lucía le acarició la cabeza cariñosamente. Miró a su hijo con picardía.

—Tienes mucho que hacer hoy. Si quieres también puedo ir a recogerla al colegio. Creo que acabaré a tiempo.

Francesc contuvo una sonrisa y bajó la cabeza, interesado en quitarse una imaginaria pelusa del pantalón.

Pau ignoró la picardía de su madre -exactamente igual que venía haciendo desde había anunciado que Tina había dado luz verde a que se publicara en la prensa el anuncio de su compromiso-, y negó con la cabeza.

Para ella no fue una sorpresa en absoluto, ni que se hiciera el desentendido ni que declinara su ofrecimiento. Desde que Andy había abierto su gimnasio, y más concretamente, desde que Tina estaba en la isla, no había forma de arrancar a la niña de allí. Cuando no estaba en la escuela, estaba con la prima Andy. Pau decía que no le importaba, pero Lucía sabía que no era así y la forma en que él monopolizaba hasta la más pequeña ocasión de tenerla para sí era una prueba de ello.

—Gracias, madre, yo me ocupo —y mirando a su hija, añadió—. Te recojo a las cinco, *peque*.

La niña asintió feliz y empezó a despedirse al tiempo que tiraba de su abuela.

—¡Adiós, adiós...Vamos, *abu*, vengaaaaaa!

—Ya voy, ya voy —se rió Lucía—. No corras, que me vas a hacer caer...

Cuando quedaron a solas, Francesc volvió a poner la atención en Pau. Firmaba órdenes de compra, apartando las que le suscitaban dudas en una prolija pila a un costado de su mesa. Hacía parecer que era una mañana como cualquier otra, pero él sabía perfectamente que eso distaba mucho de la realidad. Al día siguiente, Menorca amanecería con la noticia de que su soltero de oro había dejado de serlo; aquel no era un día corriente.

—Tu asistente me ha dicho que como el lunes no le lleve un trozo de

vuestra tarta, me vuelvo de vacío —comentó, en un intento de pincharlo a ver si soltaba algo.

Desde que se había retirado y ante la negativa de Pau de incorporarse a la sede de la empresa en Mahón, era Francesc quien se ocupaba de hacer las veces de valija diplomática.

—Es tu asistente, padre, no la mía.

—Es la asistente de presidencia y el presidente eres tú.

Pau le echó una mirada con mensaje y continuó firmando documentos sin hacer comentarios.

Vale, primer intento fallido. Vamos con el segundo, pensó Francesc.

—¿Sabemos algo de tu ex?

Lo último que le apetecía era hablar de ese tema, así que Pau se limitó a negar con la cabeza y continuó atento a los papeles.

—No soy adivino todavía. ¿Qué gesto es ese? ¿Significa un “no, no sabemos nada” o un “no, ha vuelto a enroscarse en su rama, a la espera de la siguiente ocasión”?

Pau miró a su padre. Sus ojos brillantes denotaban cuánto le calentaba la sangre esa forma despectiva que usaba para referirse a ella.

—Te agradecería que te mordieras la lengua, padre. Si yo puedo a hacerlo, seguro que tú también. No quiero imaginar lo que sucedería si algún día se te escapa algo así delante de Alba... —Francesc no se disculpó, pero apartó la vista—. Albert habló ayer con su abogado. Ella no ha vuelto a llamarlo.

Francesc asintió aliviado.

—A partir de mañana, ya no podrá hacer nada con esas fotos. Muy bien.

Pau continuó a lo que estaba sin hacer más comentarios.

—Aunque te diré que me sorprende bastante su reacción —continuó Francesc, pensativo—. No tiene ningún sentido pagarle a un sabueso si luego no vas a utilizar la información que te da.

—Si hubiera sido un detective, Tina no se habría enterado de que la seguían. Era un conocido, padre, y dudo que le pagara. Está sin blanca.

Como si el dinero fuera la única herramienta de cambio para esa víbora, pensó Francesc. Esta vez, le hizo caso a su hijo y se abstuvo de decirlo en voz alta.

De lo que no se abstuvo fue de ir al grano:

—Oye, si esperas que crea que estás aquí tan tranquilo como si no

pasara nada, no pierdas más el tiempo. Tina te ha hecho perder la cabeza y eres un romántico, Pau. Un romántico impenitente —se inclinó hacia adelante, buscando la mirada de su hijo—: sé positivamente que te traes algo entre manos. Al menos, hazme el favor de no negarlo.

Pau intentó mantener el tipo, pero su propia ilusión lo traicionó. Una sonrisa se abrió paso en su rostro sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—No lo niego —concedió.

Francesc se quedó esperando a que continuara, pero Pau no lo hizo.

—Digno hijo de tu padre; siempre te guardas un as en la manga...

Bueno, te diré que espero que sea una *gran* partida. Y que la ganes.

Padre e hijo se miraron sonrientes.

—Yo también —respondió.

\* \* \* \* \*

Más tarde, aquella misma mañana...

Restaurante Sa Badia,  
Ciudadela, Menorca.

No era algo que a Tina le apeteciera hacer, pero llevaba dos semanas posponiéndolo y sabía que Pau no lo dejaría estar. Más tarde o más temprano, él la enfrentaría al asunto y puestos a elegir, prefería ser quien eligiera el momento y la circunstancia. Y la de hoy era la idónea.

Hacía tiempo que él le había dado una llave de la puerta de servicio. El mensaje encerrado en la botella era que esperaba (ardientemente) que ella la

utilizara para sorprenderlo cualquier mañana, cuando estaba solo en el restaurante. Tina había aceptado la llave pero, hasta ahora solo la había utilizado una vez. En realidad, dos, pero de la primera él no había llegado a enterarse así que no contaba.

Entró procurando no hacer ruido y se dirigió al despacho. Reinaba el silencio y no pudo evitar pensar qué diferente parecía aquel lugar siempre atestado de clientes, cuando la cocina estaba cerrada y el personal aún no se había incorporado a su jornada. Se detuvo delante de la puerta y exhaló un suspiro silencioso; había llegado el momento. Golpeó dos veces con los nudillos, pero abrió la puerta sin esperar respuesta. Asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar?

La sonrisa de Pau le informó que era más que bienvenida. Él enseguida se levantó de su silla, rodeó la mesa y fue a reunirse con ella en el quicio de la puerta.

—Eso ni se pregunta —repuso al tiempo que le rodeaba la cintura con los brazos y le dejaba un beso tierno en el cuello y otro sobre los labios—. Dios, qué forma más fenomenal de empezar el día. Ven, justo pensaba en ir a por un buen café...

Ella aceptó la mano que le tendía y dejó que la guiara hasta la barra mientras conversaban.

—Además, estamos de suerte. He tenido que retrasar una cita así que soy todo tuyo durante la próxima media hora.

Tina le dedicó una mirada divertida.

—¿Solamente? Bueno, habrá que ponerse las pilas. —Sus ojos cargados de picardía le dieron un buen repaso—. En especial tú, quiero decir.

Él rió feliz, se inclinó a besarle la frente y pasó al otro lado de la barra, exultante. Tina se sentó en un taburete y vio cómo él se ponía manos a la obra. Alineó sobre la barra un bol con fresas, un brick de bebida de almendras y un frasco de cacao en polvo, y empezó a verter las dosis adecuadas de cada ingrediente dentro del vaso de la batidora mientras la miraba más feliz que unas pascuas.

Qué pena que ella estuviera a punto de hacer que se le atragantara la alegría. El rostro de Tina perdió la sonrisa y él, que lo notó al instante, continuó observándola atentamente.

—Club Le Clé, Londres. Primavera del '99. Sonia se había pasado con los daiquiris y empezó a sentirse mal. El baño de mujeres, para variar, era una verbena y la fila para los retretes salía hasta el pasillo. Nos metimos en el de

hombres. Olía peor que mal. Sonia se desvanecía y del único retrete utilizable salían ruidos raros que enseguida tuve claro a qué se debían. Así que mientras sostenía a tu sobrina con un brazo para que no acabara por los suelos, me puse a aporrear la puerta. Les amenacé con llamar a seguridad si no lo dejaban libre.

Tina hizo una pausa para mirar a Pau. Su preciosa sonrisa se había evaporado y la observaba en silencio con total atención. La entrenadora respiró hondo y continuó. Apartó la vista, ya que no se sentía con fuerzas para decir lo que tenía que decir mientras lo miraba.

—Había tres personas dentro: una mujer y dos hombres. A uno lo reconocí; era el gorila de la entrada. Hubo un cambio de palabras, luego un forcejeo, él me zarandeó y yo contraataqué. Al final, alguien intervino y el trío abandonó el lavabo soltando maldiciones. Cuando me di la vuelta buscando a Sonia, ella estaba tirada en el suelo en el medio de un corrillo de gente. Un tipo me ayudó a reanimarla y la metimos en el retrete. Se puso peor...

Otra pausa, esta vez más larga.

—Un rato después de que vomitara hasta la primera papilla, la dejé en el baño y fui a buscar algo que le asentara el estómago para poder irnos a casa. Estaba en la barra, esperando que me trajeran un Berocca<sup>3</sup>, cuando te vi. O más bien, te oí. Le gritabas al gorila —sacudió la cabeza con un gesto de incredulidad—, el tipo era un gigante macizo pero tú le empujabas hecho una furia mientras una mujer intentaba calmarte. Al final, ella también acabó cabreándose. Contigo, claro. No entendí lo que decía, aunque pude imaginármelo, pero te gritaba.

Tina alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Pau. Notó que había un algo extraño en su expresión que no supo definir.

—Era ella, la mujer del baño. Ese fin de semana, la llevaste a casa de tu hermana y se la presentaste a los Avery como tu novia. Yo me enteré días después cuando Anna me mostró las fotos de tu visita. Te casaste con ella unos meses más tarde y nadie supo nunca lo que sucedió en aquel lavabo, ni siquiera Sonia. Esta es la primera vez que se lo cuento a alguien. ¿Querías saber cómo la conocí? Ya lo sabes.

Lo que se reflejaba en el rostro del menorquín era indefinible porque así eran sus emociones. Un momento de rabia, otro de vergüenza, seguidos de otros de gran confusión mientras su mente recuperaba las vivencias de aquel día y tomaba conciencia de que sucesos como aquel se habían repetido en el

tiempo. “¡No lo he visto en mi vida, no seas paranoico!”, esa frase que Tina no había entendido era el caballito de batalla habitual de la madre de Alba. Casi siempre había alguien, un hombre, que a él le disparaba todas las alarmas. Momentos como aquel que solían acabar con una frase parecida, en la que ella era la víctima y él, el paranoico. Comprender que sus engaños no habían sido producto del desgaste conyugal, como tantas veces ella había reclamado, debería provocarle desazón. Como muy mínimo, vergüenza. Para su propia sorpresa, no fue ese el sentimiento dominante.

De pronto, solo podía pensar en la Tina adolescente dándose de bruces con aquel fiasco sentimental y en su propia imagen de príncipe azul caído en desgracia, explotando en millones de partículas diminutas frente a sus ojos.

Su rostro se contrajo en una expresión pesarosa cuando él extendió una mano y le acarició la mejilla.

—Dios, lo siento... Lo siento muchísimo, Tina...

Ella se quedó cortada. Mirándolo sin atinar a nada más. Sintiendo las suaves caricias de sus dedos sobre el rostro, la dulzura con la que se esforzaba por compensar el mal rato. Intentando cuadrar su reacción ante lo que ella había soltado por la boca que, era consciente, no había estado del todo exento de veneno. La ponzoña no iba dirigida a él, ya no, pero relatar lo sucedido había sido mucho más irritante de lo esperado. Esa mujer continuaba revolviéndole la sangre de una forma que nadie, ni siquiera él, podía imaginar.

Pero Pau había vuelto a sorprenderla. Era muy posible que la noticia de que ya ejercía de cornudo antes de casarse fuera nueva, que acabara de descubrirla con la consecuente vergüenza y la inevitable estocada a su amor propio. Sin embargo, lo que le dolía no era eso, sino que una jovencita amiga de su sobrina que entonces suspiraba por él, lo hubiera descubierto de esa forma.

—Y yo siento en el alma que tu primera vez en el amor haya sido tan desastrosa. Alguien como tú se merece lo mejor.

Él esbozó una leve sonrisa. Ocultó tras una muestra de cariño la emoción que se adueñó de él.

—Vaya... Eso que acabas de decirme es muy bonito, gracias — murmuró sobre los labios femeninos.

—Es la verdad.

Pau volvió a besarla. Ella parecía todavía afectada y él necesitaba volver a ver una sonrisa en su rostro. Lo necesitaba desesperadamente.

—Tengo una pregunta.

—Ni hablar. Te lo he contado, es lo que querías, pero no pienso volver a hablar del tema nunca más.

—Qué va... Mi pregunta es sobre ti, sobre la Tina de entonces... — Ella enarcó una ceja haciéndolo reír—. En serio, entrenadora, me muero por saber cómo consiguieron dos crías de diecisiete años que las dejaran entrar en un exclusivo club privado como ese.

—¿Bromeas? Lamento desilusionarte, pero mi afición por salir con tíos mayores que yo no es de ahora —repuso, haciéndose la interesante.

Él apoyó los codos sobre la barra interesadísimo.

—Guaaaaauuuuuu.... —exclamó, risueño—. Y digo yo... ¿puedo saber quién era el afortunado?

Ella permaneció mirándolo con una gran sonrisa durante un instante.

—No —repuso al fin, tan fresca.

Los dos se echaron a reír y el ambiente se distendió de inmediato.

—¿Estás bien? —Tina asintió con la cabeza—. Perfecto, porque hoy es un gran día, ¿recuerdas? Tu último día como mujer soltera y sin compromiso.

Al día siguiente, las páginas de sociedad de la prensa local recogerían la noticia del compromiso del empresario menorquín Pau Estellés con la atleta británica Martina Murphy.

—Es un compromiso de pega, solo un anuncio —se mofó—. En la vida real, yo seguiré siendo la misma soltera sin compromisos que soy hoy.

Pau volvió a ocuparse del batido de fresas con una sonrisa que no le entraba en la cara.

—Bueno, quién sabe —comentó—. Si he conseguido que aceptaras un compromiso de pega, estoy mucho más cerca de conseguir que aceptes uno de verdad, ¿no te parece?

Tina sonrió para sus adentros. Sin embargo, se aseguró de que su rostro se mostrara muy serio.

—Lo que estás es loco. Loco de atar.

Él depositó un gran vaso hasta el borde de batido frente a ella y se inclinó a robarle un último beso.

—Muy loco, sí —concedió—. Por ti.

Viernes 23 de abril de 2010, por la noche.  
Piso de soltera de Lucía Oriol Martí.  
Casco histórico de la ciudad.  
Ciudadela, Menorca.

Pau se detuvo frente a la puerta e hizo una pausa para comprobar que todo estaba en orden. Había escogido su indumentaria con especial cuidado, aunque, todo había que decirlo, el adolescente que vivía en él esperaba no tener que llevarla puesta mucho tiempo. Especialmente, después del intercambio de mensajes tan estimulantes que había mantenido con Tina las últimas dos horas.

Vestía un conjunto de pantalón y chaqueta sport color petróleo, y un jersey celeste con cuello henley<sup>4</sup>. Según Tina, era uno de los colores que más



lo favorecían.

Sacó la llave del bolsillo de su chaqueta, pero enseguida cambió de idea; en una muestra más de cuánto le divertían los juegos que se traía entre manos con Tina, volvió a guardarla y tocó el timbre.

Tina echó un vistazo alrededor para comprobar el estado del salón. A continuación, hizo otro tanto consigo misma. Había escogido un vestido corto entallado de color hueso y sandalias oscuras de tacón. Una hebilla de madera tallada sujetaba su largo cabello negro en una coleta alta. Apagó la luz, dejando la estancia iluminada por una colección de velas multicolores que había colocado aquí y allí, sobre las distintas superficies disponibles.

Se detuvo junto a la puerta y respiró hondo. Al fin, abrió, ofreciéndole una gran sonrisa al individuo guapísimo que se hallaba al otro lado. La luz del rellano le permitió volver a comprobar que Pau dominaba el arte de combinar elegancia y modernidad como nadie.

—*Guaaauuuu* —murmuró ella después de darle un buen repaso.

Tina no se había quedado atrás en elegancia y además, aquel precioso vestido que llevaba, realzaba su gran forma física. En su experta aunque nada objetiva opinión, era un bellezón y daba igual lo que se pusiera, pero hoy estaba impactante.

—*Guaaauuuu* —repuso él a su vez.

Los dos sonreían cuando él empujó suavemente la puerta hasta abrirla del todo. Una vez dentro, rodeó a Tina con los brazos y hundió la nariz en el hueco de su cuello. Ella cerró los párpados y se permitió disfrutar de su cercanía.

—Ya estoy aquí, preciosa. Al fin solos... —susurró, dejando un rastro de besos en un camino ascendente desde el hombro hasta el lóbulo de la oreja. Sintió que ella se estremecía.

Tina se apartó un poco. Por un lado, no deseaba perderse ni un solo detalle de lo que estaba a punto de suceder. Por otro...

—En realidad, *no estamos solos* —repuso justo en el momento en el que el salón se iluminaba y un coro familiar exclamaba la consabida palabra de turno: “¡sorpresa!”.

En un momento, el éxtasis de tenerla al fin entre sus brazos, rodeados de velas, en un ambiente preparado para el romance, pasó a un definitivo segundo plano y su rostro se convirtió en el poema con el que Tina llevaba fantaseando desde hacía días. De un momento íntimo que prometía fuegos artificiales a una reunión familiar en toda regla, ya que en un recuento rápido

de caras Pau se dio cuenta de que solo faltaba...

Los grititos alegres de Alba se oyeron mucho antes de que la pequeña entrara en la casa, pasando por el costado de su padre, al tiempo que exclamaba “¡no empecéis sin nosotros, no empecéis sin nosotros que ya estamos aquí!”. Un segundo después, los abuelos de la niña hacían su aparición triunfal.

No, pensó Pau divertido, ya no faltaba nadie. Estaban todos.

Miró a Tina con picardía.

—Menuda encerrona, entrenadora —reconoció mientras ella se tronchaba de risa. Y como el hecho de estar rodeados de gente no rebajaba en absoluto las ganas de besarla que llevaba acumulando toda la tarde, se sirvió a placer. Le plantó un beso de película que generó comentarios y risas—. ¿Sabes una cosa? Me encantan tus encerronas.

Francesc soltó una carcajada, la primera de varias provenientes de su familia.

—Vamos, hijo. Seguro que no te habría importado que la familia llegara media hora más tarde... —bromeó.

—¡Yo creo que habría preferido vernos por videoconferencia! —exclamó  
Jaume.

—Pobrecito, no os metáis tanto con él... Miradle la cara, ¡está encantado de tenernos aquí! —intervino Neus, frotando el hombro de su hermano cariñosamente.

Pau estaba más que encantado. Era un tipo familiar y siempre disfrutaba de su compañía. Pero acababa de caer en la cuenta de que esa reunión en particular no la había convocado él. Y si no había sido él, por descarte, tenía que haber sido Tina. La pregunta que en un segundo le heló las manos y le hizo palpar el corazón era por qué.

Ladeó la cabeza y miró a Tina. En su rostro lucía una sonrisa, pero su mirada era intensa y sus ojos brillaban de manera singular.

—¿Puedo preguntar qué hace mi familia aquí?

Quien respondió fue Anna.

—Nos has acostumbrado a cenar juntos todas las noches y retenernos a cada cual en su casa, iba a ser muy complicado...

—Eso mismo —intervino Neus—. Se nos ocurrió que por qué no reunirnos aquí, así estábamos todos juntitos y a cubierto de posibles fotógrafos y/o periodistas cotillas.

Se refería a que para no arriesgarse a quitarle credibilidad a la noticia,

Pau había solicitado a los miembros de su familia que permanecieran en su casa durante la hipotética celebración del compromiso.

—Sí, y hasta nos hemos ocupado de la cena —volvió a decir Anna mostrando con un gesto la mesa donde esperaban distintas bandejas con delicias que el chef de Sa Badia había preparado especialmente.

—Tranquilo, sólo cenaremos —aclaró Neus—. Luego nos iremos y te dejaremos disfrutar de tu prometida.

La tercera hermana puso los ojos en blanco.

—Claro, como somos idiotas y no entendemos el significado de “quedarnos en casa hasta que pase la hora del compromiso para no darle carnaza a la prensa”...

—Ya estamos otra vez —se quejó Neus—. Anda, guapa, quédate calladita y no nos amargues la fiesta, haz el favor.

—¿Fiesta? —preguntó Pau.

Hubo un rápido intercambio de miradas del que él no se percató ya que continuaba atento a Roser. Por su total ausencia de filtros, constituía la única fuente de información fiable que había en aquel salón. Sin embargo, ella se limitó a hacer un gesto de disgusto con la boca y siguió jugando con Luz.

Los ojos del menorquín se desplazaron a Tina quien sonrió, pero tampoco aportó información adicional.

Pau movió la cabeza afirmativamente varias veces. Le encantaba lo que estaba sucediendo.

—Gran idea —concedió—. ¡Entonces... cenemos!

Entre comentarios y charla amena, la familia había disfrutado de una cena fría a base de tapas y aperitivos. Algunos de pie y otros instalados en los cómodos sillones del salón, habían formado pequeños grupos que conversaban animadamente.

Tina y Pau eran un tema aparte. La pareja continuó intercambiando miradas divertidas mientras atendían a sus invitados. Cada tanto, él la miraba y sacudía la cabeza como diciendo "vaya sorpresa me has dado".

Y ella sonreía pensando que, en realidad, la sorpresa todavía estaba por llegar.

\* \* \* \* \*

Eran cerca de las diez de la noche, cuando Tina abandonó el salón. Tan pronto llegó al baño, activó la pantalla del móvil. Comprobó que seguía sin noticias. Permaneció unos instantes allí, cada vez más nerviosa, hasta que al fin el mensaje que esperaba llegó. Notó que el corazón se le aceleraba y exhaló un suspiro. Regresó al salón de inmediato y al pasar junto Andy le apretó el hombro en lo que pareció un gesto cariñoso, tras el cual la joven se puso de pie y desapareció durante un rato.

Cuando regresó, traía una tarta fantasía de tres pisos. La cobertura era blanca y estaba decorada con una plétora de diminutos corazones rojos. Los aplausos no tardaron en oírse y Pau, que miraba el espectáculo asombrado, solo regresó al planeta Tierra cuando la imagen de Dylan se interpuso en su campo visual.

—Espera, espera, nena... Que esa tarta es más grande que tú, déjame que te ayude... —dijo el irlandés, haciéndose cargo de la bandeja y llevándola hasta la mesa bufé donde Neus acababa de hacerle sitio.

Pau miró a Tina.

—¿Y esto? —le preguntó, rezumando amor por los cuatro costados.

Ella le acarició la mejilla enternecida ante su reacción.

Entonces, sonó el timbre y Tina, en vez de responder, fue a abrir la puerta.

—¡Bienvenidos, justo a tiempo! —la oyó decir. Cuando ella se apartó permitiéndole ver a los recién llegados, Pau abrió la boca de puro asombro y su mirada volvió a besarla por enésima vez aquella noche.

—¡Pero qué sorpresa más buena...! —Pau fue hacia ellos de inmediato—. ¡Ron, Lorraine, bienvenidos, pasad, pasad, por favor...!

Y mientras los invitados intercambiaban saludos con Ron y Lorraine Murphy, la mirada de Pau, cargada de amor y de admiración, no se apartaba de Tina.

—¿Qué, sorprendido? —le preguntó ella en voz baja.

—Más que eso; totalmente loco por ti. Es imposible no perder la cabeza

por una mujer como tú, Tina. Imposible.

Ella acusó recibo de la ilusión que él irradiaba a raudales. Era como una sobredosis de amor que alimentaba su autoestima, haciéndola sentir en la cima del mundo y al mismo tiempo, le acunaba el corazón tiernamente. Fiel a su estilo, sin embargo, respondió algo completamente diferente.

—Creo que acabo de ganar por nocaut técnico —lo miró de refilón, haciéndose la interesante—. Bueno, a menos que tengas previsto desmayarte en los próximos tres segundos. En cuyo caso, será un nocaut en toda regla.

Una enorme sonrisa dominó el rostro del menorquín.

—Mmm... Yo que tú no cantarías victoria todavía...

Ella lo miró risueña.

—Cómo sois los tíos... Estáis de espaldas sobre la lona, casi sin aire y medio grogui, y el pundonor os hace poneros de pie otra vez y mantener el tipo. "Estoy bien, estoy bien" —se mofó, imitando los movimientos de un boxeador tocado a punto de caer—. Venga ya, ¡acabo de tumbarte! Ni en el mejor de tus sueños te esperabas algo así.

Él le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo contra él en un arranque mitad pasión mitad broma.

—Vaya novedad. En el mejor de mis sueños, solo estamos tú y yo —se acercó a su oído y murmuró—: Desnudos.

Tina se echó a reír. Ese argumento era irrefutable.

—*Touché* —admitió de mala gana. Le encantaba ganar. Especialmente, ganarle a él. Era su diversión favorita.

—Exacto, preciosa —dijo él—. Y ahora, es mi turno. —Le dejó un último beso en los labios y se alejó hacia el centro del salón—. A ver, por favor, un minutito de atención...

La mirada de Tina se tornó intensamente brillante. Cuando menos lo esperaba, él hacía un pase de magia y volvía a controlar la situación. Se crecía, independientemente de las circunstancias, y volvía a demostrarle por qué llevaba quince años invicto en su corazón. Corazón que, dicho fuera de paso, acababa de darse cuenta de que algo importante estaba a punto de suceder y se había lanzado a palpar atropelladamente. Tina no pudo evitar un movimiento reflejo; se llevó la mano al pecho, como si con aquel gesto pudiera mantener el órgano en su sitio.

Muy cerca de ella, Andy se acercó a decirle algo al oído a Dylan.

—Mírala. Está a punto de darle un infarto. De los que provocan bodas, no de los otros —celebró, risueña, el gran momento en la vida de su querida

amiga.

Pau tomó la palabra, acaparando la atención de todos.

—Si algo tenemos en común Tina y yo...

—Es el genio —intervino Francesc Estellés—. El tuyo es cosa seria, hijo, pero el suyo... —sacudió la mano en un gesto característico al tiempo que la miraba.

Ron Murphy lo corroboró asintiendo repetidas veces con la cabeza.

—Papá, por favor, no lo interrumpas —pidió Roser. Todos la miraron asombrados, a lo que ella respondió—: ¿Quéeee? Tengo el mismo interés en escuchar su declaración que los demás... Y pienso reírme a su costa el resto de mi vida, igual que vosotros. Así que, por favor, dejadlo seguir.

Pau continuó cuando cesaron las risas.

—Decía que si hay algo que Tina y yo tenemos en común es que nos encanta desafiarnos. Siempre estamos compitiendo, ¿verdad, preciosa?

Tina asintió. Se notaba en su rostro lo nerviosa que estaba. Él le hizo un guiño.

—Me ha tomado por sorpresa reuniendoos a todos aquí, haciendo que Ron y Lorraine cogierais un avión para venir.... ¿Sabéis? Es una sensación *grandiosa* que la persona que adoras haga algo así por ti.

Su sonrisa no lo abandonaba mientras hablaba, dotando a su voz de una dosis añadida de dulzura que a los hombres presentes en la sala les resultaba insólita viniendo de él, y a las mujeres las cautivaba. A una en particular, la estaba derritiendo.

—Como decía antes, siempre estamos compitiendo y esta vez, no podía ser diferente... No era exactamente así, tan público, lo que tenía planeado, pero no os preocupéis; no me intimidáis para nada. Además, hoy juego con ventaja, una ventaja enorme, porque somos dos contra uno y se lo vamos a poner muy difícil, ¿verdad, Alba? —Él extendió una mano y la pequeña corrió a su lado, arrancando sonrisas con sus contoneos divertidos—. Pero lo que nos jugamos es tan importante para nosotros, que hemos puesto toda la carne en el asador.

—Toda, toda, toda —dijo la pequeña al tiempo que asentía con la cabeza solemne

Desde algún lugar del salón se escuchó una risa, y luego otra y otra más.

—Nada me gustaría más que seguir la tradición, Ron. Pero si lo hago, tu hija es muy capaz de enviarme a Marte sin billete de retorno. Espero que

no te importe que me salte esta formalidad.

—En absoluto —respondió el padre de Tina, que miró a su hija y tuvo la ocasión de comprobar que ella apenas sonreía. Le enterneció ver la emoción que había en sus ojos, y el esfuerzo que hacía por contenerla.

Pau le dio las gracias y se volvió a mirar a Tina.

—Y también sé que si le pongo demasiados adornos a este momento, su lado guerrero empezará a impacientarse *y acabará enviándome a Marte sin billete de retorno*. —Hablaba en tercera persona, pero no apartaba sus ojos de Tina, quien en un intento de mostrarse como siempre, se cruzó de brazos y elevó una ceja.

Risas y comentarios no tardaron en oírse. Pau se encargó de silenciarlos con tres palabras.

—Te amo, Tina.

Ella contuvo el aliento cuando su corazón empezó a latir enloquecido.

—Y lo que más deseo en esta vida es pasarla junto a ti. Tengo a la luz de mis ojos otra vez conmigo —dijo apretando la mano de su hija que le hizo un mohín cariñoso—. Lo único que falta para que mi vida sea completamente perfecta eres tú.

Tina permaneció en silencio. Él sonrió. Sus ojos brillantes y aquella expresión que se tornaba dulce por segundos era suficiente respuesta.

—Así que, Alba y yo nos hemos compinchado para convencerte de que digas que sí... ¿Verdad, *peque*?

La niña asintió con la cabeza varias veces. Sonreía y daba palmitas, como siempre, pero su ansiedad y su nerviosismo eran evidentes.

Pau se agachó a decirle algo al oído y la pequeña corrió al lugar donde había dejado sus cosas. Rebuscó en su mochila y regresó junto a su padre, encerrando algo en un puño.

Tina siguió con la mirada los movimientos de la niña por el salón, pero continuó en silencio. Estaba muda de la sorpresa, de la emoción, del asombro ante aquella nueva faceta que él le estaba mostrando, haciendo a su hija partícipe de un momento tan especial. Sencillamente no le salían las palabras.

—¿Preparada? —le dijo a su hija—. Vale, entonces a la de tres... Uno, dos.. ¡Tres! ¿Quieres casarte con nosotros, Tina? —le pidieron a dúo.

—¡Porfa, porfa, porfa! —añadió la pequeña, saliéndose del guión.

Un instante después, Alba estaba frente a ella y una pequeña caja sobre su palma esperaba a ser abierta.

La entrenadora no necesitaba comprobar que todos la miraban. Podía

sentir su atenta mirada. Y para ponerle las cosas aún más difíciles, también sentía en la piel la fuerza de dos miradas en particular; la de Pau y la de su hija. Su expectación, su total interés, su ansiedad por conocer la respuesta... Los dos, cada uno a su manera, la estaban haciendo vibrar de emoción. Tanta, que a pesar de que las palabras se atropellaban en su mente, de su boca no lograba salir ninguna.

Apenas se las arregló para esbozar una sonrisa tensa, desdibujada. Sus dedos temblaron de forma perceptible cuando tomó la pequeña caja y la abrió. Dentro, dos anchas alianzas de platino decoradas con un patrón romboidal de pequeños brillantes incrustados le hablaban de un hombre que no solo cuidaba con mimo los detalles, también escuchaba atentamente cada palabra que ella pronunciaba. *Su hombre ideal*.

Tina acarició cariñosamente la cabeza de Alba y miró directamente a su padre.

—Dos... —carraspeó para aclararse la voz—. Dos anillos.

—Abogamos por la igualdad de géneros —repuso él con solemnidad, como si no se hubiera percatado del temblor de su voz. Alba, incapaz de mantenerse callada, soltó una risita.

Tina volvió a carraspear.

—Y por las joyas carísimas —apuntó—. ¿Queréis asegurarnos de que no me la quite por miedo a perderla?

Empezaron a escucharse risas y algún comentario en voz baja procedente del otro extremo del salón.

—Para poder quitártela, primero tendrías que ponértela. —Pau hizo una mueca pícara intentando disimular sus propios nervios—. Y para ponértela, tendrías que aceptar nuestra propuesta, ¿la aceptas?

Tina tuvo la intención de responder. Deseaba hacerlo. Estar a la altura del momento que padre e hija habían fabricado para ella. Hacerles saber lo especial que la estaban haciendo sentir. De hecho, abrió la boca como si fuera a hacerlo.

Pero al instante volvió a cerrarla. La emoción le había cerrado la garganta, llenándole los ojos de lágrimas. Inspiró profundamente...

Y renunció a esperar que las palabras lograran abrirse paso y salir.

Erguida e intentando mantenerse entera, asintió varias veces con la cabeza y solo cuando las lágrimas empezaron a correr mejilla abajo, dio un paso adelante y se abrazó a Pau.

Las de Andy no fueron las únicas lágrimas femeninas en solidarizarse



con las de su amiga, pero sí las encargadas de traer las primeras risas con su comentario.

—¡Pero si estás llorando, Tina...! Madre mía, qué momento más bonito... —sollozó apantallándose los ojos. Sus mejillas color bermellón completaron una imagen ante la que Dylan no fue capaz de contenerse.

—Tú sí que eres bonita —murmuró el irlandés, estrujándola en un ataque de amor.

Pau y Tina estaban en su propio mundo, ajenos a lo que les rodeaba. A todo, excepto a Alba que se había acurrucado contra la pareja, intentando rodearlos con sus bracitos.

Fue él quien regresó al aquí y ahora en primer lugar. Se apartó un poco para mirar a sus dos amores.

—¿Bien? —les preguntó mirando alternativamente a Tina y a Alba. La primera asintió con la cabeza, señal de que la emoción aún hacía de las suyas. La segunda dio rienda suelta a su alegría.

—¡Síiiiiiii! Estamos bien, estamos bien, estamos geniaaaaaaaaal! — exclamó acompañando cada frase con movimientos de las caderas como si estuviera bailando la conga.

Las carcajadas no tardaron en oírse. De hecho, entre las ocurrencias de Alba y las risas de los demás, una ligera sonrisa se abrió paso en el rostro Tina. Momento que Pau aprovechó para sacar uno de los anillos de la pequeña caja que sostenía su hija.

—Tenemos este asuntillo pendiente —bromeó.

Tomó la mano de Tina, tan helada como la suya, la apretó suavemente y luego deslizó la delicada joya por el dedo femenino. A continuación, le ofreció su mano para que ella hiciera lo mismo.

Estaba siendo deliberadamente escueto. Entendía muy bien el significado de que Tina se hubiera quedado sin palabras y quería que se relajara. Quería risas, no lágrimas, aunque fueran de emoción. En ella, y en todos los presentes, que ahora parecían haberse quedado tan mudos como Tina. Había un silencio total y mucha emoción.

Tina repitió el proceso totalmente concentrada en lo que hacía. Su pulso no era firme. Le temblaba el corazón y el alma y todo lo susceptible de temblar que había en su cuerpo, y estaba segura de que si se le caía el anillo, rompería a llorar como una loca, y esta vez no podría parar.

Pau la ayudó empujando él mismo el anillo por su dedo. De inmediato, levantó a su hija y con su brazo libre rodeó la cintura de Tina.

—Gano yo. Acabo de tumbarte —le dijo al oído. Decidido a cambiar de tercio cuanto antes, añadió en voz alta—: Alba y yo te prometemos mimos en cantidades industriales... Te vamos a mimar tanto, tanto, tanto... ¡que te echarás a perder! ¿A que sí, peque?

—¡Síiiii, te vamos a malcriar un montón! —Alba soltó una de sus risitas y enseguida le puso sus brazos alrededor del cuello—. ¡Te quiero mucho, mucho y mi papi también!

Tina recibió la lluvia de cariño con una sonrisa y volvió a recuperar el don de la palabra brevemente para decir algo que solo el novio entendió:

—Yo que tú no cantarías victoria todavía.

La risa de Pau fue cálida, amorosa, dulce como él, y unida a la del duende saltarín que sostenía en sus brazos, constituyó el colofón perfecto a un momento que Tina no olvidaría jamás.

Las bromas regresaron junto con las felicitaciones a la flamante pareja, y muy pronto la algarabía se adueñó del salón en una celebración que se extendió más allá de la medianoche.

Sábado 24 de abril de 2010, al alba.  
Piso de soltera de Lucía Oriol Martí.  
Casco histórico de la ciudad.  
Ciudadela, Menorca.

Tina se dio vuelta en la cama. Abrió los ojos y permaneció quieta unos instantes mientras recuperaba la conciencia. La habitación estaba en penumbras y las tímidas luces de las farolas de la calle que se colaban por la ventana, indicaban que todavía no había amanecido. Exhaló un suspiro cuando la conciencia casi plena regresó e, instintivamente, tanteó las sábanas en busca del culpable de haber descansado tan poco. Comprobó que estaba

sola en la cama y se incorporó. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, supo que no solo estaba sola en la cama, sino en la casa. No se oía nada.

Cada vez más intrigada, asomó la cabeza fuera de la habitación y prestó atención. Nada. Hasta la calle estaba en silencio. El desorden del salón se ocupó de devolverla definitivamente a la realidad, robándole la primera sonrisa del día.

Había sido una velada inolvidable, cargada de alegría, de emoción y de sorpresas. La cara de Pau al darse cuenta de que todos estaban allí, esperando en silencio al abrigo de la penumbra, había sido de foto. La llegada de sus futuros consuegros le había puesto la guinda al pastel. Tina reparó en su anillo al coger un trocito de tarta y volvió a sonreír. La guinda al pastel, en realidad, se la había puesto ella misma, quedándose muda de la emoción ante esa propuesta a dúo que le había llegado al alma.

Después de eso, la alegría había tomado el relevo y la fiesta había durado hasta las tantas. Y cuando todos se marcharon, el festejo había continuado a nivel privado y por todo lo alto.

Tina exhaló un suspiro y tomó otro trocito de tarta, esta vez más grande. Estaba buenísima. Además, después del intenso cuerpo a cuerpo nocturno, necesitaba reponer energías. Ya se ocuparía de compensar la ingesta calórica con más entrenamiento.

Cuánto habían cambiado las cosas en apenas unos días, pensó. Lo que había comenzado como la mayor tormenta de su vida y la había tenido con un pie en el avión de regreso a Londres, había acabado en un compromiso. Uno de verdad.

Lo más sorprendente de todo era que por primera vez tenía la certeza de que todo encajaba. Su corazón y su mente habían dejado de forcejear. Estaban en paz. Él había resuelto todas sus dudas de la única forma que pueden resolverse; con hechos que hablan por sí mismos. Ahora sabía que eran dos seres totalmente compatibles hasta en los detalles más pequeños. Estar juntos los fortalecía, les permitía ser la mejor versión de sí mismos. Algo que había dejado de esperar encontrar en otro ser humano hacía tanto tiempo que ya ni siquiera podía recordarlo.

Por esa razón la intrigaba haberse despertado sola. Ese hombre jamás abandonaría su cama sin una buena razón, mucho menos el día siguiente a haberse comprometido (¡de verdad!) con ella. Y lo sabía con una certeza del cien por ciento porque ella tampoco lo habría hecho. Algo se traía entre

manos y aunque, evidentemente, no estaba en la casa, volvería de un momento a otro a por su ración matutina de ella.

Un suspiro salió de su boca al darse cuenta de que ya estaba regodeándose otra vez en los momentos que habían pasado juntos al quedarse a solas...

Y de que su cuerpo empezaba a acusar recibo de los excitantes pensamientos que se paseaban a sus anchas por su mente...

*Dios, Pau, ¿dónde te has metido?*

La mano de Tina abandonó el trozo de tarta sobre la mesa y ascendió por su vientre en una lenta caricia que acabó sobre sus pechos, donde unos pezones erizados clamaban alivio inmediato.

\* \* \* \* \*

Pau abrió la puerta y entró sin hacer ruido. Había salido a por el desayuno y los periódicos locales, y no quería despertarla.

En realidad, sí que quería hacerlo, pero no de esa forma. Planeaba llevar las cosas a la habitación y volver a meterse en la cama, despertarla con besos y darle los buenos días haciéndole el amor. Era temprano, tenía al menos tres horas antes de recoger a Alba en casa de sus abuelos, y pensaba aprovechar hasta el último segundo.

Además, venía con la inspiración desatada después de que el kiosquero y la dependienta de la tienda de 24 horas, al tanto ya de la gran noticia, le hubieran dado la enhorabuena. Se sentía pletórico.

Al poner un pie en el salón, sin embargo, los planes cambiaron. Sus ojos cautivos de la hermosa silueta desnuda que junto a la mesa se acariciaba la piel, provocaron una explosión de deseo.

Ella tenía los ojos cerrados, la cabeza ligeramente ladeada y tal

expresión de placer en el rostro, que Pau se olvidó de todo. Dejó lo que traía en la elegante estantería que había a un lado de la puerta y avanzó hasta Tina. La abrazó desde atrás y hundió la nariz en su pelo. Ella se apretó más contra él. No hubo sorpresa ni sobresalto y Pau tuvo claro que lo había oído llegar.

—Preciosa... ¿Echándome de menos tan pronto? Solo fueron quince minutos.

Por toda respuesta, ella guió las manos de Pau sobre sus pechos, mostrándole lo que deseaba.

Él soltó un suspiro ardiente y le dio lo que quería. Pronto, Tina se dio la vuelta y empezó a desvestirlo.

—No —exigió cuando él intentó ayudarla, y volvió a guiar las manos masculina sobre sus pechos, esta vez en caricias más intensas—. Así, muy bien...

—Ya sabes que tus deseos son órdenes —murmuró él. Cada vez más excitado, buscó sus besos y ella se los dio.

El proceso de librarlo de su ropa se hizo más lento y torpe a medida que la pareja iba subiendo temperatura y los besos se alargaban.

—Mierda —se quejó ella y desistió de seguir intentándolo—. No llegamos.

Le bajó la cremallera y enterró la mano dentro de su bóxer con un largo suspiro. Él la empujó con su cuerpo, haciéndola retroceder hasta la pared, y liberó su miembro. Tiró de sus pantalones lo suficiente para que no entorpecieran sus movimientos, aunque estos al final acabaron alrededor de sus tobillos. A continuación, la elevó y ella le rodeó la cadera con sus piernas. Los dos gimieron cuando él entró hasta el fondo de una vez.

—¿Tengo luz verde? Por favor dime que sí... —suplicó entre besos—. Si tengo que sacarla para ir a por un condón...

—Si la sacas ahora te mato —fue la taxativa respuesta femenina.

Un escalofrío recorrió la espalda de Pau que lo puso a temblar de deseo.

—Joder, mujer... Me pones a cien cuando me hablas así.

Ella forzó un ritmo más rápido y pegó sus labios a la oreja masculina, que lamió y luego mordió.

—¿Crees que no lo sé?

Si el lenguaje lo había excitado, el mordisco lo puso al límite. Pau comenzó a embestirla más rápido.

El orgasmo llegó como una explosión que arrancó gemidos a los dos. Él descansó la frente sobre la pared y parte del peso de su cuerpo sobre Tina.

Ella, todavía resistiéndose a que abandonara su cuerpo, solo apoyó un pie en el suelo.

Mantuvo su otra pierna alrededor de las caderas masculinas, intentando aguantar la postura y alargar el placer de sentirlo dentro. Descansó la nuca contra la pared, gesto que él aprovechó para besarle suavemente su cuello.

—Eres un terrón de azúcar —dijo Tina con un hilo de voz. Le encantaba esa versatilidad de la que él hacía gala en los momentos íntimos. Pasaba de la pasión a la ternura y vuelta con sorprendente facilidad.

Pau movió la cabeza ligeramente para poder espiarla por el rabillo del ojo. Ella tenía los suyos cerrados, intentaba recuperar el aliento.

—¿Y te gusta? Quiero decir, ahora.

—¿No se nota? —Esta vez fue ella la que lo espió a él—. Me encanta. Me quedaría aquí, así, mientras tu alucinante ternura me envuelve toda...

—O sea, que con mi ternura te basta...

A Tina le había sonado a comentario pícaro... Hasta que él se retiró suavemente.

—Ay, no... —ronroneó—. ¿Ya se acabó lo bueno...?

Pau la estrechó fuerte mientras llovía besos sobre ella y se reía de su reacción.

—Mmmm, preciosa... Qué loco estoy por ti.

\* \* \* \* \*

Después de una breve visita al lavabo, la pareja regresó al salón. Él fue hasta la estantería donde había dejado las cosas. Tina recogió el jersey de Pau y se lo puso mientras se acomodaba en el sofá. La primera reacción fue abrazarse a la prenda en un intento inconsciente de retener aquel olor a él que la envolvió, llenándola de una sensación de familiaridad, de pertenencia. La

siguiente fue mirar a Pau, tan deseable, tan querible... Tan fundamental en su vida.

Ajeno a los pensamientos de Tina, él dejó sobre el sofá el plato con tarta y unos canapés de jamón ibérico que habían sobrado de la noche anterior, y le entregó un batido y un lote de periódicos.

—Que sepas que ya me han dado la enhorabuena por nuestro compromiso —le dijo con carita de niño feliz y después de sentarse junto a ella, quitó la tapa de su café y aspiró el aroma.

Tina miró risueña cómo él se deshacía de gusto después de dar un sorbo a su vaso de cartón, y lo soltó sin contemplaciones.

—Y pensar que nunca sabrán que la noticia, en realidad, era un bulo. Qué crédula es la gente.

Él giró la cabeza para mirarla.

—Pero ya no lo es. —Su mirada se tornó aún más pícara—. Lo que me recuerda que tenemos que hacer cuentas... —Al ver su ceja arqueada, añadió —: No te hagas la desentendida, preciosa. Hay que poner al día el contador.

—No hace falta; voy ganando yo.

Se miraron divertidos.

—¿En serio? ¿Y cómo es eso? Según mis cuentas, voy dos tantos por delante; uno por esa fabulosa propuesta a dúo que casi te hace llorar... —La ceja femenina volvió a enarcarse—. Déjate de miraditas, que los dos sabemos que si no dijiste ni mu es porque sabías que como abrieras la boca, inundarías la casa. Y el segundo...

Era cierto. Y tenía gracia viniendo de alguien tan poco dado a la sensiblería como ella. Que fuera a admitirlo en voz alta era otra cuestión. Tina puso su mejor cara de póquer y se dedicó a pasar las páginas de uno de los periódicos locales, como si entendiera algo de lo que allí ponía.

—¿Los has comprado todos? —lo interrumpió y al verlo asentir enfáticamente, añadió—: ¿Vas a recortar la noticia y a pegarla en tu diario?

Él le quitó el periódico de las manos, localizó la página del anuncio y se lo devolvió. Hizo lo mismo con los otros ejemplares, que dejó sobre el sofá, a su lado. Y en ningún momento abandonó su expresión de “te he pillado, princesa”.

—Por supuesto. ¿Acaso lo dudabas? Si quieres puedo dejarte alguno para tu diario... ¿o es una caja fantástica llena de cositas significativas?

Era una caja. Jamás había sido capaz de escribir sobre sus sentimientos. Pero él no podía saberlo, y aunque no descartaba que aquel hombre



completara su lista de rarezas llevando un diario personal, no mordería el anzuelo.

—Qué sensible.

—Mucho. Y hablábamos de mi victoria. Porque con esto —dijo, moviendo el dedo que portaba el anillo—, te di el golpe de gracia y ¡el segundo tanto subió al marcador, sí, señores!

Pau era todo un espectáculo sin adornos ni artificios, sin más. Pero cuando en su rostro brillaba aquella sonrisa de infarto...

*¡Ecologistas del mundo, no tenéis ni idea; la causa de que el Ártico se derrita está aquí, conmigo!*

Pau, que notó un algo raro en la mirada femenina, frunció el ceño sin dejar de sonreír.

—¿Qué? —dijo—. ¿Vas a negarlo? ¡Te tumbé, entrenadora. Admítelo!

—Já —repuso ella, desafiante.

Acto seguido se puso de pie y desapareció del salón, consciente de que llevaba los ojos de Pau pegados a su silueta.

Él estaba tan emocionado estrenándose como hombre prometido que ni siquiera se había dado cuenta de que Tina llevaba puesto su jersey. ¿Y qué decir al respecto? “¡Madre mía...!” fue lo primero que acudió a su mente. Seguido de una pregunta: “¿guardarlo tal cual para poder olerlo a placer se consideraría fetichismo... o trastorno mental?”.

Cuando Tina regresó, traía su bolso. Lo dejó en el suelo junto al sofá y volvió a ocupar su asiento. Elevó un brazo y sacudió un llavero frente a él.

La sonrisa derrite glaciares volvió a hacer acto de presencia.

—¿Y eso?

—Tus llaves de mi piso —repuso. Después de entregárselas, se arrellanó en el sofá a disfrutar del panorama.

Él no ocultó su asombro. Sacudió la cabeza con su sonrisa imposible en ristre.

—Creí que ibas a quedarte con este piso... Pero te quedas, y me da igual dónde mientras te tenga al alcance de la mano. —La estrujó en un arranque de alegría— ¡Dios, te quedas conmigo!

Tina estaba disfrutando como nunca.

—¿En el piso de soltera de tu madre y tres por encima de su actual vivienda? No, gracias. Y sobre lo otro... ¡qué pregunta tan poco creativa, hombre! —Le enseñó su anillo igual que él había hecho antes.

Pau no podía creer lo que estaba sucediendo. Los tres meses ya le

parecían un regalo y por supuesto que deseaba más, pero no había contado con que sucediera tan pronto, tan... ¿Se quedaba definitivamente en la isla, de verdad? Saltó del asiento y se puso a bailar dando rienda suelta a su alegría.

—¡Sí, sí, sí, toma ya! —empezó a exclamar una y otra vez mientras contoneaba su atractivo esqueleto solo cubierto por un bóxer ante la mirada alucinada de Tina.

Y cuando dejó de bailar, se arrodilló frente a ella, tomó su rostro y le plantó un beso de película.

—¡Te adoro, te adoro, te adoro! Gracias por hacerme el tipo más feliz del universo.

A lo que Tina, como no podía ser de otro modo, respondió:

—Gano yo ¿o no?

Los dos rieron. Pau se sentó en el sofá de frente a ella, cruzó las piernas al estilo indio.

—¿Sabías que este piso era de mi madre? —preguntó, risueño.

—Desde el principio, sí. No quiero imaginar lo que habrá pensado cuando se lo pediste.

—¿Y dónde está la puerta que abre esta llave?

—A la vuelta de tu casa.

—Qué lugar más estratégico. ¿Cómo lo conseguiste?

—A través de Dylan. —Al ver el gesto en el rostro masculino, añadió —: Es un tío de muchísimos recursos. ¿Cuánto lleva aquí? Cinco meses. De los cuales una parte los pasó a caballo de Francia, y ya conoce a todo el mundo en esta isla y hace negocios con la mitad. Es un buen tipo que besa el suelo que pisa tu sobrina. ¿No te parece que ya va siendo hora de que empieces a verlo con otros ojos?

La mirada del menorquín continuó sobre Tina. Dylan había mejorado su nota media, era cierto, pero cuando se trataba de su familia, no era bastante para que él se relajara.

—Todavía tendrá que hacer mucho mérito con Andy para que eso pase, preciosa. Y me temo que es la única manera de conseguir que lo mire con otros ojos.

Aunque Tina seguía pensando que la intromisión de Pau en la vida de su sobrina había sido inexcusable, no podía ignorar sus razones. Ni lo coherente que era con ellas.

—Vaya, y yo que pensaba sobornarte con sexo... —bromeó ante lo que fue un definitivo cambio de tercio—. Te recuerdo que todavía no has

admitido que la victoria me pertenece.

Pau la miró divertido. Decidió tentar suerte.

—Sé que recordándote que soy un hombre que consigue lo que quiere, estoy tirando piedras sobre mi propio tejado, pero... ¿has pensado que quizás he tenido algo que ver con que esto —volvió a mover el dedo del anillo— no sea un montaje? Hacer que las cosas sucedan no siempre implica hacerlas uno mismo. ¿Lo has pensado?

El corazón de Tina empezó a reír a carcajadas. Y cada célula, y cada partícula de su ser hizo lo mismo. No pudo evitar caer en la cuenta de que algo que muy poco tiempo atrás la había tenido caminando por las paredes, ahora era capaz de provocarle tanta, tantísima satisfacción. Como era habitual en ella, nada de esto se reflejó en su rostro cuando habló.

—A ver, para que me aclare: ¿estás diciendo que darme espacio en este tema fue una estrategia para llevarme a tu terreno?

Él esbozó una sonrisa, pero no pronunció ni una palabra. Tina lo miró con un ojo entornado, pensativa.

—Sabías que si te enfrentabas a mí con tus poderosas razones de padre aterrado de perder la custodia de su hijita, yo me sentiría acorralada... Me revolvería. Y no te fiabas de que el resultado fuera el que querías. Existía la posibilidad de que acabara mandándote a paseo y largándome de vuelta a Londres.

Tina sacudió la cabeza. Vio que la sonrisa masculina se agrandaba.

—¿Me has manipulado? ¿En serio?

Pau la observó con interés antes de responder. Era una gran competidora y, como gran deportista, una buena perdedora. Pero eso era en el terreno profesional. ¿También lo sería en algo tan personal? Decidió ir sobre seguro. Ella era mucho más importante que su vanidad.

—Estoy loco por ti, Tina. Manipular es una palabra demasiado fuerte y tú una mujer demasiado inteligente para que alguien, quien sea, te lleve de la nariz.

—Cómo sois los tíos... ¡Déjate de historias, hombre! ¡Me la has jugado bien!

Pau también se rió, pero sin mucha convicción. Algo no le cuadraba en su reacción. Acababa de reconocer su supuesta derrota con una deportividad superlativa, incluso bromeado acerca de que él la había manipulado. Y ahora sostenía su batido en una mano mientras devoraba un trozo de tarta con la otra...

Como si no fuera Martina Murphy.

Él agarró su vaso de café y se lo llevó a la boca, pero no apartó la mirada. Continuó mirándola por encima del borde, cada vez más convencido de que había gato encerrado.

—Esta tarta está buenísima —comentó ella—. ¿Sabes quién la ha hecho?

—Creí que era comprada.

—La hizo tu hermana Roser —y ante su mirada sorprendida, asintió riendo—. Se ofreció voluntaria en cuanto supo mi plan. Nada es lo que parece, ¿eh?

—¿A qué te refieres? —La necesidad de descubrir al gato mantenía una lucha encarnizada con su lado paciente.

Tina se encogió de hombros.

—Nunca fui santo de su devoción. Se metía mucho con Sonia y con Andy, y para mí ellas son sagradas, así que nunca me callé... Estaba segura de que la noticia de que salíamos juntos no le hacía ninguna gracia. Eres su ojito derecho. Pero ya ves...

Pau asintió con una sonrisa divertida en el rostro.

Era cierto. Él también había pensado lo mismo. El talante de su hermana la noche anterior lo había sorprendido bastante.

—Y luego está tu padre...

Los ojos del menorquín regresaron a Tina. Esta vez sonreía menos. ¿Qué había estado haciendo Francesc Estellés? Esperaba que nada por lo que tuviera que volver a ajustar las clavijas.

—Le gusta meterse conmigo —continuó ella— porque, en el fondo, le fastidia que le pare los pies. Pero en cuanto se enteró de que yo pensaba hacer venir a mi padre y a Lorraine, me rogó que lo dejara ocuparse de todo. Que lo haría encantado.

Pau sacudió la cabeza más que asombrado. Y pensar que por la mañana había estado intentando sonsacarle a él sobre su planes.

—Menudo embustero está hecho —dijo.

Tina bebió un último sorbo de su batido antes de ir a por todas.

—¿Alguna novedad de tu ex mujer?

Él negó con la cabeza y siguió dando sorbos a su café.

—¿Y de las fotos?, ¿has sabido algo más?

—Nada. No ha vuelto a hablar con su abogado. Quizás se dio cuenta de que no tenía sentido seguir con este tema. Ningún juez iba a prestarle

atención, menos ahora con el anuncio de nuestro compromiso.

Tina asintió.

—O quizás, alguien le hizo ver que su integridad física podría correr peligro si seguía por ese camino... —dejó caer como si tal cosa.

Él la miró interrogante.

—¿Alguien como quién?

—Alguien como yo —repuso, mirándolo directamente a los ojos.

El corazón de Pau empezó a latir acelerado.

—¿Has hablado con ella?

—En realidad, fue más bien un monólogo. No le dejé margen para que metiera mucha baza que digamos.

Al ver la cara de pasmado de su prometido, volvió a encogerse de hombros.

—Yo estaba muy cabreada —explicó—. Y además, nunca llevo bien que se metan en mis cosas. Ahora ya sabe lo que sucederá si vuelvo a toparme con sus narices en alguna parte.

Comprobó que él continuaba mirándola estupefacto y se estiró a coger otro trocito de tarta que saboreó mientras lo contemplaba con una sonrisa victoriosa.

—No me lo puedo creer... —atino a decir Pau al cabo de un momento.

Estaba alucinado ante la forma en que ella había cogido al buey por las astas. Le parecía increíble, osado, una locura. Su respeto por ella, grande como era desde el principio, acababa de dispararse e iba camino del infinito.

—Ella tampoco se lo creía al principio. Alucinó bastante. Ahora, ya sí que se lo cree.

Pau tomó el rostro de Tina en un arranque de pasión y el beso fue largo.

—Ay, preciosa... Qué grande eres y qué enamorado estoy de ti...

Pero entonces, un pensamiento apareció en su mente. Se apartó para verla bien.

—¿Cómo has conseguido su número? No habrá sido alguien de mi familia, ¿no? —Sabía que ella lo había cambiado para perderlos de vista, así que era imposible que tuvieran el nuevo, pero no se le ocurría otra forma.

—¿Crees que me lo habrían dado? —repuso, burlona—. El tipo que me seguía no tuvo más remedio que cantar si quería recuperar su cámara, y como te imaginarás, cuando me enteré que era ella quien estaba detrás, no paré hasta que me lo dijo todo...

—¿Y cuándo hablaste con ella? —quiso saber Pau.

Tina intentó tragarse la sonrisa, pero no lo consiguió del todo.

—El día que te cité en aquel bar de Cala Morell.

Entonces, quería decir que durante todo ese tiempo...

—¿Fingías que te dejabas convencer? —preguntó alucinado.

Ella se encogió de hombros por tercera vez y una sonrisa perversa brilló en sus labios.

—Ya sabes lo que dicen, en la guerra y en el amor...

Pau volvió a abrazarla fuerte en un arranque enamorado.

—Eres única. Eres... Eres... Diossss, ¡eres la mujer más alucinante que he conocido en mi vida!

Ella se dejó querer... *A su estilo.*

—O sea, que gano yo —dijo al cabo de un rato.

—Y por goleada. Ya lo creo que sí. —El menorquín hizo una pausa y su expresión se tornó seria—. Lo último que quisiera es que tuvieras problemas por mi culpa, preciosa... Ella no es de fiar.

—Yo tampoco lo soy. Cuando me cabrean, no. Y ella me ha cabreado *muchísimo* —aseguró mientras lo empujaba con suavidad, obligándolo a echarse de espaldas sobre el sofá.

Tina tomó la posición dominante situando una rodilla a cada lado del cuerpo de Pau. Apoyándose sobre sus manos, se acercó para hablarle muy cerca.

—Desde esa vez en Le Clé, he juntado tanta impotencia, tanta rabia hacia ella, que el día que la deje salir se acabará el mundo. Y tú lo sabes porque te ha tocado sufrir los efectos secundarios todos estos años.

Él intentó besarla, pero ella no se lo permitió. La emoción que el día anterior se había llevado las palabras, ya no estaba. Tenía cosas que decir.

—Te gusta dominar las situaciones, salirte con la tuya. Y quieres a tu gente de una forma visceral. No hay nada que no hicieras por ellos... Por mí.

—Nada. Puedes estar segura.

—Ya, pero en esto estás con las manos atadas, Pau. Me ha costado tiempo entender que la razón de cómo has llevado las cosas con ella, es que tienes miedo de hacerle daño a Alba, a tu familia, incluso a mí... No solo te preocupa perder su custodia.

—No —confirmó él con los ojos brillantes—. No quiero que crezca en medio de una batalla legal. No quiero que mi pequeña sufra ni que vosotros sufráis por ella, que os perdáis ni un solo minuto de su vida. Alba no ha hecho más que traer alegría a la vida de todo el mundo. Es un rayo de sol y

protegiéndolo, os protejo a todos.

Los ojos de Tina recorrieron amorosamente aquellas facciones que amaba.

—¿Y quién te protege a ti, Pau?

Él se estremeció y sus ojos se volvieron vidriosos. Tina lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Yo te protejo —le dijo al oído—. Me gusta dominar las situaciones, no paro hasta salirme con la mía. Y también quiero a mi gente de una forma visceral. Y a ti te amo. Te amo con toda el alma.

Pau tragó saliva. La emoción lo embargaba. Era una clase de emoción nueva, que no se parecía a nada que hubiera sentido jamás siendo un hombre adulto. Era él quien cuidaba, quien decidía, quién protegía, y no al revés.

—Por favor, dilo otra vez... —pidió.

—Te amo. Eres mi rayo de sol particular y voy a protegerte siempre. — Se miraron emocionados y ella hizo un mohín burlón—: Tranquilo, no lo diré fuera de estas paredes o tu reputación caerá en picado.

—Dilo cuando quieras, Tina. Y donde quieras. *Diossss...* Dímelo mucho. Necesito oírlo, acabo de darme cuenta de que me hace muchísima falta...

Ella se incorporó sobre sus manos y volvió a enfrentarlo.

—Mi chico fuerte... Ya no estás solo sosteniendo las columnas del mundo, ¿sabes? Estoy aquí, contigo, Pau. Y no voy a permitir que nadie te haga daño.

Él cerró los ojos y la apretó contra su cuerpo con fuerza. Como si no tuviera intención de dejarla marchar jamás.

Ella se acurrucó contra él como si no hubiera ningún lugar mejor que aquel en el mundo. Uno que no tenía intención de abandonar jamás.

Fue un momento intenso y necesario, una especie de descanso del guerrero, al que ambos se rindieron sin oponer la menor resistencia.

Y mientras la isla despertaba lentamente al nuevo día, Tina y Pau se quedaron dormidos.

Uno en los brazos del otro.

## **¡Gracias por leerme!**

Espero que hayas disfrutado junto a Tina y Pau, y que su historia te haya dejado buen sabor de boca. Si es así, te agradecería mucho que compartieras tu valoración en la plataforma donde hayas adquirido el libro. No te tomará más de un par de minutos y con tu opinión contribuirás a que otras lectoras como tú se animen a darle una oportunidad a estos momentos especialísimos de esta temperamental pareja. Para que te resulte más cómodo, aquí te dejo el enlace directo. ¡Gracias anticipadas!

[Pincha aquí para dejar tu opinión.](#)

<<<<>>>>

**¿Y ahora con qué seguir, dirás?**

¡Con la historia de la segunda pareja más votada de *Los moteros del MidWay*, por supuesto!

[Pincha aquí para saber más.](#)



## Sobre la autora

Su estreno oficial en el mundo romántico español tuvo lugar en abril de 2011, de la mano de *Princesa*, una novela que aborda el controvertido asunto de la diferencia de edad en la pareja, y que ha enamorado a las lectoras. Han sido sus apasionadas recomendaciones y su permanente apoyo, las que han convertido a *Princesa* en un éxito.

En noviembre de 2012, *Princesa* obtuvo el I Premio Pasión por la Novela Romántica. En dicho mes, asimismo, fue nominada en tres categorías, Mejor Novela, Mejor Autora Chicklit y Mejor Portada en el marco de los I Premios Chicklit España.

Un año más tarde, en noviembre de 2013, salió *Harley R.*, la segunda entrega de la Serie Moteros de la que *Princesa* es ahora el primer libro, una novela sobre el amor después del desamor y las segundas oportunidades. En febrero

de 2014, *Harley R.* resultó ganadora del II Premio Pasión por la Novela Romántica y más tarde fue nominada al Premio Rosas Romántica'S 2013 y a los Premios RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2013. Posteriormente, en abril de 2015, salió *Harley R. Entre-Historias*, un apasionado "spinoff" de *Harley R.*, en diciembre de ese mismo año, lo hizo *Lola*, la tercera entrega de la Serie *Moteros* y en junio de 2016, le llegó el turno a *Lola Entre-Historias*.

*El último mejor lugar*, la única novela independiente que la autora ha publicado hasta el momento, vio la luz en septiembre de 2016 y poco después lo hicieron sus SECUENCIAS NUEVAS, que continúan publicadas en su web desde entonces y ahora también están disponibles en todas las plataformas, tanto en ebook como en versión impresa.

Su último trabajo publicado son las tres temporadas de *Los moteros del MidWay*, una serie de ficción romántica que relata las historias de los personajes secundarios más importantes de la Serie *Moteros*.

También es autora de la serie romántica *Sintonías*, compuesta por *Volveré a ti* (2014) *Bombón* (2007), *Primer amor* (2007), *Amigos del alma* (2008) y *Simplemente perfecto* (2014) que quedó segunda finalista de los Premios RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2014.

Patricia Sutherland nació en Buenos Aires, Argentina, pero está radicada en España desde 1982.

Página oficial:

Jera Romance

[www.jeraromance.com](http://www.jeraromance.com)

# Notas

- [1.](#) Casa o apartamento que alguien dedica a sus encuentros eróticos de carácter reservado.
- [2.](#) frase coloquial para expresar vehementemente rechazo, desprecio o desinterés hacia la persona o cosa aludidas.
- [3.](#) Compuesto de vitaminas y minerales para mejorar el rendimiento intelectual comercializado por los Laboratorios Bayer en forma de pastillas efervescentes, cuyo uso es muy popular en Reino Unido para aliviar los síntomas de la resaca.
- [4.](#) Cuello henley: un estilo de cuello redondo con hilera de botones que se pueden llevar abiertos o cerrados.